

René Gróusset

LAS CRUZADAS



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

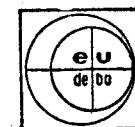
LAS CRUZADAS

3140

RENE GROUSSET

LECTORES DE EUDEBA

LAS CRUZADAS



EUDEBA

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Título de la obra original:
Les croisades
Presses Universitaires de France, Paris, 1944

A la memoria del conde
OLIVIER DE LANGLE
(1909-1942),
adscripto al Museo Cernuschi.

NOTA DE LA EDICIÓN FRANCESA

Traducida de la cuarta edición, 1960, por
RICARDO ANAYA

La revisión técnica estuvo a cargo de la doctora
NILDA GÜGLIELMI,
profesora de la Universidad de La Plata

La primera edición de esta obra de R. Grousset apareció en 1944; la tercera, y última publicada en vida del autor, en 1955. Ninguna de las dos incluía indicaciones bibliográficas, siquiera someras; pero la exposición estaba bien nutrida de aquel conocimiento de las fuentes antiguas y las obras modernas que dio tanto valor a los tres gruesos tomos de la *Histoire des Croisades* publicados por Grousset en 1934-1936.

Al reeditar este librito no nos ha parecido de manera alguna conveniente introducir correcciones o cambios en el texto del autor, que conserva aún toda su validez y ofrece una gran firmeza de pensamiento y doctrina. Mas, para beneficio de los lectores cultos del movimiento de la historia, damos a continuación algunos títulos de obras recientes, en que podrán adquirir información sobre las nuevas tendencias que van saliendo a luz en el estudio de las Cruzadas:

1) ST. RUNCIMAN, *A History of the Crusades*: I, *The First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem*; II, *The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East (1100-1187)*; III, *The Kingdom of Acre and the Later Crusades* (Cambridge, University Press, 1953, 1954, 1955).

2) *A History of the Crusades*, ed. por Kenneth M. Setton: vol. I, *The first Hundred Years*, ed. por

© 1965
Editorial Universitaria de Buenos Aires - Viamonte 640
Fundada por la Universidad de Buenos Aires

Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Marshall W. Baldwin (Filadelfia, Univ. of Pennsylvania Press, 1955) [comprenderá cinco volúmenes].

3) P. A. THROOP, *Criticism of the Crusade, A. Study of Public Opinion and Crusade Propaganda*, Amsterdam, 1940.

4) *La Chrétienté et l'idée de Croisade: I, Les premières Croisades; II, Recommencements nécessaires (XIIe-XIIIe siècles)*; curso dictado por PAUL ALPHONSE DUPONT PHANDÉRY, texto fijado por ALPHONSE DUPONT (París, *Bibliothèque de Synthèse Historique*, 1954 y 1959).

5) JEAN RICHARD, *Le Royaume latin de Jérusalem* (París, P. U. F., 1953).

6) Xmo Congresso Internazionale di Science Storiche, Roma, 1955, *Relazioni*, vol. III, *Storia del Medioevo* (Comunicaciones de P. ROUSSET, M. VILLEY, P. LEMERLE, CL. CAHEN y ST. RUNCIMAN sobre "la idea de Cruzada").

Se ha utilizado una transcripción simplificada, sin signos diacríticos, adaptando lo más posible las voces árabes, persas, turcas y armenias a la fonética hispana.

En ella valen las siguientes convenciones:
CH representa un sonido semejante a la j inglesa (*John*)
o a la y rioplatense en yo;
SCH equivale a sh inglesa (como en *Washington*);
C, QU equivalen al sonido castellano de k;
K representa una k uvular, propia del árabe;
H es aspirada suave como en inglés o fuerte como en árabe;
J equivale aproximadamente a j castellana;
Z representa el sonido de la z francesa o inglesa (*zone*).
(N. del E.)

CAPÍTULO I

LA CUESTIÓN DE ORIENTE ANTES DE LAS CRUZADAS

LA CUESTIÓN DE ORIENTE EN LA ANTIGÜEDAD

Las Cruzadas representan una fase de la lucha de Europa contra Asia. Esta lucha comenzó en cuanto Europa, bajo las apariencias del helenismo, tomó conciencia de sí misma para oponerse al mundo oriental, en este caso el imperio persa. Fueron las *guerras medicas*, en el curso de las cuales Grecia rechazó el asalto de Asia (490-469 a.C.). Con Alejandro Magno (356-323), el helenismo, pasando a la ofensiva, sometió al imperio persa y las fronteras de Europa se extendieron allende el Indo. Luego llegó la reacción asiática, representada por los partos, que arrojaron el helenismo al oeste del Eufrates (129 a.C.). Durante cuatro siglos y medio, de 64 a.C. a 395 de nuestra era, Roma, heredera de los Estados griegos y tutora del helenismo, defendió esa frontera contra el Irán parto, y luego (a partir de 224 de nuestra era) contra el Irán sasánida.

La lucha entre Roma y el mundo iranio adquirió un aspecto particular y la cuestión de Oriente cambió de faz cuando, hacia el año 325, el emperador Constantino adhirió definitivamente al cristianismo; más aún, cuando el imperio romano, convertido en Imperio bizantino, tomó un carácter netamente confesional. "Romanidad", en el sentido bizantino del vocablo, fue sinónimo de ortodoxia cristiana, así como el Irán, desde la restauración sasánida de 224, se identificaba con la fe mazdeísta. La cuestión de Oriente, hasta entonces simplemente étnica o cultural, se transformó en cuestión religiosa. Fue una guerra santa la

que, de 622 a 628, el emperador de Oriente, Heraclio, libró contra el rey sasánida Cosroes II. En 614, los persas habían tomado Jerusalén, llevándose la verdadera Cruz. En 630, Heraclio, vencedor, hizo que le devolvieran la Cruz y la llevó solemnemente al Santo Sepulcro: era ya una *cruzada*.

LA CONQUISTA ÁRABE

Mientras Persia y Bizancio se agotaban en ese largo duelo, Mahoma (570-632) reunía a los árabes alrededor de una fe nueva que había de lanzarlos a la conquista de ambos imperios.

El éxito del Islam solo se explica porque la revolución musulmana se produjo en medio del despertar de Oriente alzado contra el helenismo y contra la forma final del helenismo: la ortodoxia bizantina. Desde hacia más de dos siglos, el imperio grecorromano de Oriente se presentaba al Asia como un credo. Siguiendo el *Corán*, el mundo árabe respondió con el *chihad*, la guerra santa musulmana. Por lo demás, parece que la conquista árabe gozó, en Siria y en Egipto, de la simpatía de los cristianos monofisitas, de rito siriaco o copto, a quienes la ortodoxia bizantina perseguía como herejes. Así se explica, en parte, la facilidad con que los árabes arrebataron a los bizantinos la Siria-Palestina (batallas de Achnádáin, en 634, del Iarmuc, en 636, y toma de Jerusalén, en 638), y Egipto (toma de Alejandría, en 648), sin contar, a partir de 647 o más bien de 670 (fundación de Kairuán del África del Norte). En esta última fecha el imperio bizantino se reducía en Asia a la península de Anatolia.

LA RESISTENCIA BIZANTINA EN LOS SIGLOS VII-VIII

Poco faltó para que en su primer impulso, la conquista árabe acabara por destruir al imperio biza-

tino. De 673 a 677, la flota árabe, que había penetrado en el mar de Mármara, bloqueó a Constantinopla, que el emperador Constantino IV consiguió salvar gracias al *fuego griego*. En 717, un ejército árabe, que atravesó todo el Asia Menor y hasta cruzó los Dardanelos, sitió la ciudad por tierra. El emperador León III, el Isáurico, lo obligó a retirarse (718).

Debe agradecerse a esos rudos emperadores bizantinos de los "siglos oscuros" el haber salvado el "reservorio" de la civilización europea. Las jornadas de Constantinopla de 717-718, en que León el Isáurico quebró la ofensiva árabe en el este, se igualan a la jornada de Poitiers en que Carlos Martel la quebró en Occidente. En 739, León el Isáurico y su hijo Constantino V consiguieron en Acroinón, Frigia, una nueva victoria sobre los árabes, la que por un tiempo dejó libre al Asia Menor.

Las incursiones árabes recomenzaron en la península cuando el califato recayó en la dinastía de los abasíes. Los ejércitos del califa Harún al-Raschid (786-809) volvieron a causar estragos en las "tecas" bizantinas de Capadocia y de Frigia. En 838, los árabes saquearon, en el corazón de Frigia, la ciudad de Amoriún. Los jefes de la guarnición bizantina, después de largo cautiverio, fueron ejecutados por haberse negado a abrazar el islamismo (845); esto son los "42 mártires de Amorio", cuya historia muestra el grado en que esas antiguas guerras entre-bizantinas tomaban a veces el carácter de "cruelle avant la lètre". Por lo demás, los árabes habían saqueado Chipre (686) y también habían quitado la isla de Creta a los bizantinos (827).

* Miembro de las circunscripciones administrativas en que se dividió el imperio bizantino a partir del siglo vii. (N. del R.)

"LA EPOPEYA BIZANTINA"

La suerte cambió a mediados del siglo IX, cuando el califato abásí cayó en decadencia. El poder político de los califas abasíes pronto quedó reducido al Irak (Bagdad), mientras que el resto de su imperio se repartía entre dinastías musulmanas provincianas; la misión de defender las fronteras del mundo islámico contra los bizantinos incumbió de ese modo a una pequeña dinastía local, la de los emires hamdaníes de Alepo (944-1003), que no había de ser capaz de desempeñar dicho papel. Además, un califato disidente, el de los fatimíes, ya dueño de Túnez (desde 908), se estableció en Egipto (969-1171), secesión muy grave, pues no solo alcanzaba al terreno político, sino también al terreno religioso: entre el califato abásida, de fe *sunni*, reconocido en casi toda el Asia musulmana, y el califato fatímí, de fe *schii*, reconocido en Egipto, el abismo confesional era tan profundo como el que, en el mundo cristiano, separaba a Bizancio del Papado. Ahora bien, en el momento en que en el mundo musulmán triunfaban esos elementos de división, el imperio bizantino, bajo la dinastía macedónica (867-1057), experimentaba un brillante renacimiento.

La reconquista cristiana empezó con el general bizantino Nicéforo Focas, que liberó a Creta del dominio árabe (961). Ya emperador (963-969), Nicéforo Focas les arrebató también Chipre (964-965) y la Cilicia (toma de Adana, en 964, y de Tarso, en 965). En 968 llevó una correría a Siria, en el curso de la cual quemó a Homs y los alrededores de Trípoli, y anexó al imperio bizantino la región de Latakia. En 969, su lugarteniente Miguel Burcés arrebató al emir de Alepo la gran ciudad de Antioquía, que había de ser posesión bizantina hasta 1078 (y aun, teóricamente, hasta 1085).

Juan Tzimiscés, que sucedió a Nicéforo Focas en el trono de Constantinopla (969-976), también llevó a la Siria musulmana una correría triunfal (975). Por Homs y Baalbec llegó a Damasco, de donde penetró en Galilea. Una carta suya (si no es apócrifa) lo presenta haciendo la peregrinación a Nazaret y al monte Tabor. Pero en lugar de quitarle Jerusalén al califato fatímí, vuelve a Antioquía por la costa libanesa. En realidad, la imposibilidad de tomar el "Gibraltar sirio" de Trípoli detuvo a los bizantinos en el camino de Palestina: los cruzados franceses de 1099 serán más audaces y seguirán adelante. El emperador Basilio II, que gobernó luego (976-1025), consolidó la hegemonía bizantina en la Siria del norte, salvando al emir de Alepo atacado por los fatimíes de Egipto. Sin embargo, no intervino cuando, en 1009-1010, el califa fatímí Al-Háquim ordenó contra los cristianos una persecución en el curso de la cual la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén fue casi enteramente destruida.

Lo último que los bizantinos reconquistaron a los árabes fue Edesa (Urfa), al este del Eufrates, en la alta Chazira. Tomada por el general imperial Jorge Maniaces en 1030-1031, Edesa habría de quedar bizantina hasta 1086-1087.

Así, la reconquista bizantina del siglo X devolvió al viejo imperio una parte de Siria del norte (Antioquía y Latakia) y Edesa en el noroeste de la Mesopotamia, pero no siguió hasta Jerusalén, contra lo que pudo esperarse "no realizó la cruzada". No obstante, la recristianización de Antioquía y de Edesa por los bizantinos habría de tener consecuencias en el futuro. Los Cruzados de 1098 hallarán en la Cristiandad de esas dos ciudades un sólido punto de apoyo, y a partir de allí comenzarán la conquista de Siria.

PAPÉL DE ARMENIA EN LA RESISTENCIA CRISTIANA

En la lucha entre Europa y Asia, entre el cristianismo y el Islam, el pueblo armenio representó un papel importante.

Durante los tres primeros siglos de nuestra era, Armenia había sido disputada entre la influencia romana y la influencia iraní (parte y luego sasánida). La situación cambió cuando, hacia 305, el rey de Armenia, Tiridates III, se convirtió al cristianismo. En el duelo entre Europa y Asia, Armenia se ponía de parte de la Cristiandad, es decir, de Europa. No por eso dejó de verse obligada a seguir los destinos del mundo iraní, y no del grecorromano, pues el emperador Teodosio la abandonó, hacia 390 al imperio sasánida. Sin embargo, el pueblo armenio se reveló cada vez que los sasánidas quisieron obligarle a que adjurara del cristianismo (rebelión y muerte heroica de Vardán Mamiconián, en 451). Finalmente, la corte de Persia dejó que sus vasallos armenios practicaran libremente su religión (485). Por lo demás, hacia 527 el clero armenio adhirió al monofisismo (una sola "naturaleza" en Cristo), lo cual lo opuso definitivamente a la ortodoxia griega. Armenia aseguró así su completa independencia espiritual: su bautismo había impedido que fuera absorbida por Persia (y más tarde por el Islam), su monofisismo impidió que lo fuera por Bizancio.

Luego de la caída del imperio sasánida, Armenia fue conquistada por los árabes (toma de Dovin, la capital armenia, en 642), pero, aun sufriendo la dominación de éstos, supo conservar su fe cristiana. Por lo demás, a menudo los califas hicieron gobernar Armenia, por señores feudales armenios, en este caso por los representantes de las dos grandes familias de los Mamiconián y de los bagrátidas. El bagrátida Aschot Medz o el Magno recibió así el gobierno de Armenia (856-890). En 885, la corte de

Bagdad restableció en favor de ese príncipe la realeza armenia. No obstante, los nuevos reyes bagrátidas, cuyo dominio correspondía a la región de Cars y de Aní, solo tenían sobre los demás príncipes armenios una primacía nominal. La dinastía local de los artzrunies, en el Vaspuracán (Este del lago de Van), siguió casi tan poderosa como antes.

El segundo rey bagrátida, Sembat I, llamado el Mártir (890-914), fue capturado y martirizado por los musulmanes. La situación fue restablecida por su hijo Aschot II Erkath, "el hombre de hierro" (914-929), con quien comienza la independencia definitiva de Armenia, la que se vio comprometida por el rey Aschot III, el Misericordioso (953-977), quien tuvo la debilidad de ceder a su hermano la ciudad de Cars, la antigua capital, para instalarse en Aní (962), lo que aumentó aún más la partición. A pesar de esas divisiones feudales las ásperas controversias teológicas entre la Iglesia armenia (monofisita) y la Iglesia bizantina (credo griego ortodoxo). A pesar de esas querellas, Armenia, a la cual el derrumbe del poderío árabe había devuelto su total independencia, era asiento de una brillante cultura nacional. Los reyes bagrátidas Sembat II (917-990) y Gaguic I (990-1020) construyeron en Aní la célebre catedral y otros monumentos, de los cuales Strzygowski y Baltrusaitis piensan que han podido influir en la formación de la arquitectura francesa medieval.

Armenia constituía un baluarte cristiano, que sirvió al imperio bizantino de los avances del Islam, cuando el emperador bizantino Basilio II emprendió la tarea de anexarla, principado por principado. Consiguió que el príncipe de Vaspuracán le cediera sus Estados (1022) y preparó la anexión del reino bagrátida de Aní. En 1045, el rey de Aní, Gaguic II, debió resignarse a dicha anexión. En 1064, el

último príncipe armenio, el de Cars, cederá sus Estados al Imperio. La anexión de Armenia llevó muy lejos hacia el este la frontera bizantina, pero agravó el desacuerdo confesional entre la Iglesia griega y la Iglesia armenia, ya que la primera empleaba la fuerza para que la segunda abrazara la ortodoxia. Este desacuerdo facilitaría el éxito de la invasión turca.

LA CONQUISTA SELCHUKÍ

La reconquista bizantina solo pudo realizarse gracias a la decadencia y división del imperio árabe. Pero, a mediados del siglo XI, los árabes fueron remplazados en la dirección política del Asia musulmana por una raza militar joven, la raza turca, que dio nuevo impulso a la guerra santa islámica.

Se trataba de la tribu turca de los selchukí, salida de las estepas del actual Turkestán ruso, cuyo jefe, el sultán Togrul-beg, después de conquistar el Irán, a partir de 1055, se impuso como vicario temporal al califa de Bagdad. El califato abasí tuvo así un doble: el sultanato selchukí muestra que el imperio turco lo fue del imperio árabe.

Inmediatamente los turcos prosiguieron la lucha por cuenta propia —hacia tiempo abandonada por los árabes— contra el imperio bizantino. Su temperamento guerrero habría de encontrar por ese lado un vasto campo de acción, a la par que así legitimaban ante el mundo musulmán la hegemonía que sobre él se habían arrogado.

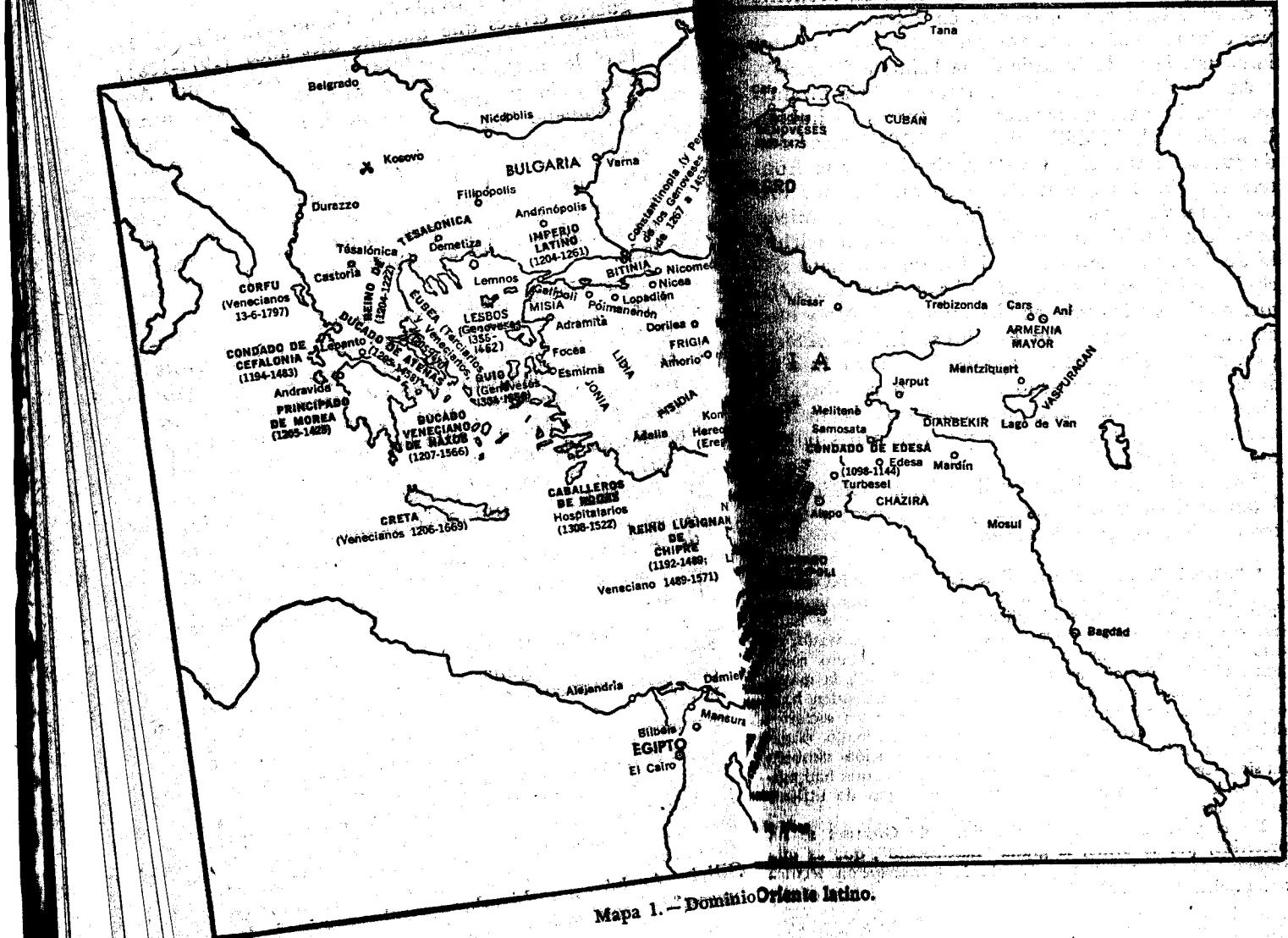
El sultán selchukí Alp Arslán (1063-1072) arrebató a los bizantinos la mayor parte de Armenia (toma de Aní y de Cars, en 1064). Un emperador bizantino enérgico, Romano IV Diógenes, intentó reconquistar Armenia, pero fue derrotado y apresado por Alp Arslán en Mantzikert * (1071). Las conse-

* También MANZIKART, MALAZKIRD y MALASJIRD (según Hitti, *Historia de los árabes*, 1950; p. 388). (N. del R.)

cuencias de ese desastre se vieron agravadas por las guerras civiles que durante diez años (1071-1081) paralizaron la defensa bizantina en Asia Menor. Ante el derrumbe del poderío bizantino, un aventurero normando Roussel de Bailleul, antaño al servicio de Romano Diógenes, estuvo a punto de crearse, antes que llegaran los turcos y en detrimento del Imperio, un principado independiente en Asia Menor (1073-1074). Acabó por caer aplastado entre los bizantinos y los turcos, pero su tentativa es interesante: nos anuncia los aventureros de la Primera Cruzada.

Asia Menor quedaba abierta a los turcos selchukíes y allí se arrojaron tanto más gustosos cuanto que los pretendientes bizantinos que se disputaban el trono los llamaban como auxiliares. El resultado fue que entre 1078 y 1081 los turcos ocuparon casi toda el Asia Menor, tanto las plazas del interior como Konia (la antigua Iconio), las ciudades de la periferia como Nicea y Esmirna. Un segundón selchukí, Sulaimán ibn Kutulmisch, se instaló en Nicea. Él había de ser el fundador del sultanato selchukí de Asia menor o de "Rum" (más tarde conocido como sultanato de Konia, que duraría de 1081 a 1302).

En medio del derrumbe general del poderío bizantino en Asia, algunas plazas resistieron a los turcos, principalmente Antioquía, en Siria, y Edesa en Chazira. Por otra parte, después que Armenia fue ocupada por los turcos, una densa emigración armenia se estableció en Edesa y en Cilicia. Entre 1071 y 1084, un aventurero armenio llamado Filaretes, que había servido en los ejércitos de Romano Diógenes, hizo que reconocieran su autoridad en Melitene (Malatia), Marasch, Edesa y Antioquía, así como en Cilicia. Acabó sucumbiendo ante el empuje de los turcos; los selchukíes se apoderaron de Antioquía



Mapa 1. - Dominio Oriente Latino.

(1084), de Edesa (1087) y de la llanura cilicia, pero algunos jefes armenios se mantuvieron en Melitene y en el Tauro cilicio, incluso en Edesa, recobrada por ellos en 1095 (ya veremos que este hecho tendrá importancia en la historia de la Primera Cruzada).

Aparte dichas excepciones, tanto la Siria bizantina como la Anatolia pasaron a los turcos selchukies. El sultán selchuki Málic Schah (1072-1092) reinó desde Jurasán hasta el golfo de Alejandreta y la frontera egipcia. Pero, después de su muerte, sus vasos dominios fueron repartidos entre los miembros de su familia. Así se formó un sultanato selchuki de Irán, que duró hasta 1194, un sultanato selchuki de Asia Menor, que duró hasta 1302, y dos efímeros reinos selchukies en Siria, uno en Alepo y otro en Damasco. Además, los Estados selchukies en Siria y en Irán sufrieron el trabajo de disociación interna de la secta árabe-persa de los ismaelies, o haschischin* (bebedores de haschisch), que corrompía las mentes con su propaganda antisocial y sus crímenes políticos (1090-1256).

Esa partición territorial y el malestar político habrían de detener al punto la expansión turca y favorecer la intervención de Occidente.

* "Assassins", como sinónimo de Ismaelies, es la versión vulgar francesa del vocablo árabe "hasisiyin" que significa "absorbedores de haschisch" (dicho vocablo —que se halla transcripto con grafía técnica— es un sustantivo derivado, en caso obvio, cuyo nominativo es "hasisiyun"). Pero como aquél término francés también significa "asesinos", la mayoría de los lectores profanos en la materia lo entienden bajo esa acepción, máxime dada la facilidad con que los sectarios del ismaelismo recurran al homicidio obedeciendo ciegamente las órdenes de sus superiores. Esta acepción también ha sido seguida por numerosos autores españoles, que han empleado la denominación de "asesinos", en lugar de utilizar una forma parecida a la del original árabe.

En la presente traducción del libro de Grousset se ha preferido, por lo dicho, la grafía "haschischin", que es una versión aproximativa y popular de la transcripción técnica antes indicada. (N. del R.)

CAPÍTULO II

LOS ESTADOS CRUZADOS DE SIRIA Y PALESTINA

ORÍGENES DE LA IDEA DE CRUZADA

¿Cómo Occidente se vio obligado a intervenir en la cuestión de Oriente? ¿Cómo surgió la idea de una cruzada?

Las luchas de Occidente contra el mundo musulmán son muy anteriores a la Primera Cruzada. Hasta mucho que Occidente luchaba contra los musulmanes, ya que éstos le atacaban directamente en su tierra. España había sido casi enteramente conquistada por los árabes en 711-718 y, desde entonces, Galicia, Asturias y los valles pirenaicos, que se habían librado de la conquista, luchaban con gran trabajo para rechazar al invasor. En el siglo siguiente, los tribus tunecinos (dinastía de los aglabíes) arrebataron Sicilia a los bizantinos (toma de Palermo, en 830; de Mesina, en 842, y de Siracusa, en 876). *

Estos llegaron a instalarse en la península italiana, donde ocuparon Bari (848) y Tarento (856). Una de sus cuadrillas llegó —audacia y sacrilegio inauditos— a saquear, en Roma, la basílica de San Pedro (846).

* Otros autores dan las siguientes fechas: toma de Palermo: 831; toma de Mesina: 843; toma de Siracusa: 878 (ver Hirri, *Historia de los árabes*, edit. Razón y Fe, Madrid, 1950). (N. del R.)

La reacción cristiana fue lenta. El valeroso emperador carolingio Luis II —un gran soberano poco conocido— quitó, a los árabes Bari (871), y los bizantinos, por su parte, en el reinado de Basilio I el Macedonio, les quitaron Tarento (880), pero los árabes conservaron mucho tiempo más a Sicilia. Para expulsarlos se necesitó la llegada de los normandos. El jefe normando Roger I, hermano del célebre Roberto Guiscardo, consiguió librarse la isla después de tenaz lucha (toma de Mesina, en 1061; de Catania y Palermo, en 1072; de Trápani, en 1077; de Taormina, en 1079; de Siracusa, en 1085, de Girgenti, en 1086; de Noto, en 1091). Al ser conde de Sicilia, Roger I arrebató a los árabes la isla de Malta (1091-1092).

Las repúblicas marítimas italianas se vieron pronto obligadas a asociarse a ese esfuerzo, pues estaban amenazadas por los corsarios árabes. Génova había sido sorprendida y saqueada por ellos en 955, Pisa en 1004 y 1011. Ayudados por los genoveses, los pisanos reaccionaron energicamente y en 1015 expulsaron de Cerdeña a los árabes establecidos en ella. En 1034, tomándose desquite, los pisanos llevaron a cabo un ataque a Argelia, donde saquearon Bona. En 1087, por iniciativa del papa Víctor III, las escuadras pisanas y genovesas atacaron también el territorio tunecino y tomaron la capital Mahdía. Antes de reembarcarse, los vencedores pusieron en libertad a gran número de cautivos cristianos. En el siglo siguiente, los normandos de Sicilia cruzaron a su vez el mar y persiguieron a los musulmanes también en Túnez y en Tripolitania. El rey Roger II de Sicilia ocupará Trípoli (junio de 1146), Mahdía, Susa y Sfax (julio-agosto de 1148), ciudades que siguieron una decena de años en poder de los normandos (reconquista, por los musulmanes, de Sfax en 1156, de Trípoli en 1158 y de Mahdía en 1160).

En España, la reconquista cristiana había empezado hacia tiempo. Esta vez se trataba, en verdad, de una cruzada, aún antes de darle ese título; no solo, como se ha dicho, una "cruzada a domicilio", sino un empresa cristiana internacional por lo menos al principio puesto que varias veces los barones franceses fueron llamados a tomar parte en ella. "La primera cruzada francesa", según el dicho de Agustín Fliche, fue la que llevaron a Aragón en 1063-1065, llamamiento del papa Alejandro II, el champañés de Roucy y el duque de Aquitania Guido Godofredo. "El mundo occidental, por orden del Papa, arroja al asalto del islam. Ha nacido la idea de cruzada" (Fliche). En 1085, diez años antes del "nos lo quiere" del concilio de Clermont, la reconquista cristiana alcanzó por ese lado un primer resultado decisivo: la recuperación de Toledo por el de Castilla Alfonso VI.

LA IDEA DE CRUZADA Y SU PAPEL HISTÓRICO

La reconquista española había preparado los espaldas para la idea de cruzada. El papa Gregorio (1073-1085), que había alentado activamente las peregrinaciones a España, encaró el envío de un solo contingente militar al imperio bizantino, pero aunque la idea estaba en el aire, fue el papa Urbano II quien la llevó a cabo. Téngase en cuenta que Urbano había sido prior en Cluny. Y la influencia de Cluny obró decisivamente en favor de la reconquista española. Ahí se fundó un vínculo más entre ésta y la cruzada propiamente dicha. Por otra parte, si antes de la cruzada Urbano II pudo mostrarse favorable al reclutamiento de mercenarios franceses por el emperador bizantino Alexio Comneno (concilio de Plasencia, 1-7 de diciembre de 1095), es falso que dicho príncipe acudió a la cruzada en vista de la predicación de la guerra santa. La iniciativa de la cruzada fue obra del pontífice.

Guardó el secreto mucho tiempo y solo reveló su proyecto, una vez cuidadosamente madurado, en un manifiesto solemne, en el concilio de Clermont-Ferrand, el 27 de noviembre de 1095. Ese día llamó a la Cristiandad a las armas para librar el Santo Sepulcro, y también para librar a los cristianos de Oriente, oprimidos por el Islam.

¿En qué se distinguía este llamamiento de los que anteriormente habían hecho los otros papas, o los príncipes "latinos", en vista de tal o cual expedición contra los árabes de Sicilia, de España o de África?

Hasta entonces, las expediciones contra los musulmanes habían conservado, en Sicilia, por ejemplo, o en los puertos del Norte de África, un carácter puramente político. Aun en España, donde ya hemos visto que la reconquista se presentó como una prefiguración de la cruzada, hasta entonces solo se trató de una empresa circunscrita a la península, en beneficio de Castilla o de Aragón. La idea de Urbano II, idea hecha fuerza, idea en marcha que había de trastornar al mundo, se distinguió de las empresas anteriores por su carácter propiamente religioso, originalmente desinteresado, enteramente internacional. El Papa llamó a la lucha contra el Islam a toda la Cristiandad. Desde que los primeros califas árabes proclamaron contra los cristianos el *chihad*, la guerra santa musulmana, los estados cristianos, a pesar del carácter confesional que hemos subrayado en ellos, no opusieron al Islam sino una resistencia aislada; y aun cuando hubo de su parte guerra religiosa, no dejaba de ser una guerra nacional, hasta un Urbano II, la Cristiandad responde al Islam con una guerra santa general. En ese sentido, la cruzada opone y se iguala verdaderamente al *chihad*, puede decirse que la cruzada es un *contra chihad*.

De ahí el éxito sin precedentes de la predicación de 1095, éxito que dejó muy atrás el de las iniciativas de Cluny con vistas a correrías de la gente de Champaña, Borgoña o Aquitania en España. La cruzada se propagó con inaudita rapidez, porque fue una idea pasional, suscitando una mística colectiva, como después la idea de libertad, la idea de nacionalidad, la idea de justicia social. Fue la ideología, la mística, creada en Clermont por Urbano II las que, obrando de lleno en la psicología de las multitudes, levantaron el extraordinario impulso espiritual de 1095. Impulso popular primeramente, la voz del papa, respondió el grito de "Dios lo quiere" (*Deus lo volt*), que atravesó los siglos. Quienes lo oyeron, se "cruzaron" (cosiendo, como insigüe de su voto, una cruz de paño en su ropa). Del impulso nacido en las masas es testimonio la predicación y el éxito de un Pedro el Ermitaño (pobre hombre, por lo demás, que los acontecimientos no permitían en colocar a su medida). Dicho impulso llegó progresivamente a la caballería, luego al mundo de los barones, sin que por esta vez consiguiera (el hecho es significativo) alistar a ninguno de los príncipes reinantes: la razón de Estado seguía siendo refractaria a ese gran movimiento de ideología internacional.

El elemento ideológico así aparecido —la mística de la cruzada— no desaparecerá jamás totalmente. Ya veremos sus apariciones, cada vez más débiles, es cierto, en el correr de las cruzadas ulteriores. Volveremos a encontrarlo intacto en 1248 y en 1270 en un Luis IX. Pero casi en seguida debió integrarse con el hecho de conquista, y luego con el hecho de colonización.

Primeramente el hecho de conquista. La predicación de la cruzada cayó en una Europa en plena expansión, desencadenó el imperialismo militar del feudalismo capetiano y lotaringio, y el imperialismo econó-

mico de las repúblicas marítimas italianas. En una sociedad tumultuosa, aún mal asentada, hirviente de savia, la absolución de los pecados concedida a los cruzados por la Iglesia rehizo una virginidad y aseguró una coartada moral a muchas conciencias turbias, aventureros o caballeros bandidos. Todos esos elementos dudosos, inclinados por un momento ante el soplo místico de 1095, volvieron una vez en tierra de Asia, a sus brutales instintos de rapiña. Aun entre los barones, el voto de 1095 se transformó pronto en la más provechosa de las aventuras. Los más avisados de ellos, un Balduino I, un Bohemundo, un Tancredo, verán en la cruzada la inesperada ocasión de labrarse señoríos y reinos bajo el sol de Oriente. El cruzado se hará conquistador, para el que todos los procedimientos serán buenos —violencia, perjurio, hasta asesinato (Balduino I en Edesa) — con tal que agranden su lote. Para conseguirlo, Balduino I y Bohemundo no vacilarán en abandonar la cruzada mucho antes de la liberación de Jerusalén. Y ya veremos que esos dos extraños cruzados serán precisamente quienes, al final, llegarán a ser los principales beneficiarios de la empresa, Balduino como rey de Jerusalén, Bohemundo como príncipe de Antioquía. Ya se ve hasta qué punto la ideología de la cruzada habría de servir de pantalla a realidades singularmente distintas.

Después de la conquista, la colonización. Una vez surgidos del éxito de la cruzada los estados franceses de Siria y de Palestina, las necesidades de la colonización imprimirán a la historia del Oriente latino tendencias diametralmente opuestas al espíritu de 1095. En Jerusalén, en Trípoli, en Antioquía, en Edesa, habrá que encontrar un *modus vivendi* con los Estados turco-árabes de la vecindad, vivir en permanente simbiosis con los *fel-lahs* y mercaderes musulmanes que permanecieron en tierra franca, aceptar un mínimo de tolerancia religiosa entre Cristianos y

judíos e Islam. En Acre o Tiro ya no se verá al musulmán con los mismos ojos que desde Clermont. El *córono* franco de Tierra Santa, el "poulain", como despectivamente lo llamarán los peregrinos que siguen a esas al espíritu de 1095, se habrá adaptado a la verdad musulmana y a la vida oriental. Dará muestras frente a las ideas, a las costumbres, aun a la fe musulmana, de un liberalismo que escandalizará al peregrino. A la inversa, el peregrino, el cruzado de cruzadas siguientes, parecerán fanáticos al "poulain". Porque entre los primeros y el segundo están todas las necesidades de una política indígena, una política musulmana que Urbano II no podía imaginar siquiera, pero que no tardarán en imponer al realismo de los "barones de Tierra Santa". Puede decirse que la historia del Oriente latino es de la sorda oposición e incesante complemento entre la idea de cruzada y el hecho colonial. Nos quedaremos a agregar que ambos puntos de vista complementarán. Sin el impulso espiritual de la cruzada, sin la mística del concilio de Clermont, no habría habido en Siria colonias francesas. Y sin la idea colonial de un Balduino I, la obra de la cruzada no hubiese durado diez años.

LA PRIMERA CRUZADA Y EL PROBLEMA JURÍDICO BIZANTINO

La dedicación de la cruzada en el concilio de Clermont tuvo como primer resultado la puesta en marcha de masas populares conducidas por Pedro el Letitano y por Gualterio Sans-Avoir. Esas masas, disciplinadas, en las cuales el entusiasmo superó la falta total de organización, provocaron, en su marcha en el camino, las represalias de los bizantinos (julio de 1096), y luego, una vez trans-

cos cerca de Hersek, en la costa de Bitinia (21 de octubre de 1096).

La cruzada de los barones fue mejor organizada. Urbano II le había dado como jefe al legado Adhemar de Monteil, obispo de Puy, quién, hasta su fallecimiento en Antioquía (1º de agosto de 1098), desempeñó un papel muy útil de conciliación entre los diversos barones cruzados. De hecho, éstos conservaron su independencia. Habían partido en cuatro grupos: Constantinopla como punto de concentración. El primer grupo lo conducía Godofredo de Bouillon, duque de Brabante, valeroso guerrero y cristiano sincero a quien acompañaba su hermano Balduino de Bolonia, personalidad mucho más fuerte, aunque no tan recomendable, cuyo papel capital —como fundador del reino de Jerusalén— ya veremos. Después de atravesar con mucha disciplina, Hungría y las provincias bizantinas de Europa, el ejército de Godofredo alcanzó Constantinopla el 23 de diciembre de 1096. El segundo grupo estaba constituido por los normandos de Italia meridional mandados por Bohemundo de Tarento, hijo del famoso Roberto Guiscardo, a quien acompañaba su sobrino Tancredo. Pleno de fogosidad normanda y de intriga napolitana, Bohemundo y Tancredo llevaron a la cruzada su experiencia del mundo oriental, que ellos conocían bien por las recientes guerras de Roberto Guiscardo contra Bizancio y por su trato con los árabes de Sicilia. Por lo demás, personalidades poderosas serán, con Balduino I, los mejores hombres de la conquista francesa. Por el Epiro y Macedonia llegaron en abril de 1097 a Constantinopla, donde su cercanía hacia temblar al emperador Alejo Comneno, pues unos años antes (1081-1085) ese mismo Bohemundo intentó, con su padre Roberto Guiscardo, quitar a los bizantinos el Epiro y Macedonia. No obstante, Bohemundo y Tancredo, tan

sutiles diplomáticos como temibles guerreros, supieron provisionalmente poner sordina a sus ambiciones y aun convertirse —siempre circunstancialmente— en los abogados del *basileus* ante los demás jefes cruzados. El tercer grupo, formado por franceses del Mediodía, lo conducía Raimundo de Saint-Gilles,conde de Tolosa, personaje inestable, lleno de presunciones, que aspiraba al primer papel y, quien por momento, se mostraba intratable frente a las tensiones jurídicas bizantinas, esperando llegar a ser, luego el hombre de la política bizantina en el Levante. Cuarto grupo estaba constituido por los franceses norte con el conde de Normandía, Roberto Courteuse y el conde de Flandes, Roberto II, príncipe.

En Constantinopla, donde acababa de producirse la concentración general, los jefes cruzados se hallaron frente a un problema de derecho internacional. Tierras que iban a conquistar a los turcos, al menos de Siria septentrional, como Antioquía, habían pertenecido hasta hacía muy poco, al imperio bizantino (véase p. 11). El emperador Alejo Comneno recordó a los cruzados esos títulos jurídicos, esa soberanía sobre las antiguas posesiones imperiales, y las borrascosas negociaciones que estuvieron a punto de degenerar en lucha abierta (ataque de Godofredo de Bouillon a las murallas de Constantinopla) por obtener satisfacción: los jefes cruzados comprometieron a entregarle sus eventuales conquistas en las antiguas provincias del Imperio, pero al menos a recibirlas de él como feudo, en febrero de 1097. En cumplimiento de ese acuerdo, los cruzados, una vez en Asia, obligaron a la guarnición selchukí de Nicea, dejada por los bizantinos, a reocupar la ciudad (26 de febrero de 1097).

Digamos en seguida, para no tener qué volver sobre el particular, que Nicea no fue la única ciudad que los bizantinos, al amparo de la Primera Cruzada, recobraron entonces del poder turco. Mientras los cruzados se dirigían por el camino de Siria, el emperador Alejo Comneno, aprovechando las dificultades de los turcos, les arrebató también el resto de Bitinia, Jonia (Esmirna, Éfeso) (1097), Lidia y Frigia occidental (1098). Éste es un resultado indirecto, pero no el menos importante de la Primera Cruzada. La iniciativa del papa Urbano II alcanzaba así uno de sus primeros objetivos, que era despejar a Constantinopla y entregar al helenismo la mejor parte del Asia Menor. La toma de Constantinopla por los turcos y la entrada de los turcos en Europa, que todo hacía temer como próximas en los años 1081-1097, quedaban postergadas hasta 1453. Este es un hecho de tanta importancia histórica que su alcance quizá supere la propia conquista de Jerusalén.

CAUSAS DEL ÉXITO DE LA PRIMERA CRUZADA: LA ANARQUÍA DEL MUNDO MUSULMÁN A LA LLEGADA DE LOS CRUZADOS

La relativa facilidad con que los Cruzados y sus aliados bizantinos se apoderaron de Nicea, capital del reino selchukí de Asia Menor, era reveladora del estado del mundo musulmán en esa fecha.

Observemos, en efecto, cuán favorable era la hora para los Cruzados. Si la cruzada hubiese sido predicada unos diez años antes, habría tropezado con el gran imperio selchukí unitario del sultán Málí Schah; con el mundo turco obedeciendo a un solo señor desde Bucara al Mediterráneo nada dice que la Cruzada hubiera fracasado. Al contrario, al producirse después del reparto de 1092, en plenas guerras de secesión entre epígonos selchukíes, aprove-

aría un concurso de circunstancias inesperado. Selchukíes de Asia Menor, de Siria, de Irán, todos eran malquistas entre sí. La Cruzada podrá aplastar separadamente a los de Asia Menor, sin que intervengan los de Siria y de Irán. En la propia Siria, los reyes selchukíes de Alepo y de Damasco son enemigos que combatirán por separado a la Cruzada y serán derrotados separadamente. Los sultanes de Irán, que teóricamente conservan la monarquía y detentan la dignidad del sultanato, finalmente entregados a luchas fratrícididas. Sin duda, acabarán por intervenir en Siria, pero mucho tarde, una vez perdida Antioquía.

Epígonos selchukíes, a pesar de sus vínculos hereditarios, no conseguían unirse contra la Cruzada, porque habría de ser imposible la unión entre el gobierno fatimí de Egipto. Todo separaba a los sultanes de los selchukíes. Odio de raza: los sultanes eran turcos; el fatimí, árabe. Odio religioso: los selchukíes eran musulmanes sunnies, el fatimí (el de Irán) se consideraba como vicario temporal del califa de Bagdad. Los fatimíes eran musulmanes chiítas, su califa de El Cairo era el propulsor del chiísmo. De modo que el gobierno de Egipto irá en socorro de los selchukíes de Siria a la Cruzada, sino que sacará provecho, cuando atacando contra ella frente a Antioquía, para tomar Jerusalén (26 de agosto de 1098).

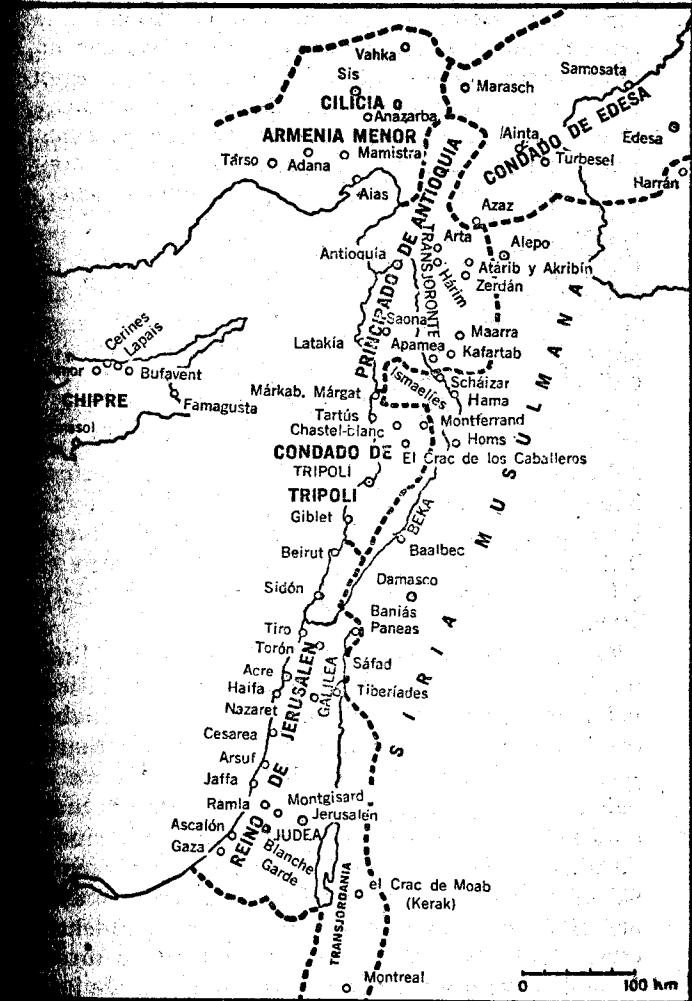
Este desarrollo del mundo musulmán a la llegada de los Cruzados explica en buena parte su éxito, a pesar de las altas que habrían de cometer.

PRIMERA CRUZADA EN SIRIA. CONQUISTA DE ANTIOQUÍA Y DE JERUSALÉN

Después de la toma de Nicea, los cruzados emprendieron la travesía de Asia Menor en diagonal, oriente al sudeste. El 1º de julio de 1097 vencie-

ron en Dorilea al selchukí de Asia Menor, Kilich Arslán, y desde ese momento les fue posible proseguir su camino por Iconio (actual Konia) y el ante-Tauro, pues los turcos se contentaban con hacer el vacío ante ellos. En el ante-Tauro y la región de Marasch recibieron ayuda del elemento armenio que, como hemos visto, había emigrado recientemente a esas regiones. De ahí bajaron a la Siria del norte y pusieron sitio a Antioquía, plaza que pertenecía a un emir turco vasallo de los selchukíes (20 de octubre de 1097). Asedio penoso, de más de siete meses, durante el cual desertó más de un carácter mal templado (principalmente Pedro el Ermitaño). El rey selchukí de Alepo, Riduán, intentó despejar la ciudad y fue rechazado (9 de febrero de 1098). El 3 de junio Antioquía fue tomada por fin gracias a la iniciativa del príncipe italonormando Bohemundo. Un gran ejército de socorro enviado por el sultán selchukí de Irán llegó demasiado tarde y fue destruido delante de Antioquía (28 de junio). El fogoso y astuto Bohemundo, a quien se debían esos éxitos, consiguió, a pesar de la oposición de algunos otros jefes cruzados (Raimundo de Saint-Gilles), que le reconocieran príncipe de Antioquía. En cuanto a los derechos anteriores del imperio bizantino sobre la ciudad, aparentó considerarlos como abolidos, aunque Bizancio jamás había renunciado, como lo comprobaremos más adelante (págs. 46 y 50). Así fue fundado el principado franco de Antioquía, destinado a durar de 1098 a 1268.

Mientras tanto, otro jefe cruzado, Balduino de Bolonia, hermano de Godofredo de Bouillon, había ido, por su parte, a fundar un condado autónomo en Edesa (Orfa); llamado contra los turcos por Thoros, príncipe armenio de dicha ciudad, Balduino se las arregló para que pereciera en un motín y lo sustituyó (9 de marzo de 1098). Tal fue el origen del



Mapa 2. — La Siria francesa.

condado franco de Edesa, que había de durar de 1098 a 1144.

En ese momento la Cruzada pareció desmenuzarse. Cada barón trataba de labrarse algún feudo en la Siria del Norte. ¡Ejemplo contagioso el de Bohemundo y el de Balduino, desinteresándose ambos desde entonces de la liberación de Jerusalén para consagrarse, el primero, a su principado de Antioquía, y el segundo a su condado de Edesa! La indignación de la muchedumbre de peregrinos obligó por fin, bajo amenaza de rebelión, a los demás jefes cruzados a que cumplieran su voto. En enero de 1099, el ejército siguió su marcha desde Siria del norte hacia Jerusalén dirigido por Raimundo de Saint-Gilles, que fue el primero en ceder a la presión de la multitud (Godofredo de Bouillon se le reunió poco después). Los cruzados remontaron el valle del Orontes y luego siguieron la costa desde Trípoli hasta el norte de Jafa sin perder tiempo en tomar las ciudades, que quedaron así —principalmente Trípoli— en poder de los musulmanes. Luego escalaron la altiplanicie de Judea para sitiар a Jerusalén.

Como ya hemos visto (p. 30), los egipcios (dinastía árabe de los fatimíes) aprovecharon las dificultades de los turcos selchukies, que entonces luchaban con la Cruzada delante de Antioquía, para quitarles Jerusalén (26 de agosto de 1098). Los egipcios no habían tenido tiempo de consolidar su dominio cuando los cruzados emprendieron el asedio de la ciudad (mediados de junio de 1099). Aquí también la Cruzada sacaba ventaja de las luchas entre musulmanes. Además, la dinastía fatimí, ya en decadencia, estaba lejos de tener el valor militar de los turcos. Jerusalén fue tomada por los cruzados el 15 de julio de 1099 después de un terrible asalto en el que Godofredo de Bouillon participó con gran valor, pero

que, desgraciadamente, fue seguido por una horrosa degollina. Matanza tan impolítica como inhuma: la suerte corrida por los musulmanes de Jerusalén alejó de toda idea de rendición a las ciudades de la costa palestina que aún estaban en poder de los egipcios.

GODOFREDO DE BOUILLON, ADALID DEL SANTO SEPULCRO. CARÁCTER DE LA OCUPACIÓN FRANCA

A cuál de sus jefes los cruzados confiarían Jerusalén? Se pronunciaron en favor de Godofredo de Bouillon, prefiriéndolo a Raimundo de Saint-Gilles (22 julio de 1099). Godofredo no tomó el título de santo solamente el de *abogado* (es decir, defensor) del *Santo Sepulcro*, título modesto y provisional que engababa el estatuto definitivo del novel Estado Franco.

Después de ayudar a Godofredo de Bouillon a repeler un contraataque egipcio (batalla de Ascalón, 28 de agosto de 1099), los demás barones cruzados (Raimundo de Saint-Gilles, el conde de Normandía y el conde de Flandes) salieron de Palestina. Ya habían visto que Bohemundo se había quedado en Antioquía, y Balduino en Edesa. Con Godofredo solo quedaron unos centenares de caballeros. La ocupación francesa se mantuvo, sin embargo, debido a la posición y a las divisiones del mundo musulmán. Pero el desmoronamiento con que la mayoría de los cruzados —una vez cumplido el voto, volvió a Europa, esa movilización prematura tuvo graves consecuencias para el porvenir. Satisfechos de haber sometido Antioquía y Jerusalén, los cristianos descuidaron acaparar el Islam sirio cuando estaban en condiciones de hacerlo. Posteriormente se conformaron con cometer la conquista de la Siria occidental y de Palestina, pero, a pesar de sus esfuerzos, nunca pudieron

apoderarse de Alepo, de Hama, de Homs y de Damasco. La Siria interior, apuntalada por toda el Asia selchukí y abasí, seguirá en manos de los musulmanes. Por ese hecho, la Siria franca se verá reducida a una franja costera más o menos profunda, según las épocas, pero siempre amenazada de que la arrojaran al mar las oleadas llegadas de tierra adentro.

La Cruzada, que había mandado al Asia centenares de miles de hombres, se desmovilizó demasiado pronto, dejando, para asegurar la ocupación y acabar la conquista, efectivos esqueléticos. Una vez que sus compañeros de armas regresaron a Francia, Godofredo de Bouillon solo disponía de 300 caballeros. Inclusive cuando de los años de tregua de la "desmovilización" se pasó a una organización racional de la defensa franca; cuando la leva general de 1124, por ejemplo, el conjunto de los cuatro Estados franceses no podía poner en pie de guerra más de 1100 caballeros. La Siria franca, a lo largo de su existencia, padecerá la misma oligantropía.

Es cierto que en cuanto se conquistó Jerusalén el Papado se preocupó por enviar a Palestina cruzadas de refuerzo destinadas a terminar la ocupación del país. La primera la componían lombardos, que partieron de Constantinopla al Asia (abril - mayo de 1101), y a cuyo frente se puso Raimundo de Saint-Gilles. So pretexto de ir a libertar al príncipe de Antioquía, Bohemundo, por entonces prisionero de los turcos en Nicsar, en las montañas del Ponto, esos cruzados siguieron un itinerario absurdo, a través del norte de Asia Menor. Fueron rodeados y casi exterminados por los turcos entre Angora y Amasia (julio-agosto de 1101). Otros dos ejércitos cruzados, mandados uno por Guillermo de Nevers, y el otro por Guillermo IX de Poitiers y Guelfo IV de Baviera, siguieron, en cambio, el itinerario de la Primera Cruzada, pero no por eso dejaron de ser distruidos por

los turcos cerca de Eregli en Capadocia (agosto-setiembre de 1101). Los casi 200 hombres que fueron así exterminados eran muy necesarios en la Siria franca. Representaban, después de las tropas de la conquista, "el ejército de explotación" indispensable para poblar la nueva colonia, y ese ejército jamás llegó a su destino.

Tanto mayor fue el mérito de Godofredo de Bouillon, con los mediocres medios de que dispuso durante los pocos meses de su "abogacía" (1099-1100), extendiendo la conquista francesa de Judea a Samaria y Galilea. Confío Galilea o "principado de Tiberíades" al esforzado príncipe italonormando Tancredo, que acabó por expulsar a los musulmanes (toma de Aifa hacia el 20 de agosto de 1100).

No obstante su piedad, Godofredo de Bouillon estuvo a punto de chocar con el nuevo patriarca latino de Jerusalén, Daimberto de Pisa, quien, imbuido de ideas teocráticas, reivindicaba para la Iglesia la posesión de la ciudad santa. La cuestión seguía pendiente cuando murió Godofredo (18 de julio de 1100).

REINADO DE BALDUINO I

El más cercano heredero de Godofredo de Bouillon era su hermano Balduino de Bolonia.

Hemos visto (p. 30) cómo Balduino, sustituyendo a un escrupuloso al príncipe armenio de Edesa (a quien mataron en el transcurso de una rebelión), se hizo dueño de dicha ciudad, a la que agregó las ciudades vecinas, Samosata, Saruch, etc. Así se fundó el "condado de Edesa", que había de durar desde 1098 a 1144, marca de vanguardia arriesgada en el interior de las tierras, y que posteriormente se extendería muy lejos en dirección de Diarbekir y de la Alta Mesopotamia, hasta la cercanía de Mardín. Balduino se apoyó en el elemento armenio, que era el dominante

en Edesa y, a la par que reprimía severamente las disidencias que se manifestaban, lo asoció a los negocios. El condado de Edesa debía permanecer hasta el final como Estado franco-armenio. Balduino desposó una armenia, Arda, dando así el ejemplo de los casamientos armenos que habían de ser tan frecuentes en la nobleza franca en el curso de las cruzadas.

Cuando se enteró del fallecimiento de su hermano Godofredo de Bouillon, Balduino confió el condado de Edesa a su primo Balduino du Bourg (después, Balduino II) y partió para Jerusalén a fin de recoger la sucesión del difunto (2 de octubre de 1100). El rey selchukí de Damasco, Docac, trató de cerrarle el paso en los desfiladeros de Nahr al-Calb, al norte de Beirut. Balduino lo atropelló y el 11 de noviembre alcanzó Jerusalén, donde el patriarca Daimberto, aun cuando hostil a su candidatura, debió aceptarla. El día de Nochebuena, en Belén, en la iglesia de la Natividad, se hizo consagrar por Daimberto como "rey de Jerusalén", tomando así el título ante el cual había retrocedido su hermano Godofredo. Y para impresionar las mentes rodeó dicha realeza con todo el aparato de las monarquías orientales, dando a sus súbditos o vecinos musulmanes la impresión de "sultán cristiano". El patriarca Daimberto continuaba en su oposición, y Balduino lo mandó deporner (1102). En el archidiácono Arnulfo Malecorne (a quien elevó al patriarcado en 1112) halló un auxiliar dócil, que le ayudó a subordinar el elemento eclesiástico.

Al advenimiento de Balduino I, el reino de Jerusalén solo tenía el puerto de Haifa. El resto del litoral de Palestina seguía en manos de los egipcios o de emires vasallos de Egipto: grave inconveniente para una colonia que no podía comunicarse con la Cristiandad sino por vía marítima. De modo que Balduino I se consagró ante todo a la conquista del litoral, a pesar de los violentos contraataques egipcios, de los

que triunfó a fuerza de energía (victoria de Ramla, 24 de setiembre de 1101). Así tomó a Egipto los puertos de Arsuf (principio de abril de 1101), Cesarea (7 de mayo de 1101), San Juan de Acre (26 de mayo de 1104), Beirut (13 de mayo de 1110) y Sidón (de diciembre de 1110). Para ese efecto utilizó la experiencia ocasional de escuadras occidentales, presea indispensable para asegurar el bloqueo marítimo de las plazas que atacaba por tierra. Así, una escuadra genovesa le ayudó a tomar Acre, y dos escuadras una pisana y otra genovesa, le ayudaron a tomar Beirut, y se apoderó de Sidón gracias a la escuadra griega del rey Sigurd y a la escuadra veneciana del conde Ordelaflo Falieri. Al final del reinado, los musulmanes solo conservaban en el litoral palestino Tyre y Tiro.

En el norte del reino de Jerusalén, el conde de Tripoli, Raimundo de Saint-Gilles, luego de pasear su inquieta ambición por todo el Levante, acabó por posar la mirada sobre la costa libanesa, que gobernaba, bajo el protectorado egipcio, la casa árabe de Banu Ammar, emires de Trípoli. Con la ayuda de escuadras genovesas, Saint-Gilles les arrebató Tarso (21 de abril de 1102) y Chubail, la antigua Biblos (24 de abril de 1104). En cuanto a Trípoli —la antigua ciudad marítima, la actual al-Mina, difícil de entrar debido a su posición peninsular—, empezó el asedio levantado en frente la fortaleza "Mont Pélerin" [del Monte Peregrino] (1103), pero murió sin haber podido tomarla (28 de febrero de 1105). Su hijo Guillermo Jordán (1105-1109) continuó el asedio de Trípoli y se apoderó de diversas localidades vecinas, principalmente de Arka.

En Siria del Norte, el príncipe de Antioquía, Bohemundo, cayó prisionero de los turcos, y su sobrino Godofredo asumió la regencia (1101-1103). Una vez liberado, Bohemundo se asoció al conde de Edesa, Balduino du Bourg, para emprender, contra los tur-

cós, la conquista de la Mesopotamia en dirección a Mosul, comenzando con el asedio de Harrán, pero ambos fueron derrotados cerca de esta última ciudad por el atábeg turco de Mosul, a quien se habían unido los ortokíes, emires, igualmente turcos, del Diarbekir (7 de mayo de 1104). Los turcos, vencedores, asaltaron el principado de Antioquía por el lado del interior, en tanto que los bizantinos, desembarcados en Latakía, la atacaban por mar; Bizancio, que no había olvidado sus derechos, aprovechaba las circunstancias para abrir de nuevo la "cuestión de Antioquía". Bohemundo, exasperado, partió a Occidente en busca de refuerzos para atacar a los bizantinos en su casa. Como no había de volver, Tancredo volvió a tomar la regencia en Antioquía (1104-1111) cuando Bohemundo fue muerto en Italia, mientras esperaba sucederle como príncipe (1111-1112).

Tancredo, tan enérgico como Bohemundo, pero menos arriesgado, restableció los negocios del principado de Antioquía. Vencedor de los selchukíes de Alepo en Tizín (20 de abril de 1105), les arrebató las tierras de allende el Orontes hasta las puertas de Alepo (cantones de Atárib, Zerdán, Marrat al-Nomán y Kafartab); a jefes árabes les quitó Apamea, importante plaza del medio Orontes (14 de setiembre de 1106) y, con la ayuda de una flota pisana, quitó nuevamente a los bizantinos el puerto de Latakía (1108). En 1110 vemos a los selchukíes de Alepo pagarle tributo.

Tancredo fue, pues, el segundo fundador y el verdadero organizador del principado de Antioquía. Político tan hábil como fogoso guerrero, supo, como el rey Balduino I, adaptarse al medio oriental; sus monedas lo representan tocado con el turbante —un turbante con una cruz en la cima— y en caracteres griegos la leyenda: "el gran emir Tankridos".

En medio de las conquistas francesas, una ciudad musulmana parecía inexpugnable: la Trípoli marí-

ma, "Gibraltar sirio" defendida, como se ha visto, por su situación peninsular y que resistía desde hacía cinco años el bloqueo terrestre establecido por los tolosanos. Por fin, en 1109, el rey de Jerusalén, Balduino I, aprovechó el desembarco del conde de Tolosa, Beltrán, hijo de Raimundo de Saint-Gilles, la presencia de una escuadra genovesa para acabar con la resistencia de Trípoli. Para ello Balduino unió el grueso de las fuerzas francesas. Con él participaron en el sitio su primo Balduino du Bourg, rey de Edesa, Tancredo, regente de Antioquía y, finalmente, los dos herederos de Raimundo de Saint-Gilles (que se disputaban la herencia libanesa), Beltrán y Guillermo Jordán. Trípoli cayó finalmente el 12 de julio de 1109. Fue la capital del "condado de Trípoli", cuyo primer titular fue Beltrán (el competidor, Guillermo Jordán fue oportunamente asesinado), condado que había de durar de 1109 a 1289. Ese Estado esencialmente marítimo y, consiguiente, de más fácil defensa que los otros entre los latinos, dueños del mar, correspondía en conjunto a la costa central y septentrional del Líbano. Con el reino de Jerusalén, el principado de Antioquía y el condado de Edesa, completó el conjunto de Siria franca.

Mientras tanto, el Islam turco, tan lento en reaccionar, había acabado por conmoverse ante la instauración de los frances. De 1110 a 1115, el sultanato selchukí de Irán envió a Siria no menos de cuatro expediciones, verdaderas "contra-cruzadas" turcas, destinadas a arrojar a los frances al mar. En 1113, el jefe de una de esas expediciones, Mavdud, atábeg (gobernador) de Mosul, sorprendió y estuvo a punto de capturar a Balduino en Sinn al-Nabra,* al noreste del lago de Tiberíades (28 de junio de 1113), pero el desacuerdo que no tardó en producirse entre Mavdud y los musulmanes de Siria salvó

* La antigua Sennabris. (N. del R.)

a los frances (Mavdud fue asesinado el 2 de octubre de 1113 en la gran mezquita de Damasco, por instigación de Togtechín, atábeg de dicha ciudad). Cuando un nuevo ejército selchukí que venía del Irán llegó en 1115, los jefes de la Siria musulmana, empezando por Togtechín, hicieron abiertamente causa común con los frances contra dicho ejército. El hecho es instructivo. El elemento franco se había adaptado tan bien al medio, lo habían admitido tan bien sus vecinos, los Estados turco-árabes de la Siria interior, que éstos, llegado el caso, lo preferían a sus propios correligionarios, los selchukíes del Irán y del Irak. Antes que volver a caer bajo la autoridad del sultán selchukí, los regentes de Alepo y el atábeg turco de Damasco no vacilaron en aliarse con el rey de Jerusalén y con el príncipe de Antioquía. Ningún ejemplo muestra mejor la hábil *política musulmana* de un Balduino I. Gracias a esa complicidad de los musulmanes sirios, el príncipe de Antioquía Roger de Salerno, sucesor de Tancredo, destruyó el ejército de invasión del sultán en Tell Danit, al este de Oronites (14 de setiembre de 1115).

En el sur de Palestina, el rey Balduino I llevó a feliz término la ocupación del país de Moab (Transjordania) y, asimismo, del Uadi Musa, donde construyó la fortaleza de Montreal [Scháubac] (1115). En 1116 llegó hasta Aila, en el golfo de Akaba, en el mar Rojo, donde estableció un puesto militar. Mediante la posesión de esas tierras desérticas, los frances cortaban en dos el mundo islámico, separaban África del Asia musulmana y fiscalizaban el comercio de las caravanas entre El Cairo, por una parte, Damasco y Bagdad por la otra.

Hemos visto que los frances solo formaban los cuadros del reino. Para poblar las ciudades y los campos (pues los musulmanes habían emigrado en gran número), Balduino I mandó que vinieran de los países que permanecieron bajo el dominio mu-

slmán, principalmente de Transjordania y del Haurán, todos los cristianos indígenas, de rito griego o franco, que desearan recibir tierras, inmigración, al parecer, bastante densa para asegurar el porvenir nícola y comercial del reino.

La poderosa personalidad de Balduino I domina el tiempo. Político sin escrupulo en cuanto se había en juego el interés del reino, pero hombre de mundo de gran clase al mismo tiempo que magnífico guerrero, fue el verdadero constructor de la Siria francesa. En dieciocho años hizo del reino de Jerusalén un Estado sólido, a cuyo alrededor federó a los más Estados frances. Es indudable que el principado de Antioquía era teóricamente independiente del reino, pero en la práctica sus príncipes, como el de Edesa o de Trípoli, reconocían el ascenso del rey y, frente al Islam, seguían generalmente sus directivas. A este respecto, como en tantos otros, Balduino creó una tradición que siguió imponiéndose hasta 1187.

REINADO DE BALDUINO II

Balduino I tuvo por sucesor como rey de Jerusalén a su primo Balduino du Bourg —Balduino II—, ya entonces conde de Edesa, que fue reemplazado en Edesa por un barón de vanguardia, Joscelino I de Brtenay.

Balduino II fue un príncipe concienzudo, piadoso, activo y muy acertado, ya adaptado al medio oriental. Al igual que su predecesor, desposó a una heredera. Su reinado (1118-1131) tuvo que hacer frente a una serie de graves dificultades, que fueron numerosas. Primeramente el príncipe de Antioquía, Roger de Salerno (1112-1119), fue vencido y muerto en Tell (Akribín), entre Antioquía y Alepo, por el jefe turco del Diarbekir, el ortokí Ilgazi (28 de febrero de 1119). Balduino II acudió de Jerusalén,

detuvo a los turcos y salvó al principado de Antioquía, donde asumió la regencia. La situación estaba consolidada cuando lo tomó prisionero el emir ortokí, Bálak (18 de abril de 1123) y lo encerró en la fortaleza de Jarput, en el Diarbekir, de donde en vano intentó fugarse. No obstante, la dominación francesa estaba tan arraigada, que el acontecimiento no tuvo consecuencia. Aun más, pues durante el cautiverio de Balduino II, el regente del reino, Guillermo de Bures, señor de Tiberíades, aprovechó la presencia de una escuadra veneciana mandada por el dux Domenico Michiel, para quitar a los egipcios el puerto de Tiro, conquista que acabó por asegurar a los cristianos el señorío del mar (7 de julio de 1124).

A su salida del cautiverio, Balduino II retornó, como regente de Antioquía, a la lucha contra los turcos. Al final de ese mismo año 1124, estuvo a punto, gracias a la complicidad de los beduinos, de apoderarse de Alepo. Salvó a la ciudad un enérgico capitán turco, Bursukí, ya *atábeg* de Mosul, que así agregó Alepo a sus posesiones (1125). Por lo demás, Balduino II rechazó, con la ayuda de Pons, conde de Trípoli, y de Joscelino I de Courtenay, conde de Edesa, la coalición formada por Bursukí con el *atábeg* de Damasco, Togtechín (batalla de Azaz, 11-13 de junio de 1125). Pero se había perdido la esperanza de apoderarse de Alepo. Entonces Balduino trasladó su esfuerzo contra Damasco, cuya conquista no hubiera sido menos útil que la de Alepo a la seguridad de la Siria francesa. A través del Haurán condujo una expedición victoriosa hasta los arrabales del sur de Damasco, donde derrotó al *atábeg* Togtechín en Schákhab (25 de enero de 1126), pero sin que pudiera seguir hasta la gran ciudad. Donde las armas no habían tenido éxito, Balduino intentó acudir a la astucia: en la misma Damasco tuvo relaciones secretas con la secta mu-

sulmana herética de los ismaelíes o "haschischín", quienes, por odio al islamismo oficial y a los poderes establecidos, estuvieron a punto de entregarle la ciudad. El complot fue descubierto y la espera de Balduino quedó defraudada (setiembre de 1129). Hubo de contentarse con la toma de la plaza fronteriza de Paneas o Baniás, en el noreste de Galilea, que le entregaron los ismaelíes.

De modo que, a pesar de la habilidad de Balduino II, la Siria interior —Alepo y Damasco— quedaba en manos de los musulmanes. Por ese hecho, el establecimiento de los francos en la Siria marítima estaba siempre amenazado. Sin embargo, el peligro no parecía grave mientras persistía el desmembramiento musulmán. Pero en 1128 Alepo pasó a poder de una personalidad fuerte, el capitán turco Zenchí, *atábeg* de Mosul. El objetivo constante de Zenchí (1128-1146), y de su hijo Nur al-Din (1146-1174) será hacer en beneficio propio la unidad política de Siria musulmana, seguros de que una vez realizada dicha unidad podrían arrojar a los franceses al mar. Versamente, toda la política de los reyes de Jerusalén (tuvieron clara conciencia del peligro) consistió en impedir esa unidad, en mantener la división musulmana protegiendo a los Estados sirio-musulmanes secundarios contra las pretensiones anexionistas de la dinastía zenchi.

REINADO DE FOULQUE D'ANJOU

Después de Balduino II, el trono de Jerusalén pasó a su yerno, Foulque d'Anjou (1131-1143).

En el interior, el rey Foulque aseguró el mantenimiento de la hegemonía real reprimiendo la actitud hostil de la regente de Antioquía, Alix, así como del conde Pons de Trípoli, y luego casando a la joven princesa heredera de Antioquía con un candidato de su elección, Raimundo de Poitiers (1136).

En el exterior, ya lo hemos visto, los Estados franceses, cuyos progresos se vieron tan facilitados por el desmenuzamiento político del Islam, se hallaban en presencia de una situación nueva desde que la Siria musulmana estaba en vías de hacer su unidad bajo la dirección del energético *atdbeg* de Alepo-Mosul, Zenchí, que en 1130 ya se había anexado Hama. Frente a la monarquía franca, que hasta entonces había estado en demasiado ventajosa posición a raíz de la anarquía musulmana, se alzaba ahora en la propia Siria una monarquía musulmana sólida, capaz de hacer retroceder a los franceses: en 1135, Zenchí arrebató al principado de Antioquía varias plazas de la región de allende el Orontes.

Para colmo, los bizantinos, cuyos derechos habían descuidado los franceses al fundar el principado de Antioquía, reaparecían en las fronteras sirias y reabrián precisamente la cuestión de Antioquía que los Bohemundo y los Tancredo creyeron definitivamente zanjada. En 1137, la amenaza bizantina y el peligro musulmán se precisaron simultáneamente. Zenchí tomó prisioneros en Montferrato (Barín) al rey Foulque y al conde Raimundo II de Trípoli (10-20 de agosto). Al mismo tiempo, el emperador bizantino Juan Comneno, que bajó por la Cilicia, bloqueó a Antioquía (29 de agosto), donde Raimundo de Poitiers debió reconocerse vasallo suyo. Por suerte, ambos peligros se neutralizaron. La proximidad del gran ejército bizantino, que podía hacer causa común con los franceses, intimidó a Zenchí. En el acto puso en libertad, sin rescate, a Foulque y al conde de Trípoli. En realidad, Juan Comneno, satisfecho de haber visto que reconocían su soberanía sobre Antioquía, ayudó a Raimundo de Poitiers a retomar a Zenchí varias plazas entre Antioquía y Alepo, y luego fue con Raimundo a sitiar la ciudad árabe de Scháizar, en el medio Orontes (abril de 1138). Sin embargo, el asedio fracasó por la falta de entendi-

miento entre franceses y bizantinos. Juan Comneno, descontento, quiso hacer pesar su autoridad sobre Antioquía, pero ante la resistencia del elemento latino debió renunciar a su proyecto y evacuó la ciudad el principal. No cabe duda de que frente a la reacción musulmana, que se mostraba cada vez más menazadora, se imponía la coalición franco-bizantina. Desgraciadamente, si bien los interesados adoraban el principio, la desconfianza instintiva entre latinos y latinos hacía fracasar la aplicación.

Luego de la partida de los bizantinos, Zenchí extendió la anexión del otro reino musulmán sirio, de Damasco (1139). Si lo conseguía se realizaba temible unidad musulmana. El rey Foulque, con otro sentido político, se convirtió en defensor de independencia damascena. Concluyó con el rey de Damasco, Muín al-Din Unur, una estrecha alianza cimentada por las embajadas del emir Usama ibn Munkid, que nos ha dejado el relato. Ante la coalición franco-damascena, Zenchí debió ceder: el 4 de mayo de 1140 levantó el sitio de Damasco, y su testimonio su reconocimiento a los franceses otorgándoles a reconquistar de una guarnición de Zenchí la plaza fronteriza de Paneas, en la Alta Galilea.

La política del rey Foulque, política conservadora destinada a preservar el *status quo* sirio contra la reacción musulmana, fue, pues, muy lúcida. Comprometía, por un lado, un acercamiento muy neto con el sultán y, por otra parte, una política musulmana comprensiva, que la alianza damascena exigía. La biografía de Usama nos muestra la relación estrecha que se estableció entonces entre barones franceses y emires damascenos, ambas partes animadas por un espíritu de tolerancia religiosa muy adelantado para aquel tiempo (amistad de Usama y de los templarios).

A la muerte del rey Foulque (hacia el 10 de noviembre de 1143), la corona pasó a su hijo Balduino III. Como éste era menor, la regencia quedó asegurada por la madre, Melisenda (1143-1152). El *atábeg* Zenchí aprovechó esa minoría para apoderarse de Edesa, capital del condado franco de ese nombre (23 de diciembre de 1144). Muerto Zenchí poco después, el antiguo conde de Edesa, Joscelino II, consiguió, gracias a la connivencia del elemento armenio, entrar en la ciudad (27 de octubre de 1146), pero el hijo de Zenchí, Nur al-Din, que acababa de suceder al padre como *atábeg* de Alepo, acudió al frente de fuerzas superiores y conquistó definitivamente Edesa (3 de noviembre de 1146). Joscelino consiguió escapar, pero los turcos hicieron pagar caro a la población armenia la lealtad que hasta el fin había testimoniado a los frances. Toda esa región de Edesa (la actual Urfa), que bajo el régimen franco era, en gran parte, una colonia armenia, se consideró turca. La población armenia fue degollada o debió emigrar una vez más. Por otra parte, Nur al-Din arrebató al príncipe de Antioquía, Raimundo de Poitiers, la plaza de Arta o Artesia (1147).

De los cuatro Estados franceses del Levante no quedaban más que tres. El desquite musulmán había arrojado a los franceses lejos de las marcas del Chazira, hacia la propia Siria, y aun ahí rechazaba cada vez más el principado de Antioquía al oeste del Orontes. El Oriente latino retrocedía en todas partes. Esos acontecimientos provocaron en Europa la predicación de una Segunda Cruzada, predicada principalmente por San Bernardo (asamblea de Vézelay, marzo de 1146). El emperador germánico Conrado III y el rey de Francia Luis VII se colocaron al frente del movimiento. La Segunda Cruzada fue, pues, una cruzada de soberanos, mientras que la pri-

mera había sido una empresa de barones. Conrado III y Luis VII siguieron separadamente el camino habitual a través de Hungría y el imperio bizantino y, también separadamente, alcanzaron Constantinopla en setiembre-octubre de 1147. Sus relaciones con los bizantinos fueron francamente malas. Conrado III pasó primero al Asia Menor, pero fue detenido por los turcos selchukies en la región de Dorilea (Eski-Schehir) el 26 de octubre de 1147, sufrió fuertes pérdidas y debió retirarse a Nicea. Luis VII siguió el camino del litoral anatólico, pero fue rodeado por los turcos en los desfiladeros de la Pisidia y también perdió mucha gente (enero de 1148). Sin embargo, llegó al puerto de Sattalia (Adalia), donde se embarcó con su caballería para Antioquía sin poder llevar consigo a la infantería, que fue diezmada por los turcos (febrero de 1148).

El príncipe de Antioquía, Raimundo de Poitiers, quería con razón que Luis VII atacara a Nur al-Din, *atábeg* de Alepo, que era el principal enemigo de los franceses. Luis VII, celoso de la intimidad de su mujer, Leonor de Aquitania, con Raimundo, se negó obstinadamente y marchó a Jerusalén, donde encontró a Conrado III. Los dos soberanos partieron para poner sitio a Damasco, ciudad que, como ya hemos visto, era la capital de un reino musulmán secundario, hasta hacía poco aliado de los franceses contra Zenchí. Esta falta política se unió ante Damasco con una estrategia lamentable. Finalmente, la desaveniencia entre los barones de Siria y los cruzados los llevó a levantar el asedio de Damasco (28 de julio de 1148).

La Segunda Cruzada, ineptamente conducida, desembocó, pues, en un fracaso total. Una vez que los cruzados se fueron, el *atábeg* de Alepo, Nur al-Din, venció y mató en Maarra a Raimundo de Poitiers (29 de junio de 1149) y quitó al principado de Antioquía todas las plazas de allende el Orontes, inclui-

das Hárím y Apamea. El condado de Edesa estaba definitivamente perdido. El principado de Antioquía quedaba reducido a la mitad.

Gobernación

GOBIERNO DE BALDUINO III

En 1152, el rey Balduino III se libró de la regencia de su madre Melisenda y asumió el poder.

Este joven príncipe —el primer rey franco nacido en Tierra Santa— fue un guerrero valiente y hábil diplomático. Arrebató Ascalón a los egipcios, última plaza del litoral que éstos poseían (19 de agosto de 1153). Pero no pudo impedir que el *atábeg* de Alepo, Nur al-Din, anexara el otro reino musulmán, Damasco (1154). La unidad de la Siria musulmana estaba realizada, revolución singularmente peligrosa para la Siria francesa... Pero, al menos en los demás lugares, Balduino III hizo fracasar a Nur al-Din. En 1158 ayudó a los barones de Antioquía a reconquistar Hárrim, y luego derrotó al *atábeg* en Butaha, al noroeste del lago de Tiberíades.

En Antioquía, la princesa Constanza, viuda de Raimundo de Poitiers, había desposado en 1153 un brillante y peligroso aventurero, Reinaldo de Chatillon; Reinaldo marchó de improviso a saquear la isla bizantina de Chipre, acto de bandidaje cometido en plena paz, en tierra cristiana. Y esto ocurría precisamente cuando, ante la amenaza constituida por la unificación de la Siria musulmana, Balduino volvía a su política de acercamiento con el imperio bizantino, política sellada por su casamiento con la princesa bizantina Teodora Comneno (1158). Poco después, el emperador bizantino Manuel Comneno llegó a la frontera sirio-cilicia para pedir a Reinaldo de Chatillon satisfacción por el saqueo de Chipre. Reinaldo debió humillarse a los pies del emperador que, reabriendo nuevamente la famosa “cuestión de Antioquía”, aprovechó las circunstancias para hacer,

mo soberano, una entrada triunfal en la ciudad (abril de 1159). Balduino III marchó también a Anquísia, mas para hacer, como aliado, la corte a Manuel. Pudo esperarse que el grueso de las fuerzas inco-bizantinas de ese modo reunidas iría a atacar Nur al-Din en Alepo, pero Manuel Comneno salió de Siria sin que el proyecto tuviera consecuencias.

REINADO DE AMAURY I

Balduino III sucedió su hermano Amaury (1162-1174). Personalidad poderosa, Amaury orientó cruzada hacia vías naturales: abrió la cuestión Egipto.

En Egipto, la dinastía árabe de los fatimíes estaba en completa decadencia. El amo y señor de la Siria musulmana, el *atábeg* Nur al-Din, estaba al tanto de la sucesión cuando su intervención fue solicitada precisamente por el visir egipcio Scháuar, apoyado por una facción rival. El *atábeg* envió a su general Schircuh, quien restableció al fatimí, pero quedándose permanentemente a su lado. Al librarse de esa tutela, Scháuar acudió a Amaury. El rey de Jerusalén entró en Egipto y, con el control de los egipcios, sitió a Schircuh en Bilbais. Se llegó a un concierto; Schircuh y Amaury evacuaron simultáneamente Egipto (1164).

En 1167, Nur al-Din envió de nuevo a Schircuh un ejército, pero esta vez para arrebatarles abierto Egipto a los fatimíes. El gobierno fatimí pidió de nuevo la intervención de Amaury. Este llegó a Egipto, siguiendo los pasos de Schircuh, que fue recibido como un salvador. Entre Schircuh y Amaury se libró una batalla indecisa en Bari, Alto Egipto, (18 de marzo de 1167); como Schircuh fue a encerrarse en Alejandría, Amaury y su ejército egipcio lo sitiaron y lo obligaron a evacuar el país (agosto de 1167). El gobierno egipcio,

para testimoniar su reconocimiento a Amaury, aceptó implícitamente colocarse bajo el protectorado franco (pago de un tributo, establecimiento de una guarnición francesa en El Cairo).

Para Amaury era un éxito magnífico. Desgraciadamente, no contento con haber establecido su protectorado sobre Egipto, en 1168 quiso hacer la conquista directa de dicho país. Imprudencia fatal que de golpe dio por tierra con el resultado de tantos esfuerzos. Frente a su ataque, los egipcios no tuvieron otro recurso que echarse en brazos de Nur al-Din. El lugarteniente de éste, Schircuh, acudió una vez más de Siria a Egipto y obligó a Amaury a desistir de su empresa (noviembre-diciembre de 1168). Murió en medio de su triunfo (1169), pero su sobrino, Salah al-Din, nuestro Saladino, que le sucedió al frente de su ejército, se instaló como dictador al lado del califa fatimí y, en 1171, depuso a los fatimíes y gobernó Egipto directamente.

De ese modo llegó a su fin el cisma religioso que desde hacía dos siglos separaba a los musulmanes de Egipto de los de Siria, desacuerdo que tanto contribuyó al éxito de las Cruzadas. No solo toda la Siria musulmana estaba unificada bajo el energético jefe Nur al-Din, sino que el propio Egipto pertenecía ahora al lugarteniente del temible *atábeg*. La Siria francesa se hallaba rodeada por tres lados.

El rey Amaury, comprendiendo toda la gravedad del peligro, recurrió a la única réplica posible: estrechar la alianza bizantina. Él también había desposado una princesa bizantina, María Comneno. Un cuerpo bizantino vino a ayudarlo en un ataque contra el puerto egipcio de Damieta, pero el sitio fracasó (octubre-diciembre de 1169). Amaury partió entonces para Constantinopla, donde el emperador Manuel Comneno le hizo una magnífica acogida y donde ambos hombres se concertaron en vista de una política común contra Nur al-Din y Saladino (mar-

junio de 1171). Pero Amaury falleció en 1174 antes de haber podido aplicar el programa concerniente con los bizantinos.

REINADO DE BALDUINO IV

Amaury tuvo como sucesor a su hijo Balduino IV, adolescente pleno de cualidades, pero desgraciadamente atacado de lepra. Nur al-Din había muerto en el mismo tiempo, y también había dejado un hijo menor; Saladino quitó a ese niño primero Damasco (1174) y luego Alepo (1183). Esos acontecimientos eran lo peor que podía suceder a los franceses. Una vez unidos la Siria musulmana y Egipto bajo el mando de ese hombre superior, Saladino —uno de los hombres más grandes, en efecto, de la historia ática—, los Estados franceses se hallaban no solo rodeados, sino en permanente estado de inferioridad. La antigua superioridad, ya lo hemos demostrado, se debió en parte a la división musulmana. A partir de este momento en que el mundo musulmán se encontró políticamente unificado desde las cataratas del Nilo hasta el Eufrates, los días del Oriente latino están contados.

Debemos reconocer que el joven Balduino IV y su principal consejero, el conde Raimundo III de Trípoli, hicieron cuanto pudieron para impedir la unidad musulmana. Fieles a la política de los precedentes reyes de Jérusalén de proteger a los Estados musulmanes más débiles contra los Estados hegemónicos, se esforzaron por defender al hijo de Nur al-Din contra Saladino, como otrora el rey Balduino defendió la independencia de Damasco contra Nur al-Din. No solo consiguieron retardar unos años el cumplimiento de la temible unidad musulmana.

A pesar de su cruel enfermedad, Balduino IV tomó una parte personal activa en la lucha contra Saladino. Hasta obtuvo sobre éste, entre Montgisard (Tell

Chazr) y Blanche-Garde (Tel al-Safia), una de las más hermosas victorias de las Cruzadas (25 de noviembre de 1177). Poco después, concertó con Saladino una tregua particularmente útil para los agotados franceses (1180). Tregua desgraciadamente rota por culpa del antiguo príncipe de Antioquía, el nefasto Reinaldo de Chatillon, desde hacía poco señor de la tierra de allende Jordania, es decir, de la Transjordania y del Uadi Musa. Las fortalezas de Reinaldo, el Crac de Moab (Kerak) y Montreal (Scháubac) controlaban el camino de la Siria Musulmana en Egipto, cortando así en dos el imperio de Saladino. Reinaldo aprovechó para asaltar la caravana de la Meca, acto de bandolerismo que, para el despertado "nacionalista" musulmán, tomaba el carácter de intolerable provocación (1181). Saladino comenzó la guerra inmediatamente. Reinaldo acabó por exasperar el sentimiento panislámico lanzando al mar Rojo una escuadra que fue —sacrilegio inaudito— a amenazar las ciudades santas del Islam, La Meca y Medina (invierno de 1182-1183). Saladino, furioso, puso sitio al Crac de Moab, que solo se salvó por la heroica intervención de Balduino IV (4 de diciembre de 1183).

GUY DE LUSIGNAN Y EL DESASTRE DE HATTÍN

El heroico Balduino IV, corroído por la lepra, murió el 15 de marzo de 1185. Proclamaron rey al sobrino, Balduino V, un niño de 5 años. Muerto éste (setiembre de 1186), la corona recayó en la hermana de Balduino IV, la reina Sibila, quien, a pesar de la oposición de los barones, asoció al trono a su esposo, Guy de Lusignan, un incapaz. Y esto cuando tenían que medirse con un hombre del valor de Saladino, que disponía de todas las fuerzas de la Siria musulmana y de Egipto. Al menos, debieron limitarse a una acción defensiva, evitar lo irre-

rible. Como Saladino invadió el reino por Galilea, el rey Guy, prestando oídos a las opiniones pasatas de Reinaldo de Chatillon y del Gran Maestre del Templo, Gerardo de Ridefort, y a pede de los consejos de prudencia de Raimundo III de Trípoli, inició la batalla, en las peores condiciones en Hattín, cerca de Tiberiades. Todo el ejército franco, con pocas excepciones, cayó muerto o herido. El rey Guy se halló entre los prisioneros (4 de julio de 1187).

El desastre de Hattín acarreó el derrumbe inmediato de la Siria francesa. En efecto, la colonización cristiana, ya lo hemos visto, jamás llegó a ser muy densa; Hattín fue muerta o apresada toda la caballería, y hablar de la gente de armas plebeya. La colonia, ingrada, estaba sin colonos. Saladino no tuvo más que coger en una inmensa redada todas las ciudades cristianas, hasta las más fuertes, como Acre (10 de julio de 1187), Jaffa y Beirut (6 de agosto), hasta Jerusalén que, por lo demás, obtuvo una capitulación honorable (2 de octubre). Con generosa caballerosidad permitió a la población cristiana de la ciudad se retirara libremente y se negó a derribar el o Sepulcro.

El reino de Jerusalén estaba perdido, con la excepción única, según veremos, de la plaza de Tiro. Del lado de Trípoli solo se libraron de la conquista Trípoli, Tartús y el Crac de los Caballeros; del lado de Antioquía, ésta y el castillo de Márkab.

LA TERCERA CRUZADA

Al momento en que se derrumbaba el reino de Jerusalén, en julio de 1187, un cruzado recién llegado al marques piamontés Conrado de Montferrato, desembarcado en Tiro defendiéndolo victoriamente de Saladino. Gracias a este hombre energético

y resuelto, Tiro, salvado de la catástrofe general, había de ser el punto de partida de la reconquista francesa. Posteriormente, el ex rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, hecho prisionero en Hattín por Saladino, fue puesto en libertad por éste y emprendió la reconquista de la ciudad de Acre. El sitio de Acre, comenzado a fin de agosto de 1189, duraría dos años, pues los sitiadores estaban sitiados por Saladino y ambos ejércitos se entregaban a una agotadora guerra de trincheras.

Mientras tanto, Occidente, que no había hecho nada para salvar a tiempo el reino de Jerusalén, comenzaba a conmoverse. La caída de la ciudad santa había provocado la predicación de una tercera Cruzada, en la cual participaron los tres principales jefes de Estado de aquel tiempo, el emperador germánico Federico Barbarroja, el rey de Francia Felipe Augusto y el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León.

Federico Barbarroja, que estuvo listo primero, atravesó con un poderoso ejército las provincias bizantinas de Europa; llegando a Asia por Galípoli (fin de marzo de 1190) cruzó igualmente las provincias bizantinas de Lidia y de Frigia y luego el sultanato selchukí de Asia Menor, cuya capital Konia tomó por asalto (18-20 de mayo de 1190). De modo que había conseguido sin dificultad la travesía de la Anatolia turca, fatal a todas las cruzadas anteriores, con excepción de la primera. Se preparaba para bajar a Siria, donde el número y la organización de su ejército le permitían esperar éxitos decisivos, cuando se ahogó en Cilicia en las aguas del Selef (10 de junio de 1190). Privado del jefe, su ejército se dispersó.

Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León partieron de Vézelay, para la cruzada, el 4 de julio de 1190. Sus relaciones, muy malas, no habían de faci-

tar el éxito de la expedición. En Sicilia hicieron escala, que prolongaron (bastante inexplicablemente) durante seis meses. Felipe Augusto desembarcó el 20 de abril de 1191 delante de Acre. Ricardo, arrojado por la tempestad a las costas de Chipre, aprovechó la mala acogida de los bizantinos para arrebatarles la isla (6 de mayo - 6 de junio 1191). La Tercera Cruzada tuvo, pues, como resultado —en el momento en que las victorias de Saladino habían reducido la Siria francesa a una estrecha franja costera— darle un anexo insular destinado, caso de naufragio definitivo, a servirle de refugio. Aquista casual, de gran importancia para el portar (véase cap. IV).

Por fin, reunidos delante de Acre, Felipe Augusto y Ricardo se apoderaron de la ciudad, luchando permanentemente con valentía y a pesar de los esfuerzos de Saladino (12 de julio de 1191). Pero Felipe, en términos cada vez peores con Ricardo, se reembarcó en Siria para Francia, dejando sus tropas a disposición de la cruzada (2 de agosto).

A solo al frente de la cruzada, Ricardo Corazón de León derrotó a Saladino en Arsuf (7 de setiembre 1191) y en Jaffa (1º y 5 de agosto de 1192), éstas últimas victorias que devolvieron definitivamente a los franceses la superioridad militar, pero sin que permitiera emprender el asedio de Jerusalén. Ya todo, Ricardo se resignó a concluir con Saladino una paz de transacción (3 de setiembre de 1192). Los franceses conservaron la costa palestina reconquistada por la Tercera Cruzada, de Tiro a Jafa, ambas ciudades. El interior, incluso Jerusalén, quedó para Saladino, pero los cristianos recibieron la autorización de ir libremente en peregrinación a la Ciudad Santa. La Tercera Cruzada desembocó, pues, en un «*sus vivendi* entre cristianos y musulmanes con un mínimo de tolerancia religiosa recíproca.

RESTAURACIÓN Y SUPERVIVENCIA DEL REINO FRANCO
EN EL SIGLO XIII
NUEVOS MÓVILES Y NUEVOS ASPECTOS

Como Jerusalén quedó en manos de los musulmanes, el reino franco, que seguía llevando el nombre, tuvo en adelante como capital de hecho a San Juan de Acre. En esta forma había de sobrevivir exactamente un siglo (1191-1291).

No obstante esa aparente continuidad, las diferencias habían de ser sensibles entre las dos épocas.

Las colonias francas de Siria-Palestina habían sido creadas en 1098-1099 por el impulso espiritual de la cruzada. Habían sido mantenidas en el siglo XII por una monarquía local fuerte, que obraba por sus propios medios, para fines políticos, militares y territoriales, en beneficio preponderante de una nobleza de origen francés. Una vez parcialmente restauradas, luego de la catástrofe de 1187, por la Tercera Cruzada de 1191, deberán la vida menos a las dinastías francas, en lo sucesivo demasiado débiles, que a la ayuda permanente de Occidente. Ahora bien, el interés que Occidente preste al Oriente latino no se deberá solo a consideraciones religiosas, sino también a preocupaciones económicas, la importancia que habrán alcanzado las escalas de Siria para el comercio del Levante. De ahí el papel creciente de los elementos comerciales genoveses, pisanos y venecianos, elementos plebeyos pero poderosos por su riqueza que, a la postre, casi prevalecerán sobre el elemento noble francés. Podría decirse que en 1098 la Siria frana había sido creada por la fe, pero en el siglo XIII debió la supervivencia al comercio de las especias.

ENRIQUE DE CHAMPAÑA Y AMAURY DE LUSIGNAN

Durante la Tercera Cruzada, la corona real de "Jerusalén", es decir, de Acre, había sido disputada

entre el ex rey Guy de Lusignan, a quien sostenía cardo Corazón de León, y Conrado de Montferrato, llegado a señor de Tiro, a quien sostenía Felipe Augusto. Como los barones palestinos se mostraban hostiles a Guy (no le perdonaban el desastre de Hattín), Ricardo indemnizó a este príncipe viéndole la isla de Chipre (1192) (p. 78). Conrado de Montferrato, que se había casado con la heredera de la dinastía de Jerusalén, la princesa Isabel, iba, pues, a ser proclamado rey cuando fue asesinado por un ismaelita (28 de abril de 1192). Los barones trasladaron su apoyo a un cruzado francés, el conde Enrique II de Champaña, a quien ofrecieron casar con Isabel. Enrique gobernó con prudencia la Siria frana de 1192 a 1197. Juiciosamente esforzó por mantener las treguas con la casa de Saladino, la dinastía aubí, como la llamaban, siempre dueña de la Siria musulmana (Alepo, Damasco, Jerusalén) y de Egipto.

A la muerte de Enrique de Champaña (10 de diciembre de 1197), los barones dieron la corona "Jerusalén" (es decir, de Acre) al rey de Chipre, Amaury de Lusignan (véase p. 78). El reinado de este príncipe en Acre (1197-1205) se señaló por la conquista de Beirut a los musulmanes (24 de febrero de 1197), tras lo cual Amaury renovó las treguas con el sultán aiubí Málík al-Adil, hermano principal sucesor de Saladino, el cual también vio a ceder a los franceses la ciudad de Sidón (septiembre de 1204).

El entendimiento con los musulmanes era muy necesario para Amaury, puesto que una cuarta cruzada, reunida en Occidente por iniciativa del papa Inocencio III para la reconquista de Jerusalén, acababa de desviarse de su objetivo; en lugar de ir en ayuda de los barones de Acre, se fue a fundar un imperio latino imprevisto en Constantinopla (véase p. 96). Digamos en seguida que esa "desviación"

causó grave perjuicio a la Siria francesa. Privó a ésta de refuerzos indispensables y, dispersando de Acre a Constantinopla el esfuerzo de los franceses, acabó de postrar a las colonias de Tierra Santa. Puede decirse que el efímero imperio latino interceptó la vida de la Siria francesa.

A la muerte de Amaury de Lusignan (1205), las coronas de Chipre y de "Jerusalén" fueron separadas de nuevo. Mientras que la primera quedó en manos de los Lusignan, tocó la segunda a una hija que la reina Isabel tuvo de Conrado de Montferrato; la princesa María (1205-1212). Por el contrario, en los Estados franceses del Norte se había producido una reagrupación. El último conde de Trípoli, Raimundo III (+ 1187), había adoptado a un segundo de la casa de Antioquía. El resultado fue que al cabo de pocos años un mismo príncipe, Bohemundo IV de Antioquía, reinó a la vez en Trípoli (1189) y en Antioquía (1201). El principado de Antioquía y el condado de Trípoli vivieron desde entonces bajo el régimen de la unión personal.

JUAN DE BRIENNE Y LA QUINTA CRUZADA

En 1210, la joven reina María casó con el barón Juan de Brienne, quien, aunque sexagenario, sería un rey pleno de actividad, por añadidura el tipo mismo del caballero sin tacha.

En 1216, el papa Honorio III ordenó la predicación de una Quinta Cruzada. En setiembre de 1217, dos príncipes cruzados desembarcaron en Acre, el rey de Hungría, Andrés II, y el duque de Austria, Leopoldo VI, pero los cristianos fracasaron frente a la fortaleza ayubí del monte Tabor (29 de noviembre-7 de diciembre de 1217), luego de lo cual, Andrés II volvió a Europa. Sin embargo, como seguían desembarcando otros cruzados —franceses, italianos y frisones—, Juan de Brienne decidió atacar

Egipto, corazón del imperio ayubí. Estrategia excelente: "las llaves de Jerusalén estaban en El Cairo". Los franceses fueron a poner sitio a Damietta, la metrópoli del Delta oriental (mayo de 1218) y acabaron por apoderarse de ella (5 de noviembre de 1219). El sultán ainubí, Málic-al-Cámil, ofreció entonces la entrega de Jerusalén a cambio de Damietta. La finalidad de la Cruzada parecía alcanzada, pero la insignificancia del legado Pelayo (ese prelado sustituyó a Juan de Brienne al frente del ejército) hizo que se rechazara la propuesta. En julio de 1221, Pelayo, a pesar de la oposición de Juan de Brienne, decidió imprudentemente marchar sobre El Cairo a víspera de la crecida del Nilo. Los Cruzados, muertos por la inundación, se sintieron dichosos de obtener del sultán la posibilidad de retirarse resguardando en cambio Damietta (30 de agosto de 1221).

CRUZADA DE FEDERICO II

En 1225, Juan de Brienne casó a su hija Isabel con el emperador Federico II, emperador germánico y rey de Sicilia. Como Brienne no era, por derecho, el regente de su hija, el poder en el reino franco *só ipso facto* a Federico, quien, por lo demás, eliminó brutalmente al desdichado Brienne.

El papado había favorecido ese casamiento con la esperanza de poner al servicio de la cruzada las fuerzas conjugadas del Santo Imperio y del reino de Sicilia. El papa Gregorio IX apremiaba, pues, a Federico II para que se cruzara, pero este príncipe, que había contraído junto a sus súbditos árabes de Siria el gusto por las cosas del Islam, difería siempre de la cruzada, tanto que Gregorio IX acabó por renunciar a su voluntad (1227). En realidad, Federico estaba en negociaciones personales con el sultán de Egipto, Málic al-Cámil: el sultán de Egipto, que estaba en guerra con su propio hermano, el sultán de Damasco,

pensaba asegurarse contra éste el apoyo del emperador.

Federico II se embarcó, por fin, para el Levante (28 de junio de 1228). Hizo escala en Chipre (21 de julio-3 de setiembre), donde, como veremos (p. 79), hizo que le entregaran la tutela del joven rey Enrique I de Lusignan. Desembarcado en Acre el 7 de setiembre de 1228, aprovechó su amistad con el sultán Málí al-Cámil para echar las bases de un acuerdo destinado, en su pensamiento, a cerrar la era de las Cruzadas, a poner fin, de ambos lados, a la guerra santa, instaurando un régimen de tolerancia religiosa. Por ese tratado, tan adelantado sobre las ideas de aquel tiempo y que fue concluido en Jaffa el 11 de febrero de 1229, el sultán devolvía a los franceses las tres ciudades santas, Jerusalén, Belén y Nazaret y, además, en la Alta Galilea el señorío de Torón (Tibnín), y en Fenicia el *hinterland* de Sidón. Esas retrocesiones territoriales obtenidas sin combate, por la sola habilidad diplomática de Federico II, iban acompañadas de medidas de apaciguamiento religioso. Jerusalén era políticamente devuelta a los franceses, pero, reconocida ciudad santa para los dos cultos, quedaba sometida a un condonario confesional. Los cristianos recobraban el Santo Sepulcro, pero los musulmanes conservaban la Kúbbat al-Sajra (mezquita de Omar) y la mezquita al-Aksa.

Federico II hizo su entrada en Jerusalén liberada (17 de marzo de 1229). Tomó en el Santo Sepulcro la corona real, pero la excomunión lanzada por Gregorio IX lo perseguía y amotinaba contra él a los barones de Tierra Santa y a las órdenes militares: la querella de güelfos y gibelinos llegaba a Siria. Federico se reembarcó en Acre el 1º de mayo de 1229 en una atmósfera de guerra civil.

Después de la partida de Federico II, los barones de Tierra Santa y su jefe, Juan de Ibelin, señor de

Beirut, cuyas franquicias estaban amenazadas por el absolutismo de Federico, comenzaron la lucha contra sus representantes. La guerra tuvo primero como teatro la isla de Chipre, de donde Juan de Ibelin expulsó a los imperiales (julio de 1229-mayo de 1230) (véase p. 79). En febrero de 1231, Federico II envió a Levante un cuerpo expedicionario mandado por Ricardo Filangieri, que tomó Beirut (Juan de Ibelin y ocupó igualmente Tiro. Contra la ciudad de Acre se constituyó en comuna autónoma bajo el patronato de la cofradía local de San Andrés y con la dirección de Juan Ibelin. Filangieri derrotó a Juan en Casal Imbert, entre Tiro y Acre (3 de mayo de 1232), y luego marchó hacia Chipre para hacerla volver a la obediencia, pero fue derrotado a su vez por Juan de Ibelin en Agridi (15 de junio de 1232). Los imperiales, expulsados de Chipre y de Beirut, conservaron todavía algún tiempo Tiro. El 12 de junio de 1243, Balián III de Ibelin, hijo de Juan, les quitó esta última plaza, que fue entregada a uno de sus parientes, Felipe de Montfort. La expulsión de los imperiales transformó de hecho el reino de Tierra Santa en una república federal de baronías y de comunas comerciantes, dirigida durante algún tiempo por la poderosa familia señorial de los Ibelin. Teóricamente, los barones seguían reconociendo la realeza de Federico II y de su hijo Conrado IV. En la práctica, estaban en abierta rebeldía contra él.

LA CRUZADA DE 1239

El papa Gregorio IX provocó en 1239 la llegada de una nueva cruzada, en la que participaron numerosos barones franceses, principalmente Teobaldo IV, conde de Champaña y rey de Navarra, el duque de Borgoña, Hugo IV, el conde de Bretaña,

Pedro Mauclerc, y el conde Enrique de Bar. Un destacamento conducido por Enrique de Bar se dejó matar cerca de Gaza (12-13 de noviembre de 1239). No obstante, la sola presencia de los cruzados tuvo resultados afortunados gracias a las divisiones entre musulmanes. El imperio de los sucesores de Saladino, el imperio aiubí, era disputado por dos representantes de esta familia, Al-Sálih Aiub, sultán de Egipto, y Al-Sálih Ismaíl, sultán de Damasco. Ismaíl, para obtener contra su rival la alianza de los franceses, les cedió Galilea, incluso Tiberíades (1240). Animado por análogo sentimiento, Aiub les devolvió Ascalón. Recuperaciones efímeras: en 1244, Jerusalén fue definitivamente arrebatada a los cristianos por cuadrillas de turcos juarizmies, y en 1247 los cristianos volvieron a perder igualmente Tiberíades y Ascalón.

CRUZADA DE SAN LUIS

La segunda pérdida de Jerusalén en 1244 llevó al rey de Francia Luis IX a cruzarse. Pero no pudo poner su proyecto en ejecución sino cuatro años después. Se embarcó en Aigues-Mortes el 25 de agosto de 1248 y llegó el 17 de setiembre a Chipre, donde hizo escala durante ocho meses.

Luis IX, como otrora Juan de Brienne, resolvió atacar a los musulmanes en Egipto, país más que nunca corazón del imperio aiubí: la solución de la cuestión de Tierra Santa aún se hallaba en El Cairo. Desembarcó frente a Damieta, y al día siguiente se apoderó de ella (5-6 de junio de 1249). Pero no pudo aprovechar para marchar inmediatamente sobre El Cairo: iba a comenzar la crecida del Nilo (julio-setiembre). De modo que el ejército quedó cerca de cinco meses inactivo en Damieta. El sultán Al-Sálih Aiub ofreció devolver Jerusalén si los franceses

le devolvían Damieta. Como antaño Pelayo, Luis IX se negó, y el 20 de noviembre emprendió la marcha sobre El Cairo. El camino estaba cortado por el canal Bahr al-Saguir, tras el cual los egipcios habían construido la plaza fuerte de Mansura. El 8 de febrero de 1250, Luis IX consiguió cruzar el canal, pero su hermano Roberto de Artois, arrojándose locamente sobre Mansura, fue degollado con la anguardia. Los egipcios se recuperaron y Luis IX los rechazó a duras penas. A pesar de su insigne bravura, debió quedar a la defensiva sin pensar siquiera en alcanzar Mansura. En esas condiciones la prudencia aconsejaba la retirada sobre Damieta. Luis IX temió que el honor militar se lo prohibía. Cuando se resignó a ello era demasiado tarde. El ejército, diezmado por el tifus, rodeado por los egipcios, debió capitular (6 de abril de 1250).

Mientras tanto, el nuevo sultán de Egipto, Turán chah, fue asesinado por los mercenarios turcos de la guardia, los famosos *mamelucos*, que se hicieron dueños del poder (2 de mayo de 1250). Esos brutales mercenarios estuvieron a punto de matar a Luis IX en su prisión; luego acabaron por aceptar su rescate y el del ejército: rendición de Damieta y entrega de 500.000 libras tornesas. El 8 de mayo, Luis IX se embarcó para Siria.

Luis IX permaneció cuatro años en Siria (13 de mayo de 1250-24 de abril de 1254). Su labor fue excelente: puso en estado de defensa las ciudades francesas del litoral, Acre, Cesarea, Jaffa, Sidón, restauró la disciplina entre los franceses, dominó la insolencia de los Templarios. Contra los mamelucos buscó la alianza de los ismaelíes o "haschaschíns" Al Chábal Alauín y de su gran maestre, el "Viejo de la montaña", hasta la alianza de los mongoles, a quienes envió como embajador al franciscano Ruyrouck (1253-1254).

LA ANARQUÍA FRANCA

En cuanto Luis IX regresó a Francia (1254), el reino franco de Tierra Santa volvió a caer en la anarquía. La ciudad de Acre, capital de ese "reino sin rey", que se había organizado en comuna autónoma, fue asolada por la rivalidad de las colonias genovesa y veneciana que residían en ella, y que durante dos años se entregaron a una furiosa guerra de calles, conocida con el nombre de "guerra de San Sabas" (1256-1258). Del lado de los venecianos se colocaron los señores de Ibelin, dueños de Beirut y de Jaffa, los Templarios, los Caballeros Teutones, las colonias pisana y provenzal; del lado de los genoveses, Felipe de Montfort, señor de Tiro, los Hospitalarios y la colonia catalana. Finalmente, los venecianos expulsaron de Acre a los genoveses, quienes se retiraron a Tiro. Mientras tanto, la guerra civil había llegado al principado de Antioquía-Trípoli, donde el príncipe Bohemundo VI, partidario de los venecianos, luchó contra su vasallo, el señor de Giblet (Chubail), de origen genovés y partidario de los genoveses, quien acabó asesinado.

LA CUESTIÓN DE LA ALIANZA MONGOL

Los franceses no estaban menos divididos en el dominio de la política exterior. En 1260, los mongoles de Persia, a las órdenes del jan Hulagu, nieto de Gengis-jan, arrebataron a los últimos sobrinos de Saladino la Siria musulmana, cuyas grandes ciudades, Alepo, Hama, Homs y Damasco, cayeron todas en sus manos. Algunos de esos mongoles, principalmente su general Quitbuka, profesaban el cristianismo nestoriano. Por otra parte, el rey de Armenia (Cilicia), Hetum el Magno, que se había colocado bajo su protección, unió sus fuerzas a las de aquéllos (véase p. 90). Le imitó su yerno, el príncipe de

Antioquía-Trípoli, Bohemundo VI. De hecho, al plasmar la Siria musulmana, los mongoles hacían el nido de los franceses. Pero los barones de la costa alemana se asustaron de la barbarie mongol. Uno de ellos, Julián de Sidón, atacó un destacamento mongol y se atrajo una fuerte reprimenda. Por último, el consejo de Acre decidió apoyar a los mamelucos de Egipto, que preparaban un contraataque musulmán a los mongoles. Gracias a la benévolas neutralidad de los franceses, los mamelucos pudieron aplastar a los mongoles en Ain Chalut, en Galilea (25 de setiembre de 1260) y expulsarlos de la Siria musulmana.

EL SULTÁN BÁIBARS

La derrota mongol tuvo como resultado que los mamelucos se hicieron dueños de la Siria musulmana (Alepo, Damasco, Jerusalén), como ya lo eran Egipto.

Esa "gran compañía turca", verdadero ejército permanente cuando los franceses solo disponían, aparte de las órdenes militares, de temporarias levas feudales, era uno de los mejores instrumentos de guerra de la época. El sultanato mameluco era una monarquía absoluta, acatada desde la frontera de Nubia hasta el Eufrates. Lo que aseguró el éxito de los mamelucos al principio del siglo xii fue su vigorosa monarquía militar, que contrastaba con la anarquía musulmana. Ahora la situación estaba invertida: monarquía militar musulmana y anarquía francesa. A colmo, de 1260 a 1277, los mamelucos tuvieron frente a un hombre de guerra de primer orden, sultán Bábars, quien, resuelto a echar al mar a los franceses, persiguió sin tregua la ejecución de ese plan. Una tras otra arrebataron a los franceses Cesarea (27 de febrero de 1265), Arsuf (26 de abril de 1265), Sáfad (25 de julio de 1266), Jaffa (7 de

marzo de 1268), Beaufort (15 de abril) y Antioquía (mayo de 1268). El príncipe de Antioquía-Trípoli, Bohemundo VI, quedó reducido al condado de Trípoli. La Octava Cruzada, dirigida por Luis IX, hubiera podido detener a Bábars, pero la fatal desviación de la expedición hacia Túnez, donde el santo rey halló la muerte (25 de agosto de 1270), quitó toda esperanza a los cristianos. Bábars pudo también arrebatar a los franceses Safita o Chastel Blanc (febrero de 1271), y luego la gran fortaleza de los Hospitalarios, el Crac des Chevaliers (15 de marzo-8 de abril de 1271).

La corona de "Jerusalén" acababa de ser atribuida por los barones de Acre al rey de Chipre, Hugo III (24 de setiembre de 1269), pero la indisciplina de los barones y de los miembros de la comuna y la hostilidad de los Templarios desalentaron a Hugo, que se retiró a Chipre (1276). El rey de Sicilia, Carlos de Anjou, para quien trabajaba el gran maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu, reivindicó la corona de Jerusalén. Su representante, Roger de San Severino, fue a tomar posesión de Acre (1277), pero las Vísperas Sicilianas pusieron fin, también ahí, a la dominación angevina (1282).

CAÍDA DE LAS ÚLTIMAS PLAZAS FRANCAS DE SIRIA

Las luchas intestinas no eran menos violentas en el condado de Trípoli. El conde Bohemundo VII estaba en guerra abierta con su vasallo Guy de Giblet (Chubail), a quien mandó enterrar vivo (1282). A la muerte de Bohemundo VII (1287), los latinos de Trípoli proclamaron la caducidad de su dinastía y, por instigación de la casa de Giblet, se constituyeron en comuna libre bajo el protectorado genovés (ya hemos visto que los señores de Giblet eran de origen genovés). Pero los mamelucos no podían dejar de sacar provecho de todas esas discordias. El

8 de abril de 1289 el sultán, Kalaún, se apoderó de Trípoli. Toda la población cristiana fue exterminada.

Acre, la capital del "reino de Jerusalén", poco tardó en sufrir la misma suerte. El sultán mameluco Aschraf Jalil, hijo y sucesor de Kalaún, comenzó el sitio el 5 de abril de 1291. La defensa estuvo bajo la conducción del gran maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu; del gran maestre y del mariscal del Hospital, Juan de Villiers y Mateo de Clermont; de Jean de Grailly, comandante del contingente capetino, y de Otón de Granson, comandante del contingente inglés. Después de heroica resistencia, la ciudad fue tomada al asalto (18-28 de mayo de 1291). Las demás plazas fueron evacuadas sin combate, Tiro en mayo, Sidón y Beirut en julio, Tartús en agosto.

La Siria franca había dejado de existir. Puedecirse que se había suicidado a causa de sus discordias mantenidas hasta la última hora.

CAPÍTULO III

CIVILIZACIÓN DE LA SIRIA FRANCA

INSTITUCIONES POLÍTICAS DEL REINO DE JERUSALÉN

La realeza francesa de Jerusalén fue obra personal de Balduino I (1100-1118), que previamente eliminó la tentativa de gobierno teocrático del patriarca Daimberto. A partir de Balduino II (1118-1131), la elección dejó definitivamente paso a la herencia, y a la herencia sin ley sálica. La corona pasó así, por las mujeres, de la casa de Rethel (1118-1131) a las casas de Anjou (1131-1186), de Lusignan (1186-1192), de Champaña (1192-1197), de Lusignan (1197-1205), de Montferrato (1205-1212), de ahí a los Brienne (1210-1225), luego a la casa imperial de Suabia (1225-1268) para volver finalmente a los Lusignan (1269-1291).

No obstante, si la monarquía era hereditaria, el feudalismo era anterior a ella. El reino de Jerusalén fue un Estado feudal donde la soberanía residía menos en el rey que en el cuerpo de la nobleza reunida en *Corte de los ligios* o Alta Corte. El rey, a su advenimiento, había de jurar ante la Alta Corte que respetaría las prerrogativas y franquicias feudales. No podía legislar ni conceder feudo —las *Assises* nos lo indican expresamente— sin previo asentimiento de la Alta Corte.

Mientras el reino estuvo gobernado por perso-

nidades fuertes —esto ocurrió continuamente desde 1100 a 1185— la corona, a pesar de la teoría de las *Assises*, impuso su voluntad. Pero después de la catástrofe de 1187 su autoridad se debilitó progresivamente. Luego de la expulsión de los representantes del rey-emperador Federico II (1232) todo ocurrió como si la realeza estuviese abolida. La Alta Corte, dirigida por la familia de los Ibelin (señoríos de Beirut, de Arsuf y de Jaffa), fue realmente soberana. La Siria francesa no fue sino una república feudal, una confederación de señoríos. Los Ibelin ejercían, además, acción preponderante sobre la catedral de San Andrés que, en 1232, organizó a la ciudad de Acre en comuna. Mientras gobernaron Arnán I de Ibelin, apodado "el viejo señor de Beirut", señor de esa ciudad de 1197 a 1236, y luego su hijo Arnán III, señor de Beirut de 1236 a 1247, ese rígido régimen conservó suficiente cohesión, pero después de 1247 degeneró, como se ha visto, en arquía.

La teoría de los derechos y deberes respectivos de corona y de los ligios nos ha sido transmitida en *Assises de Jérusalem*. Las primeras *Assises et statutum* se perdieron después el desastre de 1187. En el siglo XIII las suplieron varios tratados, de los cuales el más conocido es el de Felipe de Novara, tratado de derecho feudal escrito antes de 1253. El *pre de Jean d'Ibelin* (conde de Jaffa), escrito hacia 1253, es un desarrollo del de Novara. Citemos también el *Livre au roi* y el *Livre des assises des bourgeois* (entre 1229 y 1244).

Estos textos nos muestran cuatro cortes judiciales políticas: la Alta Corte, corte nobiliaria ya mencionada que interviene en todas las cuestiones que interesan a los nobles; la *Cour des Bourgeois*, compuesta por 12 jurados o notables, que juzga a los miembros libres de cepa plebeya; la *Cour du Raïs*, compuesta por jurados indígenas, que juzga en los

litigios entre indígenas; y por último, la *Cour ecclésiastique*. Mencionemos también un tribunal de comercio, la *Cour de la fonde*, y un tribunal marítimo, la *Cour de la Chaîne*.

DEFENSA DE LA SIRIA FRANCA. LAS ÓRDENES MILITARES

El ejército del reino de Jerusalén se componía de levas feudales, como en la Francia de aquel tiempo. Comprendía caballeros y mercenarios, éstos reclutados principalmente entre los sirios. Mencionemos la caballería ligera indígena de los *Turcoples*.

La defensa de los Estados franceses estaba asegurada por un sistema coherente de fortalezas situadas en los puntos más amenazados. Citaremos en el reino de Jerusalén: Escandelión (Iscanderún), Château Pélérin (Atlit), Beaufort (Chakif-Arnún), el Torón (Tibnín), Châteauneuf (Hunín), Safet (Sá-Torón), Montfort (Kálaat Kuráin) y, en Transjordania, el Crac de Moab (Kerak); en el condado de Trípoli: el Crac des Chevaliers (Hisn al-Acrad, Ká-Trípoli) y Chastel-Blanc (Safita); en el principado de Antioquía: Márkat (Márkab) y el castillo de Saona (Sahyún).

Esta arquitectura militar presenta dos estilos: un primer tipo, propagado por los Hospitalarios, consiste en fortalezas erigidas en saliente sobre colinas escarpadas, con una doble muralla flanqueada de torres redondas, tipo imitado de las fortalezas del Sena y del Loire de los siglos XI y XII. Ejemplos: Márkat y el Crac des Chevaliers; un segundo tipo, propagado por los Templarios e inspirado en los castillos bizantinos o árabes, se caracteriza por murallas flanqueadas de torres rectangulares, murallas precedidas de profundos fosos. Ejemplos: Château Pélérin y Chastel-Blanc.

A la defensa de Tierra Santa se dedicaban las órdenes de caballeros-monjes que desempeñaron tan

considerable papel en la vida del Oriente latino: Hospitalarios, Templarios y Teutónicos.

La Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, orden caritativa de 1070, fue reformada por el bienaventurado Gerardo (hacia 1100-1120) cuando se realizó la Primera Cruzada. El sucesor de Gerardo, Raimundo du Puy, hizo de ella una orden militar. La Orden del Temple, militar desde el comienzo, fue fundada en 1118 por el caballero Hugo de Payens. Los Hospitalarios llevaban una capa, negra en tiempo de paz, roja en tiempo de guerra, con cruz blanca; los Templarios, una capa blanca con cruz roja. La Orden de los Caballeros Teutónicos fue fundada en 1143 y reorganizada en 1198. Esas tres órdenes se reclutaban en la caballería y cada una tenía al frente un gran maestre elegido por el capítulo.

Las órdenes militares se constituyeron en el ejército permanente del Oriente latino. Los príncipes confiaban los puestos más peligrosos. Así, los Hospitalarios recibieron el Crac des Chevaliers (1142) y Márkat; los Templarios, Château Pélérin (1218), Sáfad (después de 1240) y Chastel-Blanc. Por su guardia vigilante y su heroísmo, las tres órdenes prestaron a la Siria franca inmensos servicios, pero su orgullo, su sed de riquezas (se dedicaban a la banca, principalmente los Templarios), su subordinación, perjudicaron a menudo al Estado franco. Además, la constante rivalidad entre Templarios y Hospitalarios no causó menos perturbaciones.

INSTITUCIONES DEL PRINCIPADO DE ANTIOQUÍA

Aun cuando tuvo en varias oportunidades al rey de Jerusalén como regente durante las minorías el principado de Antioquía quedó siempre, de derecho, independiente del reino. Tuvo sus *Assises* dis-

tintas, su corte de barones, su corte de burgueses. Fundado por una dinastía normanda, conservó el sello normando en sus instituciones. A la inversa de lo que ocurría en los otros Estados franceses del Le-
rente, pero siguiendo el ejemplo de los reyes nor-
mandos de Inglaterra y de la Italia meridional, los
mandos de Antioquía se cuidaron de enajenar te-
príncipes de Antioquía demasiado considerables en favor de gran-
territorios vasallos, y por ese hecho conservaron una cen-
tralización relativa mayor que los reyes de Jerusa-
lén o los condes de Trípoli.

LA COLONIZACIÓN FRANCA Y EL ELEMENTO INDÍGENA

La Siria franca no fue jamás, para los franceses, una colonia a poblar. La inmigración franca se limitó a los cuadros señoriales, a la caballería y a la bur-
guesía urbana. La población rural siguió compo-
niéndose de sirios cristianos o musulmanes.

Aun cuando la Siria franca fue una colonia de cuadros, se trataba de cuadros asentados permanentemente, adaptados al medio, sin deseo de regresar. El cronista Foucher de Chartres, hablando de los caballeros, de los clérigos y de los burgueses establecidos en Tierra Santa, nos dice hacia 1125: "El italiano o el francés de ayer se ha convertido, transplantado, en un galileo o un palestino. El hombre de Reims o de Chartres se ha transformado en sirio o en ciudadano de Antioquía. Ya hemos olvidado nuestros lugares de origen. ¿Por qué volveríamos a Occidente, puesto que Oriente colma nuestros deseos?" Por lo demás, los mestizos de franceses y sirios eran numerosos. Los designaban con el nombre de *poulains*, término que acabó por englobar a todos los franceses criollos.

Los sirios cristianos pertenecían a las tres Iglesias:
jacobita (creencia monofisita, rito siríaco), nesto-

ana (creencia en la existencia de dos personas en Jesucristo, rito siríaco) y griega ortodoxa. Los jacobitas dominaban en el reino de Jerusalén y el condado de Trípoli, así como en ciertos cantones alrededor de Antioquía. Dos de sus pontífices, Miguel elario (patriarca de 1166 a 1199) y Abul Fárah (Barbudo) (1226-1286), han dejado útiles crónicas. Túgar aparte debe concederse a los maronistas del Líbano que, al parecer, se afiliaron a la Iglesia romana en 1181. Los sirios de confesión griega constituyan la mayoría en la propia ciudad de Antioquía. Todos esos sirios cristianos eran admitidos en un sistema de igualdad jurídica con la burguesía francesa. Fueron administrados según sus costumbres particulares por su propio magistrado, el *rais*.

Los armenios eran particularmente numerosos en el condado de Edesa, donde, ya lo hemos visto, fueron estrechamente asociados a la dominación francesa, y donde barones y caballeros franceses desposaban con frecuencia mujeres armenias. Por lo demás, los asentamientos armenios fueron practicados por todas las dinastías francesas: en Jerusalén, la dinastía de los Ibelinos fue pronto una casa franco-armenia.

En cuanto al elemento musulmán, quedó, naturalmente, aparte. Sin embargo, a pesar del abismo confesional y del estado de guerra casi permanente, la vida de los Estados cruzados comportó un mínimo de mutua tolerancia. La autobiografía de Usamá nos da ejemplos, durante los años 1137-1143, a propósito de la alianza entre el rey Foulque y el emir de Damasco, de relaciones de alta cortesía y amistad entre barones y emires. El viajero árabe Abu Yohair certifica también, con fecha 1183, que los campesinos musulmanes vivían dichosos y prósperos bajo la dominación francesa. Ocurría que un mismo edificio estuviese dividido entre las dos religiones, una iglesia, mitad mezquita.

Los franceses pudieron hacerse dueños de los puertos sirio-palestinos solo merced a la ayuda de las repúblicas marítimas italianas. Los genoveses ayudaron a tomar a los musulmanes Acre (1104), Gíbel (1104) y Trípoli (1109), los genoveses y los pisanos a tomar Beirut (1110), los venecianos a ocupar Sidón (1110) y Tiro (1124). En recompensa, obtuvieron en esas ciudades amplios privilegios comerciales. Finalmente, cada una de las tres repúblicas marítimas tuvo en cada gran puerto su barrio comercial con *fondaco* (depósito y almacenes de venta), jurisdicción consular propia e inmunidades administrativas y fiscales que acabaron por constituir una verdadera comuna autónoma. El barrio así concedido era administrado por un funcionario de la madre patria, que llevaba el título de vizconde, baile o cónsul. Desgraciadamente, como ya hemos visto, esas colonias italianas trasladaban a Siria la rivalidad que en todos los mares oponía a pisanos y genoveses, genoveses y venecianos. Hemos visto el más sangriento de esos conflictos, la guerra de San Sabas (véase p. 64).

Esas rivalidades tenían un origen comercial. Los puertos de la Siria franca habían adquirido, por el éxito de la Primera Cruzada, una importancia económica de primer orden. Europa iba a proveerse de productos asiáticos, en primer lugar productos locales: el litoral libanés y sirio tenían plantaciones de caña de azúcar; Tiro, Trípoli y Antioquía fabricaban brocados y telas de seda célebres, llamados cendales y *samits*, etc. Pero sobre todo, las "escalas sirias" eran los mercados donde se amontonaban todos los productos exóticos: telas de algodón y mullidas de la Mesopotamia o del Irán; alfombras del Asia Central, especias y pedrerías de la India, sedas de Extremo Oriente, todas ellas mercaderías llegadas

das por Tabriz *, Basora o Adén y que desembocaban en Trípoli, en Tiro o en Acre.

EL ARTE Y LAS LETRAS EN LA SIRIA FRANCA

La arquitectura románica en la Siria franca, en el siglo XII depende en gran parte de las escuelas del mediodía de Francia, estilos languedociano y provenzal, y a menudo también de influencias borgoñonas. En cuanto al Santo Sepulcro, presenta un carácter compuesto, pues el antiguo edificio bizantino fue reconstruido en forma de iglesia románica "según una disposición romana, pero en un estilo bien francés". La nueva basílica fue consagrada el 15 de julio de 1149. El portal de la fachada meridional recuerda algo la escuela de Poitou.

El estilo gótico aparece después de la caída de Jerusalén (1187), en la época de Acre. Nuestra Señora de Tartús es una iglesia románica del siglo XIII, pero los capiteles y las clases de bóveda, que pertenecen a la restauración del siglo XIII, son góticos: ciertos detalles recuerdan a Reims.

La literatura franco-siria está representada sobre todo por los cronistas. Entre los cronistas asentados en Siria y que escribieron en latín, citemos a Fouquer de Chartres, que nos ha dejado una muy vivida historia de los acontecimientos entre 1100 y 1127, a Gautier el Canciller, que nos ha referido las proezas y la muerte épica del príncipe Roger de Antioquía (años 1115-1122), y finalmente a Guillermo de Tiro, gran latinista, buen orientalista, político de amplia visión, a quien debemos una historia muy profunda, y ya científica, de la Siria franca desde la Primera Cruzada hasta 1183. Entre los cronistas que emplearon el francés, mencionemos a los conti-

* El autor emplea el nombre, menos usado, de Tauris, para designar esa conocida ciudad del Irán. (N. del R.)

nuadores de Guillermo de Tiro (crónica llamada de Ernoul y de Bernardo el Tesorero, que narra la historia de la Siria francesa hasta 1231) y sobre todo a Felipe de Novara, que nos ha dejado el inspirado relato de las guerras entre los imperiales y el partido de los Ibelin durante los años 1228-1243.

En relación a los poemas de la Primera Cruzada, existe la duda de si la *Chanson d'Antioche* fue compuesta en la misma Siria o en las regiones mosanas. La *Chanson des chétifs*, cuyo tema se refiere igualmente al sitio de Antioquía en 1098, fue realmente compuesta en Siria, hacia 1140. Por último, hay versos muy bonitos en el cronista Felipe de Novara, ya mencionado.

La sociedad francesa que nos describen esos cronistas y poetas se nos presenta, sobre todo en el siglo XIII, como singularmente brillante y organizada. Su ideal de sabiduría y probidad se encarna en la persona de Juan de Ibelin, "el Viejo señor de Beirut" (+ 1236). Por la dignidad de su vida, su sentimiento del honor y del derecho, su gran discreción, envuelta, llegado el caso, en burlona agudeza muy francesa, por esa cortesía que Felipe de Novara cantó en él, el Viejo señor de Beirut es el tipo mismo del perfecto caballero, tal como lo concibió la Francia de San Luis.

LA OBRA FRANCA EN SIRIA

La Siria francesa ha visto, pues, florecer durante los ciento noventa y tres años de su existencia (1098-1291) una brillante civilización "latina", de matiz más particularmente francés. La evolución de las instituciones, del arte, de las letras, revela una vida intensa cuyas manifestaciones nos interesan doblemente como parte integrante de nuestro Occidente medieval y como ya adaptadas al medio oriental. Pues se trata, en efecto, de una colonia donde se

desarrollaba un estado de espíritu particular, a pesar del pasaje incesante de nuevos cruzados y de nuevos peregrinos, un estado de espíritu *criollo*. La oposición, ya sensible en la Segunda Cruzada, entre cruzados y "poulains" atestigua esa rápida diferenciación.

Esa evolución fue detenida por la catástrofe de 1291, pero la historia del reino Lusignan de Chipre nos permite, en ciertos aspectos, seguir hasta fines del siglo XV su último desarrollo.

CAPÍTULO IV

EL REINO DE CHIPRE BAJO LOS LUSIGNAN

HISTORIA DE CHIPRE EN EL SIGLO XIII

Hemos visto (p. 55) que la isla de Chipre fue tomada a los bizantinos, durante la Tercera Cruzada, por el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León (victoria de Ricardo en Tremitusia, el 21 de mayo de 1191). En mayo de 1192, Ricardo cedió su conquista al ex-rey de Jerusalén Guy de Lusignan. Éste instaló en la isla gran número de franceses expulsados de Tierra Santa: el Oriente latino, que Saladino había arrojado al mar, renacía en medio de las olas.

Guy tuvo como sucesor en Chipre a su hermano Amaury de Lusignan (1194-1205). Administrador energético y hábil, Amaury fue el verdadero fundador del Estado insular. En 1195 obtuvo del emperador Enrique IV el título de rey de Chipre. En el otoño de 1197, el canciller imperial Conrado de Hildesheim fue a coronarlo a Nicosia, capital de la isla.

Muerto Amaury (abril de 1205) la corona de Chipre pasó a su hijo Hugo I, que apenas tuvo tiempo de mostrar su capacidad, pues llegó al trono a los 10 años, murió a los 23 años (1218). Hugo dejó un hijo, también de corta edad, que fue Enrique I el Gordo (1218-1253). La regencia la ejercía Juan Ibelin, señor de Beirut, cuando el em-

perador Federico II, yendo a Tierra Santa, hizo escala en Chipre (21 de julio de 1228). En el curso de escenas tempestuosas, Federico despojó a Juan de Ibelin de la regencia, declarando que la asumía él mismo (véase p. 59). Al volver a Italia confió la administración de Chipre a barones de su partido, pero Juan de Ibelin, al frente del partido antiimperial (la lucha de güelfos y gibelinos se extendía hasta Chipre) los derrotó ante Nicosia (14 de julio de 1229) e hizo capitular su última fortaleza, el castillo de Dios de Amor (mediados de mayo de 1230). Hemos visto (p. 61) que Federico envió luego a Levante un cuerpo expedicionario mandado por el mariscal Ricardo Filangieri, que desembarcó en Chipre en mayo de 1232. También hemos visto que Juan de Ibelin, al frente de la nobleza de Chipre y de Tierra Santa, infligió a Filangieri una derrota decisiva en Agridi (15 de junio de 1232). La última fortaleza que los imperiales tenían en Chipre, Cerines, se rindió en abril de 1233.

Después de la muerte de Enrique I (18 de enero de 1253) y el reinado nominal de su hijo de corta edad, Hugo II (1253-1267), la corona de Chipre pasó a un príncipe de la familia de Antioquía, que era Lusignan por la madre, el rey Hugo III.

Hugo III (1267-1284) fue un soberano concienzudo y lúcido, pero paralizado por la insubordinación feudal. Hemos visto que, llamado al mismo tiempo al trono de "Jerusalén", es decir, de Acre (1268), intentó en vano restablecer la disciplina entre los barones y los miembros de la comuna de esa ciudad (p. 70). La misma caballería chipriota, por amor de sus franquicias, se negaba a seguir a Hugo a Siria si no era por cortos períodos militares.

El rey Enrique II (1285-1324), hijo de Hugo III, era un pobre hombre enfermizo, sujeto a ataques de epilepsia, sin virilidad. Hemos visto (p. 67) que en 1291 no pudo salvar de los mamelucos a la ciudad

de Acre ni a las demás plazas de Tierra Santa. Desacreditado por ese desastre, en 1306 fue despojado del poder y secuestrado por su hermano Amaury, a quien apoyaba una parte de la nobleza chipriota, y que acabó por exiliarlo a Cilicia (febrero de 1310). Pero poco después (5 de junio de 1310), Amaury fue asesinado por los legalistas, cuyo jefe, Ague de Betsan, restauró a Enrique II (setiembre de 1310). La familia de Ibelin, que se había significado entre los perseguidores de Enrique, fue castigada: el espíritu feudal recibió un golpe en beneficio de la realeza.

LA CRUZADA CHIPRIOTA. HUGO IV Y PEDRO I

El rey Hugo IV (1324-1359), sobrino de Enrique II, acabó de restablecer la autoridad monárquica. En 1343 fue el alma de la "Santa Unión" que, con el Papa, Venecia y los Caballeros de Rodas, arrebató Esmirna a los turcos de Asia Menor el 28 de octubre de 1344 (véase p. 115).

Pedro I (1359-1369), hijo de Hugo IV, fue un paladín según el ideal caballeresco de nuestros Valois. Ocupó en Cilicia el puerto de Córico, cuyos últimos defensores armenios, apremiados por los turcos, se entregaron a él (15 de enero de 1361), y luego tomó a otros turcos (emirato de Teke), en la costa de Panfilia, el puerto de Sattalia o Adalia (24 de agosto de 1361). Resuelto a atacar a los mamelucos en Egipto, fue a solicitar apoyo a Italia, Francia y al Santo Imperio (octubre de 1362). El 10 de octubre de 1365 se apoderó por sorpresa de Alejandría, pero no pudo sostenerse en ella y en seguida debió abandonar su conquista. A los venecianos y los genoveses, cuyos intereses en el mercado egipcio había comprometido esta cruzada inopportunia, les costó gran trabajo restablecer allí sus privilegios comerciales. Pedro I ejecutó todavía algunas

querías menores sobre la costa Siria, hacia Trípoli-Tartús (1367), y volvió en vano a solicitar en Europa la predicación de una nueva cruzada. Vuelto a Chipre sin obtener ningún concurso (1368), Pedro encontró una situación afligente: cese inconducta de su mujer, la temible Leonor de Agón, y descontento de la nobleza. Exasperado por las desdichas, respondió con medidas brutales contra los barones. Estos, más o menos de acuerdo con su hermano Juan, lo asesinaron dramáticamente (18 de enero de 1369). Los asesinos proclamaron al hijo de su víctima, el niño Pedro II.

LA OCUPACIÓN GENOVESA Y LA INVASIÓN DE LOS MAMELUOS

El reinado de Pedro II (1369-1382) se inició con un desastre. El día de su coronación (12 de octubre de 1372) estalló una reyerta en Famagusta, el principal puerto de la isla, entre residentes venecianos y residentes genoveses. Los genoveses, considerándose lesionados, enviaron una escuadra con un cuerpo de desembarco que se apoderó de Famagusta (octubre de 1373). Pedro II, apresado por éste, debió aceptar un tratado oneroso que entregaba a la república de Génova el gran puerto chipriota. En vano se casó con Valentina Visconti, hija del duque de Milán, para obtener aliados contra los genoveses, pues no pudo recobrar Famagusta.

Pedro II tuvo como sucesor a su tío Jacobo I, entonces rehén en Génova. El reinado de Jacobo (1385-1398) transcurrió cargando de impuestos a su pueblo para pagar la indemnización de guerra dada a los genoveses. Estos se reservaban, además, el monopolio del comercio chipriota, lo cual, al provocar la deserción de los comerciantes venecianos, lo pobreció peligrosamente a la isla. El hijo y sucesor de Jacobo I, el rey Juan (1398-1432), tampoco

consiguió librarse del embargo genovés. Pronto sobrevinieron nuevas desgracias: en 1426, el sultán de Egipto (mamelucos) envió contra Chipre un cuerpo expedicionario que aplastó al ejército chipriota en Jiroquitia (5 de julio de 1426), tomó prisionero al rey Juan y, antes de reembarcarse, saqueó a Nicosia, la capital (10-12 de julio).

Como consecuencia de esta catástrofe estalló una sublevación de aldeanos griegos alzados contra los señores y el clero latinos. El movimiento solo fue sofocado el año siguiente (mayo de 1427). En cuanto a Juan, llevado en cautiverio a Egipto, debió, para recobrar su libertad, reconocerse vasallo del sultanato mameluco (1427).

El rey de Chipre Juan II (1432-1458), hijo y sucesor de Juan, casó con la princesa bizantina Helena Paleólogo, quien, merced a la influencia que había adquirido en el gobierno, favoreció la ortodoxia griega y, más generalmente, al elemento griego. De ese reinado data el despertar del helenismo chipriota.

JACOBO EL BASTARDO

Juan II, al morir (26 de julio de 1458), dejó el trono de Chipre a su hija Carlota, esposa de Luis de Saboya. Juan tenía también un bastardo, el futuro Jacobo II, a quien habían nombrado arzobispo de Nicosia. Este prelado del Renacimiento, que, como un César Borgia, tenía ya varios crímenes políticos en su activo, no vaciló, para apoderarse del trono, en marchar a Egipto donde pidió el apoyo al sultán Aschraf. Con los mamelucos que le prestó el sultán, Jacobo desembarcó en Chipre, expulsó a Carlota y ciñó la corona (1460).

El gobierno de Jacobo II ((1460-1473) no careció de habilidad. Como los barones franceses de la isla le tenían ojeriza, se rodeó de aventureros sicilianos y aragoneses. Después de arrebatar a los últimos legitimistas el castillo de Cerines (setiembre-octubre de 1463), tomó Famagusta a los genoveses (6 de enero de 1464), hazaña que le valió la adhesión de los mismos legitimistas. También supo apoderarse en el elemento indígena griego. Por último, se libró, con una degollina, de la guardia mameluca a la cual debía el trono, y esto, para colmo de habilidad, sin malquistarse con el sultán de Egipto (1464).

Deseoso de obtener la alianza de Venezia, Jacobo II desposó a la veneciana Catalina Cornaro. Después de la muerte de Jacobo (6 de julio de 1473), y fuga de la de su hijo, el niño Jacobo III (1474), la reina Catalina Cornaro gobernó sola (1474-1489). Con ella, la influencia veneciana se estableció sin contrapeso. En 1489, los venecianos obligaron a Catalina a abdicar en favor de la República.

Chipre había de ser posesión veneciana desde 1489 hasta la conquista otomana en 1570-1571. El 2 de agosto de 1571, los turcos se apoderaron de la última plaza de la isla, Famagusta, cuyo defensor, el eroico Bragadin, sufrió atroz suplicio.

CARÁCTER DE LA REALEZA DE CHIPRE

El reino de Chipre, regido por las *Assises de Jérusalem*, tenía en principio las mismas instituciones que Tierra Santa. La soberanía pertenecía en última instancia al cuerpo de feudales reunidos en Nicosia en la Alta Corte o *Corte de Ligios*. Sin embargo, en la práctica la realeza fue en Chipre mucho más fuerte que en San Juan de Acre. En Chipre, a la inversa de lo que había ocurrido en Tierra Santa, la realeza anterior al feudalismo, puesto que Guido y Maury de Lusignan distribuyeron los feudos según sus antojos. Por eso, y siempre a la inversa de Tierra Santa, no hubo en Chipre grandes feudos capaces de atacar con éxito la autoridad real. Además, mien-

tras que el reino de Jerusalén había cambiado sin cesar de dinastía a través de las sucesiones femeninas, la casa de los Lusignan directos, y luego (1267) de los Antioquía-Lusignan, reinó continuamente en Nicosia.

En Tierra Santa, la realeza, bastante fuerte en la época de Jerusalén (1100-1291), fue debilitándose progresivamente en la época de Acre (1192-1291). En Chipre, al contrario, la realeza, teóricamente sujetada con mano firme por la nobleza conforme a las *Assises*, se libró progresivamente de esas trabas en él siglo XIV, como se ve por el ejemplo de Hugo IV y de Pedro I. Este último se condujo como rey absoluto. Certo es que sucumbió, pero la realeza no dejó de seguir su marcha ascendente hasta Jacobo II el Bastardo, verdadero príncipe del Renacimiento italiano, al estilo de Maquiavelo.

LAS CLASES SOCIALES. RIQUEZA DE CHIPRE

La nobleza chipriota, cuyas principales familias llevaban títulos tomados de sus abuelos de Tierra Santa, siguió muy fiel a sus orígenes franceses. El francés era la lengua corriente en la corte de los Lusignan y de la aristocracia. En 1507, un viajero anotará todavía: "Todos los de este país y especialmente los gentilhombres son tan buenos franceses como nosotros en Francia." Es cierto que una vez trasplantada de Tierra Santa a Chipre, lejos de los combates, esa nobleza se debilitó en la ociosidad. Ludolfo de Sudheim nos traza un cuadro (fechado en 1530) maravillado y escandalizado de la vida de placeres de los señores chipriotas, en medio de un lujo totalmente oriental. Por otra parte, esa nobleza, casi únicamente francesa en el siglo XIII, se dejó penetrar, en la segunda mitad del siglo XIV, por elementos italianos, sobre todo sicilianos, y también catalanes y aragoneses.

La riqueza de la sociedad chipriota provenía de la situación excepcional de la isla para el comercio del Levante. La caída de Acre y demás posesiones francesas de Tierra Santa, en 1291, hizo de Chipre el principal depósito de ese comercio. Los puertos chipriotas de Famagusta, Larnaca, Limasol y Baffa, sedaron el tráfico de Trípoli, Tiro, Acre y Jafa. Famagusta, particularmente, se convirtió en tierra cristiana, en el gran mercado del azúcar, de las especias, de las sederías y de las piedras preciosas. Venecia, Génova y Pisa llevaron allá sus factorías. Las factorías italianas tenían en sus manos en Chipre, como otrora en Siria, la mayoría de los negocios. Como antaño en Siria, las colonias genovesa, veneciana y pisana gozaban de amplia autonomía. Se administraban según sus propias leyes, con la dirección de un funcionario nombrado por la madre patria con el título de *podestá* para los genoveses o *baile* para los venecianos. Se trataba de verdaderos cónsules generales, con jerarquía de embajadores, que gozaban de considerable crédito ante la corte de Nicosia. Hemos visto a la colonia genovesa aprovecharlo para apoderarse de Famagusta, de la que había de ser dueña de 1373 a 1464. No obstante, franceses o italianos, nobles o burgueses, los latinos que representaban los cuadros del reino chipriota. La masa de la población se componía de griegos en estado de servidumbre (*pariques* o *perpirios*) u hombres libres (*elefterios*). Añadamos que los griegos trabajaban bastante fácilmente en la administración y en el ejército; y por ahí, sobre todo después de 1530, llegaban hasta la nobleza.

Las más graves dificultades entre latinos y griegos fueron de orden eclesiástico. La Iglesia latina, que después de la conquista había creado en Chipre un obispado (en Nicosia) y tres obispados, no pudo primir la Iglesia griega, pero relegó a los obispos

griegos lejos de las grandes ciudades. Los reyes Lusignan protegieron en varias oportunidades al clero griego contra los arzobispos y legados romanos.

EL ARTE Y LAS LETRAS EN CHIPRE

La arquitectura gótica ha dejado en Chipre admirables testimonios de la dominación francesa. Los monumentos de la primera época, como la catedral de Nicosia (primera mitad del siglo XIII) y San Jorge de los Latinos, en Famagusta (fin del siglo XIII) revelan directamente la influencia de la Isla de Francia. La segunda época (catedral de San Nicolás, de Famagusta, comenzada en 1308) denota influencia de Champaña. La tercera época (final del siglo XIV) muestra la influencia del Mediodía de Francia (abadía de Lapais). El cuarto período (siglo XV) revela la acción de Cataluña (palacio real de Nicosia) y de la Italia septentrional. En fin, el estilo del Renacimiento se afirma bajo la dominación veneciana. En la arquitectura civil hay que distinguir los castillos de llanuras, siempre inspirados en el sistema bizantino (castillo de Cerines), y los castillos de montaña, inspirados en el sistema francés (castillos de San Hilarión o Dios de Amor, de Cántara y de Bufavent).

En el activo de la literatura chipriota de expresión francesa pueden contarse Felipe de Novara, ya mencionado (p. 76), y Gerardo de Montreal, autor de *Gestes des Chiprois* (hacia 1320). También pueden vincularse a la vida chipriota ciertas obras del picardo Felipe de Mézières (hacia 1326-1405), principalmente *Songe du vieil pèlerin*. Entre los cronistas chipriotas que usaban el italiano, citemos la crónica de Amadi (hasta 1442), la de Strambaldi (de 1306 a 1458) y la de Florio Bustron (hasta 1489). Entre las crónicas en griego, las de Leoncio Majairas

(principalmente para el período 1359-1458) y las de Jorge Bustron (de 1456 a 1501).

Como se ve por esos últimos nombres, el despertar del helenismo chipriota se manifestaba ya hacia el final de la dinastía de los Lusignan y debía acentuarse bajo la dominación veneciana. La conquista turca de 1571, al barrer el elemento latino, aseguró el triunfo de esa recuperación helénica. De lo que había sido la brillante civilización de los Lusignan, solo subsistió el testimonio, siempre en pie, de sus emotivas catedrales góticas.

CAPÍTULO V

EL REINO ARMENIO DE CILICIA

DINASTÍA RUBENIANA

La conquista de Armenia por los turcos selchukíes entre 1064 y 1071 (véase p. 14) provocó la emigración de una parte de la población armenia hacia la Cilicia, provincia disputada entonces por bizantinos y turcos. Dos jefes armenios, Rubén y Oschín, se establecieron, hacia 1080, el primero en Bartzbererd, el segundo en Lambrón, castillo fuerte de la Alta Cilicia. El primero había de ser el origen de la dinastía rubeniana, el segundo, de la dinastía hetumiana.

Digamos en seguida que el establecimiento en la proximidad de Siria, de esa población cristiana con sus robustos campesinos montañeses y sus belicosos feudales, pronto prestaría los más señalados servicios a los Estados cruzados, de los cuales los armenios de Cilicia habían de ser los constantes aliados.

La casa rubeniana fue la que fundó el Estado armenio de Cilicia. Constantino I (hacia 1092-1100), hijo de Rubén, estableció su residencia en Vahka (Fikhe), en el ante-Tauro y se alió con los barones de la Primera Cruzada. Thoros I, su sucesor (1100-1129), tomó a los bizantinos las ciudades cilicias de Sis y Anazarba. León I (1129-1137), hermano de Thoros, les quitó Mamistra (Misia), Adana y Tarsos, es decir todo el resto de la Cilicia, pero en 1137-

138, el emperador bizantino Juan Comneno reconquistó la provincia y suprimió el joven Estado armenio, a cuyos jefes capturó. De ese modo, Thoros II, hijo de León I, estuvo mucho tiempo prisionero en Constantinopla. En 1143, Thoros se escapó y volvió a Cilicia, de donde acabó por expulsar a los bizantinos (1151). En 1158, nueva invasión bizantina, conducida por el emperador Manuel Comneno, que ocupó las ciudades de la llanura cilicia, mientras que Thoros II (+ 1168) resistía en la montaña. Por último, Mleh (1169-1174), hermano de Thoros, expulsó definitivamente a los bizantinos (1173).

Después de esas luchas, el principado armenio de Cilicia conoció una era de prosperidad en el curso de la cual se acercó al mundo latino. El príncipe Rubén III (1175-1187) desposó una francesa, Isabel de Torón. Su hermano, León II el Magno (1187-1191), fue uno de los más notables soberanos de su tiempo. Obtuvo del emperador Enrique IV y del papa Celestino III que su principado fuera elevado a jerarquía de reino. El cardenal Conrado de Wittelsbach fue a coronarlo rey de Armenia, en Tarsos, actitud simbólica que sacaba definitivamente a Armenia de la atracción de Bizancio y la vinculaba al grupo del Oriente latino (6 de enero de 1198 ó 1199). León II casó sucesivamente con dos princesas francesas, Isabel de Antioquía y Sibila de Lusignan.

A pesar de sus simpatías francesas, León II estuvo en conflicto con el príncipe de Antioquía, Bohemundo I, con relación al castillo de frontera de Gaston Baghrás (1194). La reconciliación quedó sellada en el casamiento de Alix, sobrina de León II, con Raimundo, hijo mayor de Bohemundo III (1195). Este casamiento permitió posteriormente a León II que interviniere en los asuntos de Antioquía, cuando el principado estuvo en discusión entre dos pretendientes, Bohemundo IV y Raimundo Rubén, este último hijo de Raimundo y Alix, por consiguiente

sobrino nieto del monarca armenio. León tomó las armas en favor de ese sobrino, y por un breve período consiguió imponerlo (1216-1219) como príncipe de Antioquía.

DINASTÍA HETUMIANA

A la muerte de León II (1219) la corona pasó a su hija Zabel, que desposó a un segundón de la casa de Antioquía, Felipe, pero como Felipe intentó, torpemente, afrancesar el país, los barones armenios lo hicieron desaparecer. Su jefe, Constantino, señor de Lambrón, casó a Zabel con su propio hijo, Hetum I, que así fue el fundador de la dinastía llamada, por su nombre, dinastía hetumiana (1226).

Hetum I (1226-1269) fue uno de los mejores espiritus, uno de los más grandes políticos de la época de las cruzadas. Llegado al poder por una reacción armenia contra el afrancesamiento, volvió enseguida a una política netamente francófila. Dio a su hija en casamiento al príncipe de Antioquía-Tripoli, Bohemundo VI. La antigua rivalidad de las dos casas se convirtió en una estrecha alianza. Hetum tuvo, sobre todo, el mérito de discernir la importancia del factor mongol en la lucha entre la cruz y la media luna. Era la época en que los mongoles de Gengis-jan acababan de terminar la conquista del Irán. Hetum se declaró espontáneamente vasallo de éstos, les mandó en embajada a su hermano, el condestable Sembat (1247), y luego fue él mismo a Mongolia para hacer la corte al gran jan Mongka (1254). Éste aceptó su homenaje y declaró tomar el reino armenio de Cilicia bajo su protección. Poco después, el jan Hulagu, hermano de Mongka, llegó a reinar en el Irán y, después de destruir el califato de Bagdad (1258), tomó de los musulmanes, como hemos visto (pág. 64), la Siria interior. El rey Hetum se unió a los ejércitos mongoles y entró con ellos en

Lepto y en Damasco, donde hizo transformar varias mezquitas en iglesias (1260). Pero la derrota de los mongoles por los mamelucos ese mismo año, dejó al monarca armenio expuesto a la venganza de los vendedores. El sultán mameluco Báibars saqueó las ciudades cilicias (1266) e impuso a los armenios un triste oneroso.

En ese desamparo, el rey León III (1269-1289), hijo y sucesor de Hetum, fue a implorar contra los mamelucos al nuevo kyan de Persia, Abaga (1269). Sin embargo, no pudo impedir que aquéllos volvieran a sus correrías en Cilicia (1274-1275). Hetum II, que le sucedió (1289-1301), tropezó con las mismas dificultades. Él también fue a solicitar la protección del jan de Persia (1295). Éste, el jan Gagan, envió a Siria un ejército que batío a los mamelucos en Homs (22 de diciembre de 1299), pero ese ejército se retiró en seguida. Por lo demás, los mongoles de Persia, que acababan de abrazar el islamismo, no tenían ya los mismos motivos para defender el Estado armenio. Como le faltaba la protección mongol, el rey de Armenia Oschin (1308-1320), se cercó más que nunca a los latinos. Además, se había casado con la hija del rey de Chipre, Hugo III. Bajo el reinado de su hijo León V (1320-1341), recommenzaron las correrías de los mamelucos (saqueo del puerto armenio de Aias o Lajazzo, 1322).

LOS LUSIGNAN DE ARMENIA

La dinastía hetumiana se extinguío en 1341 y la corona de Armenia pasó, por el juego de las alianzas y familia, a los Lusignan de Chipre, en la persona de Guy de Lusignan (1342-1344): Guy quiso imponer a sus súbditos la adhesión a la Iglesia romana. Los barones armenios, muy apegados a su Iglesia nacional (fe monofisita, rito gregoriano), lo hicieron

desaparecer (17 de noviembre de 1344). Nombraron rey a uno de los suyos, Constantino IV. Aun cuando llevado al trono por una reacción antifranca, Constantino IV (1344-1363), buscó, como sus predecesores, la alianza de los franceses contra los mamelucos. En efecto, éstos volvían a sus ataques, tomando a los armenios el puerto de Aias (Lajazzo) (25 de mayo de 1347), y las ciudades de Adana y Tarso (1359). La llanura cilicia estaba perdida; el pequeño reino armenio, rodeado por todas partes, solo se mantenía en la montaña, alrededor de su capital, Sis.

Con la esperanza de provocar la predicación de una nueva cruzada, los barones armenios llevaron al trono a un príncipe chipriota, León VI de Lusignan (1374). Apenas llegó, los mamelucos lo sitiaron en Sis. Después de heroica defensa tuvo que entregar la plaza (13 de abril de 1375). La Armenia cilicia había terminado. En cuanto a León VI, puesto en libertad al cabo de siete años de cautiverio por los mamelucos, se estableció en Francia: el último rey de Armenia murió en París el 29 de noviembre de 1393.

AFRANCESAMIENTO DE LAS INSTITUCIONES ARMENIAS

La proximidad y la irradiación de los Estados cruzados influyeron sensiblemente en las instituciones del Estado armenio de Cilicia. La coronación de León II como rey (*thagavor*) por un legado romano hizo entrar a Armenia en la sociedad de las monarquías latinas. La corte real de Sis se organizó según el modelo de las cortes de Antioquía y Acre. Las *Assises d'Antioche* fueron traducidas al armenio por el "condeable" Sembat (hacia 1254-1265). En el *cartulario* real, los actos oficiales fueron transcritos simultáneamente en armenio y en latín o en francés.

Como la realeza, el feudalismo armenio se modeló según el tipo franco. Los señores feudales armenios (*najarares*) se asimilaban a los barones franceses. Hasta la institución de la caballería fue introducida en la corte de Sis. Por lo demás, los casamientos entre la casa real de Armenia y las dinastías francesas de Jerusalén, de Antioquía-Tripoli y de Chipre eran incesantes, como ya hemos visto.

El único obstáculo a esa estrecha colaboración fue el foso teológico entre la confesión romana y la fe monofisita armenia. Sin embargo, varios prelados armenios se mostraron partidarios de un acercamiento con Roma, entre otros Nerses IV, patriarca de 1166 a 1173, que fue uno de los más grandes escritores de su tiempo, y el obispo Nerses de Lambron (+ 1198). Un miembro de la familia real armenia, Hetum, "el monje Hayton" (muerto después de 1314), abrazó la fe romana y escribió en francés entre los premostratenses de Chipre, su *Flor des stoires de la terre d'Orient*.

Agreguemos que en el correr de sus doscientos ochenta y tres años de existencia (1092-1375), el Estado armenio de Cilicia desempeñó un papel económico considerable. El puerto de Aias (o Lajazzo) era uno de los principales mercados del comercio asiático. Los genoveses ya habían establecido factorías en 1201. La caída de Antioquía (1268) y luego la de Acre (1291) decuplicaron la importancia de ese puerto, convertido en el único gran mercado del continente aún en poder de los cristianos. Las escuadras genovesas y venecianas iban allá a cargar las especias, las piedras preciosas, las telas de algodón y las sedas del Asia musulmana, de las Indias y de Extremo Oriente. Por lo demás, esa prosperidad no dejaba de ser peligrosa. Si los mamelucos de Egipto destruyeron en 1375 el reino armenio de Cilicia, como habían destruido en 1291 los últimos vestigios del

reino franco de Jerusalén, fue sin duda para señalar el triunfo definitivo de la guerra santa musulmana sobre la cruzada cristiana, pero también fue, en buena parte, con el fin de asegurar a Alejandría, tanto en detrimento de Aias como de Acre, el monopolio continental del comercio del Levante.

CAPÍTULO VI

EL IMPERIO LATINO DE CONSTANTINOPLA

LA HOSTILIDAD ENTRE GRIEGOS Y LATINOS ANTES DE LA CUARTA CRUZADA

En la enumeración de las cruzadas hemos omitido voluntariamente la cuarta. Porque no fue, como las demás, dirigida contra los musulmanes, sino contra un Estado cristiano, el imperio bizantino, y porque sus resultados no interesan al mundo islámico sino al mundo griego.

Antes que la Cuarta Cruzada desviara contra Bizancio la guerra santa antimusulmana, hacia tiempo que la tentación de atacar a los bizantinos, de conquistar Constantinopla, se dejaba sentir en Occidente: ¿acaso los bizantinos no eran cismáticos? Antes de reconquistar el sepulcro de Cristo ¿no había que empezar haciéndolos volver a la confesión romana? La aversión entre bizantinos y "francos" había crecido precisamente por su contacto durante las cruzadas. En enero de 1097, cuando el paso de la Primera Cruzada, los soldados de Godofredo de Bouillon tuvieron serias escaramuzas bajo los muros de Constantinopla con los del emperador Alejo Comneno. En octubre de 1107, el príncipe de Antioquía, Bohemundo I, furioso por la oposición que halló en Siria de parte de los bizantinos, sitió Duazzo, el principal puerto griego del Adriático. En

1147, el rey normando de Sicilia, Roger II, envió un cuerpo de desembarco a saquear Eubea, Tebas y Corinto. En 1185, otro rey de Sicilia, Guillermo II, envió contra el imperio bizantino un ejército más considerable que, desembarcado en Durazzo, marchó sobre Tesalónica (Salónica), de la que se apoderó (agosto de 1185); los normandos avanzaban hacia Constantinopla, donde Guillermo II pensaba ceñir la corona del basiléus como fundador de un imperio latino de Oriente (ya se ve que la idea estaba "en el aire"), cuando el ejército normando fue derrotado por los bizantinos en Demetiza (7 de setiembre de 1185) y arrojado al mar. Por otra parte, el emperador germánico Conrado III, en el curso de la Segunda Cruzada (1147), y el emperador Federico Barbarroja en el curso de la Tercera (1189-1190) estuvieron a punto de llevar el asalto a Constantinopla.

El emperador Enrique VI (1190-1197), sucesor de Federico Barbarroja, sucesor también de los reyes normandos de Sicilia, heredó esos diferentes proyectos, y estaba a punto de emprender la conquista del imperio bizantino cuando murió prematuramente (setiembre de 1197), pero la idea de la conquista de Constantinopla seguía su camino, y su hermano, Felipe de Suabia, que le sucedió parcialmente en Alemania (1197-1208), seguía siendo partidario de ella. En realidad, Felipe parece haber sido uno de los inspiradores de la desviación de la Cuarta Cruzada.

CUARTA CRUZADA

La Cuarta Cruzada se decidió por iniciativa del gran papa Inocencio III con miras a la liberación de Jerusalén, perdida por los cristianos en 1187 y desde entonces en poder de los musulmanes (véase p. 57). Predicada en Francia por Fulque de Neuilly,

listó gran número de señores de la Isla de Francia de Champaña, entre otros el conde Luis de Blois Godofredo de Villehardouin, futuro historiador de la conquista (1199). Tomaron igualmente la cruz el conde Balduino IX de Flandes y su hermano Enrique de Angre o Enrique de Hainaut (1200). Se decidió que los cruzados atacarían al Islam en Egipto, a donde los transportarían los venecianos. Como el conde Thibaut III de Champafia, designado jefe de la expedición, murió en esos momentos (mayo de 1201), los cruzados lo remplazaron por un señor lombardo, el marqués Bonifacio de Montferrato.

Cuando los cruzados estuvieron reunidos en Venecia (otoño de 1202), fueron incapaces de juntar la suma prometida a los venecianos como precio de la travesía. El señorío de Venecia les propuso que permanaran para él, al rey de Hungría, la ciudad de Zara, en Dalmacia. A pesar de las protestas de Inocencio III, los cruzados fueron a tomar la plaza (13-24 de noviembre de 1202).

Esta no era sino una primera "desviación de la cruzada". En Constantinopla, el emperador Isaac II Angel (1195) acababa de ser destronado y cegado por su hermano Alejo III. El hijo de Isaac, Alejo el Joven, llegó ante Zara para solicitar a los cruzados que restauraran a su padre. Prometía sumas considerables, sin hablar de la adhesión de la Iglesia griega al Papado. Bajo la influencia de los venecianos el dux Enriqu Dandolo había tomado la cruz, los cruzados aceptaron. Desembarcaron frente a Constantinopla, emprendieron el asedio (11 de julio de 1203). El 13 de julio, los habitantes mismos destronaron a Alejo III y restablecieron al cliente de los cruzados, Isaac II, con su hijo Alejo el Joven.

Los cruzados exigieron en seguida a Isaac y a su hijo la entrega de las cantidades prometidas, pero el pueblo de Constantinopla, exasperado por esas exi-

gencias, derribó a los dos emperadores francófilos y los sustituyó con el jefe del partido antifranco, Murzuflo (28-29 de enero de 1204). Los cruzados debieron emprender un nuevo asedio. El ataque comenzó el 9 de abril. El 12 tomaron la muralla al asalto, mientras Murzuflo se escapaba. A la ocupación de Constantinopla siguieron destrucciones irreparables. En ese santuario de la cultura grecorromana se entregaron a un saqueo horroroso.

Los jefes cruzados procedieron luego a la elección de un emperador. El conde de Flandes, Balduino IX, fue elegido de preferencia a Bonifacio de Montferrato (9 de mayo de 1204). Fue consagrado en Santa Sofía el 16 de mayo. El dominio imperial que se reservó comprendió Tracia y los territorios por conquistar en Asia Menor. Bonifacio obtuvo como compensación el "reino de Tesalónica", es decir Macedonia.

REINADO DEL EMPERADOR BALDUINO I

Balduino IX de Flandes, convertido en el emperador Balduino I, comenzó su reinado querellándose con el rey de Tesalónica, Bonifacio de Montferrato. Llegaban a la guerra abierta, cuando el dux y Villehardouin consiguieron reconciliarlos.

Mientras Balduino acababa la conquista de Tracia, Bonifacio terminó la de Macedonia. De ahí, Bonifacio pasó a Grecia. Expulsó a los señores bizantinos de Tesalia, forzó las Termópilas y tomó posesión de Atenas, pero no consiguió que capitularan las ciudades de Corinto, Argos y Nauplia, que siguieron en manos de los griegos. Antes de volver a Macedonia, distribuyó el país en feudos. El cruzado parmesano Guido Pallavicini recibió Bodonitz, en las Termópilas, y el cruzado del Franco Condado Otón de La Roche, Atenas y Tebas (1205).

Mientras tanto, el emperador Balduino I manda-

a ocupar en Asia Menor las costas de Bitinia, de Misia y de la Tróyade. Por ese lado, los griegos se habían recobrado bajo el mando de Teodoro Láscaris, instalado en Nicea y en Brusa, y que cerraba a los latinos el camino al interior. En noviembre-diciembre de 1204, los latinos arrebataron Nicomedia a Láscaris y lo derrotaron en Poimanenon, y luego en Adramita (19 de marzo de 1205).

La situación del imperio franco era, pues, favorable, cuando chocó con los búlgaros en la persona del valacobúlgaro Johannitza. Este semibárbaro pensó por un momento acercarse al mundo latino. Incluso se hizo coronar por un legado de Inocencio II (8 de noviembre de 1204), pero Balduino no suyo atraérselo y se enemistó con él. El 14 de abril de 205, los búlgaros infligieron a los franceses completa derrota frente a Andrinópolis. Balduino, hecho prisionero, murió en cautiverio.

REINADO DE ENRIQUE DE HAINAUT

El desastre de Andrinópolis estuvo a punto de provocar la caída inmediata del imperio latino. Los búlgaros, recibidos como libertadores por la población griega, se hicieron dueños de casi toda Tracia, con excepción de Constantinopla.

En esas circunstancias trágicas, el hermano de Balduino, Enrique de Hainaut, fue nombrado rey, y luego (1206) emperador. Valeroso, energético, inteligente, salvó la situación. La barbarie de los búlgaros asustaba ahora a los griegos de Tracia. Enrique lo aprovechó para que éstos se le adherieran, y así recobró Andrinópolis (junio de 1206). Finalmente, expulsó a los búlgaros y los persiguió hasta Bulgaria. En 1207 se concretó una temible coalición entre el zar Johannitza y del "despota" griego de Nicea, Teodoro Láscaris. El primero fue a bloquear Andrinópolis y el segundo Nicomedia. El incansable En-

rique los rechazó. En Asia Menor, Láscaris hizo la paz (1207). Pero en Europa, los búlgaros mataron al rey de Tesalónica, Conrado de Montferrato (4 de setiembre de 1207). Por último, Enrique infligió a los búlgaros, en Filipópolis una derrota que puso fin a sus invasiones (1º de agosto de 1208).

Después, Enrique se ocupó de asegurar el orden en el reino de Tesalónica, donde Bonifacio de Montferrato solo había dejado un hijo de 12 años, Demetrio, y donde el regente, el barón lombardo Oberto de Blandrato, quiso oponerse a la llegada del emperador. Enrique entró a la fuerza en Tesalónica, donde destituyó a Blandrato (2 de enero de 1209), y luego marchó a que reconocieran su soberanía los barones franceses de Grecia. En Ravennika, cerca de Lamia (Zeitún), en la Ftiótide, celebró un "parlamento" donde recibió principalmente el homenaje de Otón de la Roche, señor de Atenas, y de Godofredo de Villehardouin, baile de Morea (mayo de 1209). Despues de esta correría, Enrique volvió a la guerra, en Asia, contra el "déspota" griego de Nicea, Teodoro Láscaris, al que derrotó en Lopadión, cerca de Lupercos (Rindaco), en Misia (15 de octubre de 1211). Láscaris debió renunciar a las costas de Bitinia, de Misia y de Tróyade.

Enrique Hainaut fue tan sabio administrador como valeroso capitán. La principal dificultad para el nuevo imperio provenía de la oposición del clero griego a la jerarquía eclesiástica romana. Los legados pontificios, principalmente el intolerante cardenal Pelayo, pretendían conseguir la adhesión del clero griego mediante la violencia, contrariamente, por lo demás, a las instrucciones mucho más humanas de Inocencio III. Enrique no vaciló en tomar al clero griego bajo su protección mandando que se reabrieran los conventos ortodoxos y poniendo en libertad a los sacerdotes griegos encarcelados.

Después de la muerte de Enrique de Hainaut (11 de junio de 1216), el imperio latino no hizo más que declinar, mientras que en Epiro por un lado y en Nicea por otro, el helenismo conseguía un rápido establecimiento. El cuñado de Enrique, Pedro de Courtenay, llamado a sucederle, fue capturado por los griegos de Epiro al cruzar Albania para llegar a Constantinopla y murió en la prisión (1218). El hijo de Pedro, el emperador Roberto de Courtenay, ave María indolente, cuando se hubiera necesitado un nuevo Enrique de Hainaut, solo presidió desastres (1221-1228). En 1222, el "déspota" griego de Epiro, Teodoro Ángel, tomó a los latinos Tesalónica —fue el fin del reino cruzado de ese nombre— y toda Macedonia. El propio Roberto perdió Andrinópolis, tomado por los griegos de Nicea (1224), luego ocupada por los de Epiro (1225). Por último, perdió la casi totalidad de la franja litoral otrora ocupada por los cruzados en Bitinia, en la Misia y en la Tróyade. El imperio latino quedó así prácticamente reducido a las afueras de Constantinopla.

Un hombre fuerte hubiera sido indispensable. La ley de sucesión llamó al trono al hermano de Roberto, Balduíno II, niño de 11 años (1228-1261). A este niño se le dio como regente y colega al antiguo rey de Jerusalén, Juan de Brienne, un octogenario (1231). Es cierto que, cuando los griegos de Nicea aliados con los búlgaros sitiaron Constantinopla, Juan de Brienne, a pesar de su edad, desplegó tanta valentía que hizo retroceder al enemigo (1235-1236). Pero después de la muerte del anciano cruzado (1237), la continuación del reinado de Balduino II fue lamentable. El 25 de julio de 1261, los soldados del emperador de Nicea, Miguel Paleólogo, pusieron fin a esa supervivencia apoderándose por sorpresa de Constantinopla.

En realidad, el imperio latino, que solo debió su

brillo al hombre verdaderamente superior que era Enrique de Hainaut, estaba condenado desde su origen. El puñado de barones y caballeros que de la noche a la mañana se superponían a la sociedad bizantina no tenía ni los efectivos ni la superioridad cultural necesaria para imponerse. Por lo demás, la desviación de la Cuarta Cruzada —acto de bandolerismo internacional anatematizado desde el principio por Inocencio III— fue una desgracia europea. Los vencedores de 1204 quebraron la unidad bizantina sin remplazarla por algo viable. Ni siquiera la restauración griega de 1261 podrá reparar esos perjuicios. Estará lejos de poder devolver al viejo imperio todos sus territorios de 1203, de modo que en esa "Romania" irremediablemente parcelada (hoy diríamos "balcanizada") por el golpe de fuerza de 1204, la presión turca se ejercerá impunemente y la Cuarta Cruzada habrá preparado de esa manera, a largo plazo, pero seguramente, la conquista otomana.

EL IMPERIO LATINO Y LA HEGEMONÍA VENECIANA

La fundación del imperio latino interesa sobre todo a la historia económica, como manifestación del imperialismo veneciano. Después de la toma de Constantinopla en 1204, los venecianos se jactaron de llegar a ser "señores de un cuarto y la mitad" del imperio latino. En realidad, fueron los verdaderos beneficiarios de esa creación. Mientras duró (1204-1261) —e independientemente de las posesiones territoriales que adquirieron entonces en los mares griegos (p. 118) — ejercieron en Constantinopla y en los estrechos una hegemonía naval y comercial indiscutible. El podestá veneciano de Constantinopla, especie de cónsul general para toda la "Romania", era en la práctica el segundo personaje del imperio. Durante todo ese período el mercado veneciano se aseguró una superioridad decisiva sobre sus

competidores, pues los venecianos se beneficiaban con la franquicia aduanera, mientras que genoveses y pisanos seguían pagando derechos de entrada muy onerosos. Por eso Génova, cansada de esa subordinación, acabó por aliarse contra Venecia y contra el imperio latino con el emperador griego de Nicea, Miguel Paleólogo (tratado de Nínfeo, 13 de marzo de 1261). La toma de Constantinopla por los soldados de Miguel Paleólogo, el 25 de julio siguiente, trastocó la situación en provecho de los genoveses. De 1261 a 1453, éstos habían de beneficiarse, en el imperio bizantino restaurado, con la primacía comercial de que los venecianos gozaron en el imperio latino.

En cuanto a las posesiones que Venecia había obtenido después de 1204 en los mares griegos, volvemos más adelante (véase p. 113). Aquí mencionaremos solo el gran ducado de Lemnos, concedido a la familia veneciana de los Navigaiosi, que vigiló los estrechos para el señorío de San Marcos hasta la reconquista de la isla por los bizantinos, en 1276.

CAPÍTULO VII

EL PRINCIPADO FRANCÉS DE MOREA Y EL DUCADO DE ATENAS

GUILLERMO DE CHAMPLITTE
Y GODOFREDO I DE VILLEHARDOUIN

Después de la fundación del imperio latino, dos barones de Champaña, Guillermo de Champlitte y Godofredo de Villehardouin (considerándose el segundo solo como lugarteniente del primero), emprendieron la tarea de arrebatar a los griegos el Peloponeso, la Morea, como decían los franceses (1206). Con un centenar de caballeros ocuparon la Acaya (toma de Patras), la Élide (toma de Andravida transformada en "Andreville", y de Pontocastro convertido en "Beauvoir") y la Mesenia (toma de Calamata y de Arcadia) con excepción de los dos puertos mesenios de Modon y Coron, que debieron dejar a los venecianos. Así fue fundado el principado de Morea o de Acaya del que Guillermo de Champlitte fue el primer titular (1205-1209).

Como Guillermo de Champlitte volvió a Francia (mayo de 1209), su compañero, Godofredo de Villehardouin —Godofredo I— lo remplazó como baile, es decir, como regente (1209-1210), y luego le sucedió como príncipe (1210-1218).

Godofredo I continuó la obra de Champlitte tomandoles a los griegos la Laconia y los cantones cer-

anos de la Arcadia (toma de Lacedemona) convertida en "la Cremonia", en 1210, y luego las ciudades de Corinto (igualmente en 1210), Nauplia y Argos (1212). Los griegos ya no conservaron en el Peloponeso (hasta 1248) más que el puerto de Malmavia (Malvasía). Al mismo tiempo Godofredo organizó el país. En 1209 reunió en Andravida ("Andreville"), en la Élide, ciudad que desempeñaba el papel de capital del principado, un "parlamento" en que se estableció la lista de los feudos de la Morea, feudos teóricamente fijados en doce, según la tradición de la gesta carolingia. Cada uno de esos feudos había sido entregado a una casa francesa. El centro del principado era la Élide, país cuyos hermosos prados convenían a la caballería conquistadora. Agreguemos que Godofredo I supo, por medio de una política hábilmente moderada, obtener la adhesión del elemento griego local. Una parte de las tierras fue dejada a los griegos. Los grandes propietarios, los *arcontes*, entraron en la jerarquía feudal. Los monasterios ortodoxos fueron generalmente respetados.

GODOFREDO II Y GUILLERMO DE VILLEHARDOUIN

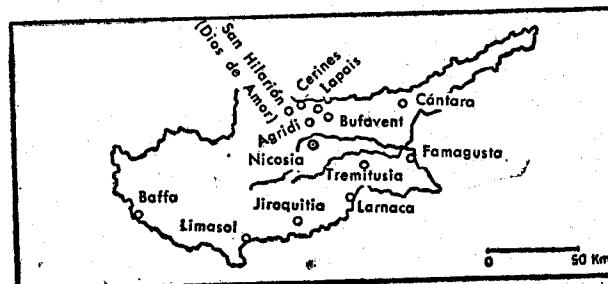
A Godofredo I sucedió su hijo mayor, Godofredo II, príncipe de Morea de 1218 a 1245. Godofredo II construyó en la Élide la fortaleza costera de "Clairmont", cuya posición dominaba el mar Jónico. En 1236 socorrió brillantemente al emperador latino de Constantinopla, Balduino II, sitiado por los griegos y los búlgaros. Reforzó en su territorio la colonización francesa atrayendo a Morea numerosos campesinos de la Champaña, borgoñones o del Franco Condado. Tuvo como sucesor a su hermano Guillermo de Villehardouin (1245-1278).

Guillermo terminó la obra de sus predecesores

tomando a los griegos su última plaza en el Peloponésico, el puerto de Monemvasia (1248). Para tener a raya a los montañeses griegos o eslavos de la Laconia, erigió las fortalezas de Mistra (1249), del Gran Magno (1250) y de Beaufort (Leucitrón) (1251). En el exterior se unió a Luis IX en la cruzada contra Egipto (1249). Guerreó también en Eubea ("Negroponto") contra los señores o *terceros* italianos de la isla y contra sus protectores venecianos (1256-1258). En fin, tuvo que desbaratar una coalición de los barones de la Hélade central, a saber, Guy I de la Roche, señor de Atenas y de Tebas, Tomás de Strogononcourt, señor de Salona (Anfisa), y Ubertino Pallavicini, marqués de Bodonitz (Termópilas). Los batió en el monte Caridi (1258) y los obligó a reconocer su soberanía.

Guillermo de Villehardouin estaba en el apogeo de su poderío. Toda la Grecia franco italiana lo reconocía como soberano, cuando, para ayudar al suegro, el déspota griego de Epiro, fue a pelear a la Alta Macedonia contra otros griegos, los del emperador Miguel Paleólogo. En el curso de esa campaña fue vencido y hecho prisionero en Castoria, Pelagonia (octubre de 1259). Miguel Paleólogo no lo puso en libertad sino contra cesión de las cuatro fortalezas de la Laconia: Monemvasia, Geraqui, Mistra y el Gran Magno (tratado de Constantinopla de 1262). No solo era el retorno de los bizantinos al Peloponésico, sino que además Villehardouin entregaba de ese modo "las llaves de su casa".

Guillermo jamás pudo volver a tomar a los bizantinos las fortalezas cedidas. Para obtener apoyo exterior se reconoció vasallo del rey de Sicilia Carlos de Anjou (1267) y dio por novia a su hija y heredera Isabel al hijo de ese rey. Desde ese día el principado de Morea no sería más que una dependencia del reino italo-anjevino



Mapa 3. — La Grecia francesa y el reino de Chipre.

El señorío francés de Atenas y de Tebas fue fundado, ya lo hemos visto, por el cruzado del Franco Condado Otón de la Roche (1205-1225). El sucesor de Otón, su sobrino Guy I (1225-1263), hizo frente, también lo hemos visto, al príncipe de Morea, Guillermo de Villehardouin, pero, vencido en Caridi (1258), debió reconocerse vasallo del príncipe. A partir de 1260, Guy I tomó el título de duque. Tuvo como sucesores a sus dos hijos, Juan (1263-1280) y Guillermo de la Roche (1280-1287), y luego a Guy II (1287-1308), hijo de Guillermo. El prestigio de estos tres últimos duques de Atenas fue considerable. Ejercieron, principalmente en razón de sus lazos de parentesco (pues todos estos franceses se casaban gustosamente con princesas griegas), un verdadero protectorado sobre el estado déspota griego de Gran Valaquia, es decir, de Tesalia. Su corte, como la de Morea, era un activo centro de cultura francesa. Guy II, entre otros, es celebrado por los cronistas como un héroe de novela de caballería, apasionado de justas y torneos.

Guy II tuvo como sucesor a su primo Gautier V de Brienne (1308-1311). Gautier cometió la imprudencia de atraer a su dominio a la famosa "gran compañía" catalana que acababa de guerrear en Asia Menor por cuenta de los bizantinos, luego en Tracia y en Macedonia contra esos mismos bizantinos. Como luego se enemistó con esos bandoleros, quiso expulsarlos, pero fue vencido y muerto por ellos a orillas del lago Copais, en Beòcia (15 de marzo de 1311). Casi toda la caballería francesa del país perdió en el desastre. El ducado de Atenas y de Tebas cayó así de un solo golpe en poder de los catalanes, que organizaron una especie de república militar bajo la soberanía nominal de los reyes aragoneses de Sicilia. Se mantuvieron en el país de 1311 a 1387.

En el principado de Morea, como en Chipre, la corona era "anterior al feudalismo", puesto que fue el príncipe quien repartió los doce grandes feudos. Sin embargo, el príncipe, a su advenimiento, debía, como los reyes de Jerusalén o de Chipre, jurar ante los ligios reunidos en Alta Corte que respetaría sus franquicias y "usos". No podía condenar a un ligio, perder una porción de territorio, etc., sin el asentimiento de la Alta Corte. En cambio, los ligios le demandan servicio militar y fidelidad, a falta de lo cual denía el derecho de condenarlos en la Alta Corte (como Guillermo de Villehardouin lo hizo con Godofredo de Bruyères, señor de Caritena, y aun con el señor de Atenas, Guy I de la Roche). El libro de "costumbres" que regía sobre esos diversos puntos el principado está representado por los *Assises de Romanie* cuyo texto, en su forma actual, fue codificado hacia 1320.

La actitud de los príncipes franceses de Morea frente a la población griega fue en general bastante liberal. Hemos visto que la mayoría de los *arcontes* o señores griegos conservaron una parte de sus latifundios. Ese feudalismo indígena tuvo sus derechos reconocidos por los *Assises*, al lado de los señores feudales franceses. Por lo demás, las uniones entre conquistadores e indígenas fueron bastante frecuentes. A los mestizos de padres franceses y madres griegas se los conocía con el nombre de *gasmulos*.

La civilización francesa del siglo XIII tuvo mucho brillo tanto en la Morea de los Villehardouin como en el Ática de los La Roche. "Los príncipes de Morea, dice el cronista Muntaner, tomaban mujer en las mejores casas de Francia, y lo mismo ocurría con los barones y caballeros. Decíase que la más noble caballería de Francia era la caballería de Morea. Se hablaba tan buen francés como en París." Hay que

leer en la *Chronique de Morée* el relato de las recepciones y torneos en el "parlamento" de Corinto de 1204. El ideal de cortesía caballeresca de esa sociedad se encarna, en el reinado de Guillermo de Villehardouin (1245-1278), en la persona de Godofredo de Bruyères, señor de Caritena, magnífico paladín y soldado sin miedo, aun cuando ligero de cascos, capaz de muchas locuras; en realidad será "el señor de Caritena" quien en 1259 conducirá toda esa caballería al Crécy y al Azincourt de Castoria.

A la literatura francesa pertenece la *Histoire de la conquête de Constantinople* por el mariscal de Romania Godofredo de Villehardouin, tío y homónimo del segundo príncipe de Morea; esa historia fue escrita por el célebre cruzado en su feudo de Tracia entre 1212 y 1218. Y también la *Chronique de Morée*, escrita en francés entre 1341 y 1346, según una crónica italiana anterior.

En el dominio de la arquitectura mencionemos como ejemplo de lo "gótico moreota" la iglesia del Hipapandi y la abadía cisterciense de Dafni, ambas en el Ática.

Por brillante que fuera esa sociedad, la población francesa, tanto en el principado de Morea como en el ducado de Atenas, se limitó siempre a una inmigración de barones y caballeros. Gravemente golpeada en Morea por el desastre de Castoria (1259), sangrada en el ducado de Atenas por el desastre del lago Copais (1311), no tuvo ya fuerza para impedir la hispanización en el Ática, la italianización en el Peloponeso.

CAPÍTULO VIII

GRECIA EN LA ÉPOCA ITALIANA

LA MOREA BAJO LA HEGEMONÍA ANGEVINA

Hemos visto (p. 107) que el príncipe de Morea Guillermo de Villehardouin había rendido homenaje al rey de Sicilia Carlos de Anjou (1267) y casado su hija y heredera Isabel con uno de los hijos de ese rey. Este homenaje hacia del principado franco un simple satélite de la casa angevina de Nápoles.

Después de la muerte de su padre, Isabel fue, pues, princesa de Morea bajo la soberanía de la corte de Nápoles (1278-1307). Una vez viuda, volvió a casarse con Florencio de Hainaut, a quien asoció al trono (1289-1397), y luego con Felipe de Saboya, a quien también asoció (1301-1307). En 1307 la corte de Nápoles le retiró el principado, pero lo confió poco después a su hija Matilde de Hainaut (1313-1318). En 1318 la casa de Nápoles volvió a tomar la administración de la Morea, tratada cada vez más por ella como una simple colonia. Después de una última princesa residente al menos en parte, Catalina de Valois (1333-1346), la Morea solo fue administrada por efímeros bailes italianos enviados de Nápoles. El principado, hasta entonces puramente francés, se italianizó cada vez más, al mismo tiempo que el poder central desaparecía y el país, tierra abandonada, se hundía en la anarquía. Finalmente,

Morea cayó en poder de una "gran compañía" de soldados-bandoleros, la compañía navarra (1382-1402), y luego pasó a manos de un aventurero italiano, el genovés Centurione Zaccaria (1404-1428). Pero los bizantinos, reinstalados desde 1262 en Laconia (centro en Mistra), aprovecharon esa decadencia para tomar a los latinos toda la parte oriental del Peloponeso, rechazándolos a Acaya, Élide y Mesenia. Entre 1417 y 1430 acabaron por reconquistar esas tres provincias quitándoselas a Centurione Zaccaria y a los demás señores italianos locales. En 1430 casi todo el Peloponeso, con excepción de los puertos venecianos como Modon y Coron, era nuevamente griego. Restauración helénica por lo demás muy efímera: en 1460 los turcos se apoderarán del país.

LOS DUQUES FLORENTINOS EN ATENAS

Mientras el antiguo principado francés de Morea se convertía en dependencia del reino de Nápoles, el antiguo ducado francés de Atenas y de Tebas caía, como lo hemos visto (p. 108), en poder de la Gran Compañía Catalana (1311-1387) y luego pasaba a la casa florentina de los Acciaiuoli.

Los Acciaiuoli era una familia de banqueros florentinos al servicio de la corte de Nápoles, que les dio tierras en Morea, principalmente (1358) el señorío de Corinto. Uno de ellos, el hábil Nerio I, quitó a los últimos catalanes el ducado de Atenas y de Tebas (1387). "Su buena estrella lo llevó de Florencia al Acrocorinto y del Acrocorinto a la Acrópolis." Después de la fluctuación que siguió a su muerte (1394), su bastardo, el energético Antonio I, no tardó en llegar a ser duque de Atenas y de Tebas (1402-1435).

Nerio y Antonio Acciaiuoli, esos florentinos del *trecento* o del *quattrocento* llamados a reinar en el Ática, nos recuerdan a los Médicis. Bajo su hábil

gobierno, Atenas se convirtió en otra Florencia. Fueron verdaderos príncipes del Renacimiento, protectores de artistas y de poetas, grandes filohelenistas o mejor dicho, por toda su cultura, ya medio griegos. El duque Antonio, principalmente, había establecido su residencia en los Propíleos: poseía una villa cerca de la fuente de Calirroe; se rodeó de humanistas como los Calcóndilas. Pero también llegaron los turcos ahí: en 1458 arrebataron Atenas al último Acciaiuoli.

COLONIAS VENECIANAS Y GENOVESAS

En el reparto del imperio bizantino entre los cruzados de 1204, la isla de Eubea, entonces Negroporto, les tocó en suerte a unos señores de origen veronés, los Cáceri, que se la repartieron en tercio, de donde su título de "terceros" (1205). A partir de 1209 se colocaron bajo el protectorado de Venecia, que durante los años 1276-1296 ayudó a los terceros a defenderse de las tentativas de reconquista bizantina. Venecia quedó como soberana de la isla hasta la conquista turca (toma de Negroporto, la antigua Calcis, por los turcos a los venezianos, el 12 de julio de 1470).

Siempre después de 1204, las islas del archipiélago habían pertenecido a los venecianos, pero éstos no tomaron posesión directamente en nombre del señorío de San Marcos. Las distribuyeron a título de principados autónomos entre sus familias patricias, los Sanudi, los Ghisi, etc. Los Sanudi recibieron la isla principal, Naxos, con el título ducal, los Ghisi recibieron Tinos y Níconos; un Dandolo obtuvo Andros; los Barozzi, Santorin, etc. El "ducado de Naxos" así fundado perteneció a la familia Sanudo de 1207 a 1383, y luego a la familia Crispo de 1383 a 1566. El protectorado de la República de Venecia, primero bastante flojo en el siglo XIII, se hizo luego

cada vez más efectivo a medida que se acentuaba la amenaza turca. En 1566, a pesar de los esfuerzos de Venecia, los otomanos conquistaron Naxos.

A diferencia de las islas del archipiélago, Creta, ocupada por los venecianos en 1206, fue desde el principio directamente administrada por el señorío de San Marcos. Los turcos no habían de quitársela a los venecianos hasta 1669.

La Cuarta Cruzada había beneficiado a los venecianos, cuyo imperio colonial se fundaba en los mares griegos. Por el contrario, como hemos visto, la restauración del imperio bizantino en 1261 benefició a los genoveses, aliados de los griegos (véase p. 103). En 1267, el emperador bizantino Miguel Paleólogo entregó a la colonia genovesa de Constantinopla el barrio de Pera-Galata, donde pronto se organizó en verdadera comuna autónoma. En la decadencia del imperio bizantino bajo los últimos Paleólogo, esa colonia genovesa de Pera, tan turbulenta frente a los bizantinos como indócil hacia la madre patria, acabó por monopolizar casi todo el comercio de Constantinopla desde el siglo XIV.

Los genoveses también se hicieron entregar por los bizantinos la ciudad de Focea en la costa Jónica, importante por sus minas de alumbre (1275), y la isla de Quíos, no menos útil por sus plantaciones de lentisco, cuya resina proveía de almáciga (1304). Transitoriamente despojados de Quíos por los bizantinos (1329), los genoveses recobraron la isla en 1346. En fin, los bizantinos dieron Lesbos a la familia genovesa de los Gattilusi, que la poseyó de 1355 a 1462.

A mediados del siglo XIV, la República de Génova concedió Quíos y Focea a una compañía bancaria, *Mahona*, que explotó ambas colonias hasta la conquista turca (1455 en Focea, 1566 en Quíos).

Entre 1266 y 1289, los genoveses obtuvieron de los janes mongoles de Rusia Meridional un estableci-

miento comercial en Caifa, Crimea, cerca de la actual Teodosia. De ahí exportaban las pieles del norte, los trigos de Ucrania, el pescado salado del mar de Azov, las sedas y las especias de Asia oriental, y hasta los esclavos kipchak. En el siglo XIV establecieron otras factorías en Crimea, principalmente en Soldaia (Sudak), y hasta en la costa del Cubán. A pesar de las desaveniencias pasajeras con los janes tártaros (1308, 1344-1346), esas colonias genovesas de Crimea, fiscalizadas por una comisión especial desde Génova, (*Officium Gazariae*), subsistieron hasta 1475, fecha de la toma de Caifa por los otomanos.

LOS CABALLEROS DE RODAS

Después de la pérdida definitiva de Tierra Santa (1291), la orden militar de los Hospitalarios (caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén) se había retirado a Chipre. En 1307-1308, bajo el magisterio de F. de Villaret, los Hospitalarios recobraron una base territorial tomando a los bizantinos la isla de Rodas (toma de la fortaleza de Rodas, 15 de agosto de 1308). Luego, al transferir su sede a la isla, llevaron a cabo, contra los turcos, la policía de los mares del Levante. Mandados por su gran maestre Helion de Villeneuve, concurrieron con los venecianos, los genoveses y los chipriotas, a la conquista de Esmirna, contra los turcos (28 de octubre de 1344). Conservaron la guardia de Esmirna hasta la invasión de Tamerlán, que les quitó la ciudad (diciembre de 1402).

Rodas tuvo que sufrir en varias oportunidades los ataques de los musulmanes. Al mando del gran maestre Juan de Lastic, los caballeros rechazaron tres tentativas de los mamelucos de Egipto (1440, 1442, 1444). Durante el magisterio de Santiago de Milly, la escuadra enviada por el sultán otomano Mohamed II fracasó igualmente (1455). Nuevo ataque en

1480, del mismo modo rechazado por el gran maestre Pedro de Aubusson. Por último, en 1522, el sultán Solimán el Magnífico consiguió, después de cinco meses de asedio, la rendición de Rodas (22 de diciembre de 1522). Pero la resistencia del gran maestre Villers de l'Isle-Adam fue tan hermosa, que el sultán le permitió que abandonara Rodas con los honores de la guerra.

Por segunda vez los Hospitalarios eran arrojados al mar; fue entonces cuando Carlos V les dio Malta, donde empezarían una nueva carrera (1530-1798). Ciento es que los turcos fueron a acosarlos, pero todos los ataques otomanos y berberiscos se quebraron ante el heroísmo del gran maestre Juan de La Valette (19 de mayo-12 de setiembre de 1565). Esta fue, en vísperas de los Tiempos Modernos, la última página de la historia de las Cruzadas.

CAPÍTULO IX

LAS TRASCRUZADAS

LA CRUZADA DE NICÓPOLIS

Resignándose al fracaso de las cruzadas, la Cristiandad renunciaba a toda colonización en Asia musulmana (1291). Menos de un siglo después era el Asia musulmana la que invadía la Cristiandad atacándola en el punto más vulnerable, por el imperio bizantino (1362).

Desde 1261, el helenismo bizantino estaba de nuevo encargado de la defensa de los Estrechos, llave de Europa. Pero la extraña "cruzada" de 1204, al "balcanizar" la *Romania*, como hemos visto, había debilitado irremediablemente al viejo imperio. El helenismo, restaurado en Constantinopla por los Paleólogo (1261-1453), pero prácticamente reducido a Tracia, Macedonia y la franja occidental de Anatolia, no pudo defender mucho tiempo ese restringido dominio. Los turcos otomanos, instalados desde el comienzo del siglo XIV en los confines frigobitiniós, le tomaron la Bitinia con Brusa (1326) y Nicea (1331), luego cruzaron los Dardanelos y bajo el sultán Murad I, ocuparon la mayor parte de Tracia, inclusive Andrinópolis (1362). Constantinopla estaba rodeada. Ante el peligro, el papa Urbano V intentó predicar la cruzada. El único príncipe que respondió a su llamamiento fue el conde de Saboya,

LAS CRUZADAS HÚNGARAS: JUAN HUNYADI

Amadeo VI, cuya expedición se limitó a la toma, muy temporalia, de Galípoli, en los Dardanelos (agosto de 1366). Y el 20 de junio de 1389 los turcos aplastaron al ejército servio en Kosovo, victoria que les aseguró el dominio de los Balcanes.

La conquista otomana alcanzaba el Danubio. Directamente amenazado, el rey de Hungría, Segismundo, solicitó una nueva cruzada. Esta fue la "Cruzada de Nicópolis", el último gran esfuerzo de Occidente para salvar a los Estados balcánicos. La mayoría de los cruzados venía de Francia o del Santo Imperio. Entre ellos anotemos a Juan sin Miedo, heredero del ducado de Borgoña, al mariscal Boucicaut, al almirante Juan de Vienne y, naturalmente, al rey de Hungría. Los cruzados encontraron al sultán Bayaceto (Baiazid) en la orilla búlgara del Danubio, frente a Nicópolis, el 12 de setiembre de 1306. La indolente nobleza franco-borgoñona no sospechaba en qué máquina de guerra precisa y bien disciplinada se había convertido el ejército otomano. Iba a la cruzada como a una diversión: ¡el clima espiritual de Crécy y de Azincourt! Se arrojó sobre los jenízaros sin dar tiempo a los húngaros para que se les unieran. Su loca bravura no pudo impedir el desastre. Salvo algunos príncipes que fueron rescatados, toda la cruzada francesa, incluso prisioneros, fue exterminada.

La magnitud de la derrota acabó por quitar a Occidente toda veleidad de cruzada, y no serían los 400 hombres que la corte de Carlos VI envió entonces en socorro de Constantinopla, mandados por Boucicaut, quienes podrían salvar a la ciudad (1399). El "imperio" bizantino parecía perdido cuando una diversión inesperada lo salvó: la intervención del conquistador transoxianés Tamerlán, quien, el 20 de julio de 1402, venció y tomó prisionero en Angora al terrible Bayaceto.

La batalla de Angora, al paralizar por un tiempo a la fuerza turca, aseguró a Bizancio un plazo de medio siglo. Pero este eclipse del poderío otomano no fue aprovechado por los interesados. Cuando el despertar turco fue evidente, el emperador bizantino Juan VIII marchó en vano a Italia para solicitar al Papa el envío de nuevas cruzadas (1438-1439). Únicamente los húngaros, conducidos por el valeroso Juan Hunyadi, respondieron a su llamado. Juan Hunyadi obligó a los turcos a levantar el sitio de Belgrado (1440), luego los derrotó en Nish y les tomó Sofía. El sultán Murad II, desalentado, estaba a punto de renunciar a las provincias danubianas y a Bulgaria, cuando la dieta de Hungría, por acción de los legados pontificios, rechazó sus ofrecimientos. La guerra recomenzó, pues, pero esta vez Murad II destruyó el ejército húngaro en Varna, Bulgaria (10 de noviembre de 1444). La escuadra de los venecianos y del papa Eugenio IV, que debía distraer al enemigo, no pudo maniobrar a tiempo. Juan Hunyadi intentó una vez más librarse a los Balcanes, pero fue nuevamente derrotado por los turcos en Kosovo, Serbia, en parte por culpa de los mismos balcánicos (17-19 de octubre de 1448).

DE LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA A LA BATALLA DE LEPANTO

Después del fracaso de la cruzada húngara, Constantinopla estaba condenada. En abril de 1453 el sultán Muhammad II comenzó el bloqueo de la ciudad, defendida por el último Paleólogo, el heroico emperador Constantino Dragasés. Occidente pareció desinteresarse de la suerte de los sitiados. Solo participaron en la defensa débiles contingentes de voluntarios latinos, en su mayoría venecianos o

genoveses (el baile veneciano Girolamo Minotto, el corsario genovés Giovanni Giustiniani), pero la escuadra véneto-pontificia enviada desde Italia llegó demasiado tarde y esta vez los húngaros no se movieron. El 29 de mayo de 1453 Constantinopla fue tomada por asalto.

La Cristiandad, que no había querido salvar a Constantinopla, pagó caro su egoísmo. Una vez dueños de los Estrechos, los turcos pudieron establecerse al frente del Mediterráneo y al frente del Danubio. Se les vio desembarcar en Italia y saquear Otranto (11 de agosto de 1480). En el Norte, subyugados los Balcanes, le llegó el turno a Hungría. El sultán Solimán el Magnífico aplastó el ejército húngaro en Mohacz (28 de agosto de 1526) y llegó a sitiar Viena (27 de setiembre-15 de octubre de 1529). Por ese lado, la conquista otomana solo se detuvo ante la capital de los Habsburgo. En cambio, en el Mediterráneo oriental los turcos eran vencedores en todas partes. Como ya hemos visto, arrebataron Rodas a los Caballeros Hospitalarios (22 de diciembre de 1522) y Chipre a los venecianos (toma de Famagusta, 1º de agosto de 1571). Finalmente, por inspiración del papa Pío V, una liga de defensa cristiana reunió a España, a los venecianos y a los Caballeros de Malta. Las escuadras de los aliados, al mando de don Juan de Austria, obtuvieron en Lepanto, contra la flota turca, el 7 de octubre de 1571, una victoria que, aun cuando no fue seguida de reconquistas territoriales efectivas, señaló en el mar (con el mismo título que en tierra la liberación de Viena) la detención de la conquista otomana.

CONCLUSIONES

LAS CRUZADAS, PRIMERA COLONIZACIÓN EUROPEA

Del siglo XII al siglo XIV, los pueblos occidentales, en particular los franceses y los italianos, colonizaron el Levante, es decir, en el orden cronológico, la Siria marítima y la Palestina (1098-1291), Chipre (1191-1571), Constantinopla (1204-1261), Atenas (1205-1458), el Peloponeso (1206-1430) y las islas griegas (siglos XIII-XVI). En cierta medida, su influencia hasta llegó a latinizar el reino armenio de Cilicia (1098-1375).

Fue la primera expansión colonial de Occidente. Al principio tuvo como causa, y luego como pretexto, el impulso espiritual de las Cruzadas; como móviles duraderos, el deseo de conquistas territoriales de los barones franceses y el interés comercial de las repúblicas marítimas italianas. Se apoyó en ideas-fuerzas operantes: liberación del Santo Sepulcro, supresión del cisma griego. Desencadenó el imperialismo político de la Francia de los Capetos, el imperialismo económico veneciano y genovés.

Sostenida de ese modo al comienzo, la empresa tuvo éxito. Se habló francés en San Juan de Acre, en Nicosia y en Atenas. Se habló italiano de Creta a Crimea. Para un contemporáneo de San Luis es indudable que esa irradiación espiritual debió parecer definitiva. Y es también indudable que ese dominio económico pareciera inquebrantable a un contemporáneo de Marco Polo.

No obstante, de esa brillante expansión occidental no ha quedado nada. El Islam o el helenismo han recubierto o recobrado todo. En 1261 Constantinopla vuelve a caer en poder de los griegos, en 1291, Acre, última capital franca en Tierra Santa, vuelve a caer en poder de los musulmanes. En 1430, los últimos restos de la Morea francesa volverán a caer en manos de los griegos antes de pasar a los turcos (1460). Nunca una colonización fue barrida más completamente. Y esa colonización representaba lo mejor del esfuerzo europeo desde hacía tres siglos.

¿Las razones de ese fracaso? Primeramente la oligantropía francesa. Los principados franceses de Siria o de Grecia fueron colonias de cuadros, no de población. La masa de la población rural siguió siendo musulmana o siria en Siria, griega en Chipre y en Morea. Cuando llegó la reconquista musulmana en Siria, bizantina en Morea, no subsistió nada.

Otra causa del fracaso franco debe buscarse en el vicio de las instituciones feudales, en la anarquía feudal de la que las *Assises de Jérusalem* nos dan la sabia teoría. Semejante régimen, si se aplicaba al pie de la letra (así se hizo demasiado a menudo), paralizaba al Estado, lo entregaba a la impotencia. Y se trataba de colonias militares acampadas en territorio enemigo...

Hay que incriminar, por último, las luchas fratricidas entre latinos. Luchas, en Siria, de la camarilla de 1187 y de Raimundo III, de los Ibelin y de los Imperiales, de los chipriotas y de los angevinos, de los Templarios y de los Hospitalarios, luchas por doquier, tanto en Romania como en Siria, de los genoveses y de los venecianos. En todas partes, el Oriente latino, dividido contra él mismo, se suicidó. Por doquier la obra de las Cruzadas fue destruida por sus propios defensores, por sus propios beneficiarios.

El resultado fue el desquite de Asia sobre Europa, la invasión, la conquista de una gran parte de Europa por los asiáticos. Hacia 1118, después del éxito de la Cruzada, las fronteras de Europa avanzaban entre Edesa y Mosul, en plena Mesopotamia. En 1529 habían retrocedido hasta las puertas de Viena.

BIBLIOGRAFIA DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

- HILAIRE BELLOC: *Las cruzadas*. Buenos Aires, Emece, 1958.
J. F. MICHAUD: *Historia de las cruzadas*. México, Uteha, 1955.
STEVEN RUNCIMAN: "Historia de las cruzadas". Madrid, *Revista de Occidente*, 1956, 1957, 1958.
M. A. ZABUROV: *Historia de las cruzadas*. Buenos Aires, Ed. Futuro, 1960.
JOSÉ LUIS ROMERO: *Las cruzadas*. Buenos Aires, Ed. Atlántida.

ÍNDICE

Nota de la edición francesa	5
Capítulo I. La cuestión de Oriente antes de las Cruzadas	7
La cuestión de Oriente en la Antigüedad, 7; La conquista árabe, 8; La resistencia bizantina en los siglos VII - VIII, 8; La "epopeya bizantina", 10; Papel de Armenia en la resistencia cristiana, 11; La conquista selchukí, 14.	
Capítulo II. Los Estados cruzados de Siria y de Palestina	19
Orígenes de la idea de Cruzada, 17; La idea de Cruzada y su papel histórico, 19; La Primera Cruzada y el problema jurídico bizantino, 25; Causas del éxito de la Primera Cruzada: la anarquía del mundo musulmán a la llegada de los Cruzados, 28; La Primera Cruzada en Siria. Conquista de Antioquía y de Jerusalén, 29; Godofredo de Bouillon, adalid del Santo Sepulcro. Carácter de la ocupación francesa, 33; Reinado de Balduino I, 35; Reinado de Balduino II, 41; Reinado de Poulque d'Anjou, 43; Caída de Edesa y Segunda Cruzada, 46; Gobierno de Balduino III, 48; Reinado de Amaury I, 49; Reinado de Balduino IV, 51; Guy de Lusignan y el desastre de Hattín, 52; La Tercera Cruzada, 53; Restauración y supervivencia del reino francó en el siglo XIII; Nuevos móviles y nuevos aspectos, 56; Enrique de Champaña y Amaury de Lusignan, 56; Juan de Brienne y la Quinta Cruzada, 58; Cruzada de Federico II, 59; La Cruzada de 1239, 61; Cruzada de San Luis, 62; La anarquía francesa, 64; La cuestión de la alianza mongol, 64; El sultán Bárbaro, 65; Caída de las últimas plazas francesas de Siria, 66.	
Capítulo III. Civilización de la Siria francesa	68
Instituciones políticas del reino de Jerusalén, 68; Defensa de la Siria francesa. Las órdenes militares, 70; Insti-	

tuciones del principado de Antioquía, 71; La colonización francesa y el elemento indígena, 72; La Siria francesa y el comercio del Levante, 74; El arte y las letras en la Siria francesa, 75; La obra francesa en Siria, 76.

Capítulo IV. El reino de Chipre bajo los Lusignan 78

Historia de Chipre en el siglo XIII, 78; La cruzada chipriota. Hugo IV y Pedro I, 80; La ocupación genovesa y la invasión de los mamelucos, 84; Jacobo el Bastardo, 82; Carácter de la realeza de Chipre, 83; Las clases sociales. Riqueza de Chipre, 84; El arte y las letras en Chipre, 86.

Capítulo V. El reino armenio de Cilicia 88

Dinastía rubeniana, 88; Dinastía hetumiana, 90; Los Lusignan de Armenia, 91; Afrancesamiento de las instituciones armenias, 92.

Capítulo VI. El imperio latino de Constantinopla 95

La hostilidad entre griegos y latinos antes de la Cuarta Cruzada, 95; Cuarta Cruzada, 96; Reinado del emperador Balduino I, 98; Reinado de Enrique de Hainaut, 99; Caída del Imperio latino, 101; El Imperio latino y la hegemonía veneciana, 102.

Capítulo VII. El principado francés de Morea y el ducado de Atenas 104

Guillermo de Champlite y Godofredo I de Villehardouin, 104; Godofredo II y Guillermo de Villehardouin, 105; El ducado francés de Atenas, 108; Instituciones y civilización de la Morea francesa, 109.

Capítulo VIII. Grecia en la época italiana ... 111

La Morea bajo la hegemonía angevina, 111; Los duques lorentinos en Atenas, 112; Colonias venecianas y genesinas, 113; Los caballeros de Rodas, 115.

Capítulo IX. Las trascruzadas 117

La Cruzada de Nicópolis, 117; Las cruzadas húngaras: Juan Hunyadi, 119; De la caída de Constantinopla a la batalla de Lepanto, 119.

Conclusiones 121

Las Cruzadas, primera colonización europea, 121.

Bibliografía de la edición española 124

Se acabó de imprimir
en mayo de 1965, en
TALLERES GRÁFICOS CADEL S.C.A.
Sarandí 1157 - Buenos Aires

LECTORES DE EUDEBA

OTROS TITULOS DE ESTA COLECCION

- MERCADERES Y BANQUEROS DE LA CLASE MEDIA
J. Le Goff
- EL OESTE BARBARO - J. M. Wallace
- CESAR - J. Madalio
- LOS CONSTRUCTORES DE CATEDRALES - J. Gimper
- LA MUJER EN LA ANTIGUEDAD - EN SELECCIONES
- ETRUSCOLOGIA - M. Paliottino
- LAS GRANDES DAMAS ROMANAS - J. Asua
- EL MUNDO ANTIGUO - T. R. Glover

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES
FUNDADA POR LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



L. 50